

EL LADRÓN DE MITOS
Novela antropológica

FRANCISCO SÁNCHEZ PÉREZ

**Departamento de Antropología Social
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid
e-mail: frsanche@cps.ucm.es**

Dedicado a Lola,
compañera de naufragio
A Pepa y Julia,
tablas de salvación

*R*ecuerdo el momento en que se trastocaron mis planes para el verano y, como estaba a punto de comprobar, quizás para el resto de mis días. Entré en mi despacho, me dejé caer en el sillón y cerré los ojos para relajarme un rato antes de irme de la Escuela. Acababa de asistir a la última reunión del departamento y no me encontraba con ánimos para bajar al ágape de despedida del curso. Cercano el final de mi vida profesional, consideré que ya había soportado demasiadas liturgias académicas y no tenía por qué hacer más concesiones que las estrictamente necesarias. Las justas para que no se notara demasiado la distancia anímica, también intelectual, desde la que de un tiempo a esa parte venía contemplando la última etapa de mi vida académica que, no obstante, iba a ver culminada con mi nombramiento como directora del departamento de Antropología. Muy a mi pesar. La propuesta me llegó sin yo buscarla y, bien lo sabía, sin corresponderme. Sabía que la verdadera razón que había influido en la decisión de quienes me apoyaron obedecía a un sentimiento de deuda y culpa instalada en sus conciencias, que les indujo a ver en mi designación una forma de reparación con otra persona. Sólo por eso acepté, con la conciencia de que, con todo, iba a ocupar un puesto que no desmerecía. Nadie puede negar mi entrega casi misional a la Antropología, ni siquiera quienes han achacado a mis trabajos un limitado alcance teórico, y el que tienen, dicen, está superado. Empeñosa como siempre he sido, cuando recibí las primeras críticas al respecto realicé un considerable esfuerzo para ponerme al día. Hasta que me convencí de que las teorías que con

tanta seguridad enarbolaban mis críticos no eran tan nuevas como ellos creían y que, de todos modos, estaban condenadas a sufrir el mismo mal que las mías: el paso del tiempo. También a ellas les llegará su hora y serán sustituidas por otras nuevas, cuyo mérito no consistirá en ser mejores para comprender al ser humano: tan sólo más apropiadas para que, quienes las sustenten, hagan lo que han venido haciendo todas y cada una de las generaciones de antropólogos precedentes: pensarse en su mundo para poder vivir en él. Eso, claro está, si para entonces todavía existe la Antropología, pues he empezado a temerme que mis jóvenes críticos, lejos de constituir la vanguardia renovadora de la disciplina que creen representar, acaso no sean sino heraldos negros que anuncian su muerte.

La muerte de la Antropología, un asunto que venía ocupando mis cuitas intelectuales desde hacía un tiempo, sobre el que tenía pensado disertar en mi toma de posesión. Una idea que me inspiró Milan Kundera en una conferencia que impartió en la Sorbona sobre la muerte de la novela en el comunismo ruso, a la que asistí más por acompañar a una amiga especialista en literatura eslava que por interés propio. Kundera dijo algo que, de pronto, iluminó el difuso malestar intelectual que yo sentía con la Antropología: “La muerte de la novela – afirmó el escritor- no es una idea fantásica. Ya ha tenido lugar. Y ahora sabemos cómo se muere la novela: no desaparece; su historia se detiene: después, no queda sino el tiempo de la repetición, en el que la novela reproduce su forma vaciada de su espíritu. Es, pues, una muerte

disimulada que pasa desapercibida y no choca a nadie. Pero yo no quiero profetizar los caminos futuros de la novela, de los cuales no se nada; solamente quiero decir: si realmente la novela debe desaparecer, no es porque esté al límite de sus fuerzas, sino porque se encuentra en un mundo que ya no es el suyo”.

Había programado ponerme aquella misma tarde a preparar la conferencia, no tanto por falta de tiempo, pues tenía por delante los tres meses de verano, como por llenar el vacío del cese de la actividad docente y el hecho de que me iba a quedar sola en París. El año anterior me había vuelto del Ampurdán antes de lo previsto, porque la región se puso de moda y dejó de ser el reducto de calma y luz donde cada verano iba a refugiarme del sofocante ambiente parisino, irremediablemente contaminado de turistas. No me asusta la soledad, pues me he curtido en ella durante mis largas estancias de trabajo de campo en Bretaña, aunque desde que sufrí el amago de infarto de miocardio procuro evitarla a base de pasar muchas horas en la Escuela; pero he seguido disfrutando de ella durante los fines de semana, alternando la lectura y la música con largos paseos por las orillas del Sena. Con la edad, he empezado a valorar más el sosiego que me proporcionan la soledad y el silencio, acaso porque intuyo en ellos el anticipo de una muerte que presiento no muy lejana, que no deseo, pero tampoco temo.

Comencé a supervisar la correspondencia que me habían dejado sobre el escritorio: una carta de un colega, dinosaurio como yo, incapaz de adaptarse al correo electrónico, una invitación para impartir un seminario en Burdeos, novedades

editoriales y otra carta que reclamó especialmente mi atención. Estaba dirigida a la Profesora Yvonne, así, sin apellido, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, sin calle ni código postal y sin remite. Miré el matasellos y, al comprobar su procedencia de Cuzco, Perú, mi corazón dio un vuelco. Me quedé mirándola sin mover un músculo. Pasado un rato, con un leve temblor en las manos, rasgué el sobre, saqué una hoja doblada y la abrí:

Hotel Corihuasi. Cuarto n° 1. Cusco

“¡Está vivo!”, estalló en mi cabeza, para, de inmediato, descartarlo. “No puede ser – me dije- Cayetano habría puesto mi nombre completo. Además, él no habría mantenido un silencio tan doloroso durante todo este tiempo. Sin embargo, quien quiera que haya enviado esta carta, lo conoce. O lo conoció”, me sentí obligada a corregir.

Vino a mi memoria el día que, años atrás, recibí el fax de la Embajada de Francia en Lima, en respuesta a mi solicitud de información sobre mi amigo y colega. La última me la había proporcionado él mismo, cuando me telefoneó para comunicarme la muerte de Lucho, nuestro común compañero de los tiempos del doctorado en París. Ya no volví a saber de él. Llamé al director del Instituto de Antropología que hay en la ciudad de Cuzco, con quien me constaba que Cayetano había contactado, y me confirmó que, en efecto, había hecho acto de presencia un día, pero no volvió más. Casi un año después de iniciar mis pesquisas, la

Embajada de Francia me enviaba una respuesta con un fatal DESAPARECIDO con el que oficialmente se cerraba el caso. Una fórmula que en cualquier otro lugar del mundo habría significado un resquicio abierto a la esperanza, pero no en el Perú violento de aquellos años, y mucho menos en un lugar perdido de los Andes. Desaparecido quería decir: asesinado a manos de la guerrilla senderista, del ejército, de quien fuera; significaba que su cadáver estaría amontonado junto a otros cadáveres anónimos en alguna de las innumerables fosas comunes que minan el paisaje andino, como así había puesto de manifiesto la Comisión de la Verdad, constituida en Perú para tratar de esclarecer el horror que imperó en el país durante más de una década. Cuando me enteré de la existencia de la Comisión, contacté con la oficina en Lima. Me dijeron que aún no habían empezado la investigación en el departamento de Cuzco. Meses después, abandoné toda esperanza de volver a verlo con vida, cuando leí el informe final que la Comisión publicó en Internet. Cayetano Aljamia había pasado a ser uno más en la lista de los 69.280 oficialmente desaparecidos en el Perú de los terribles años ochenta.

Y ahora, veinte años después de su desaparición, recibía aquella inquietante misiva. No lo dudé ni un segundo. De camino a mi casa compré el billete, embarqué en el primer avión a Lima y a la mañana siguiente en el primer vuelo a Cuzco. Desde París, localicé el número de teléfono del hotel indicado en la carta para cerciorarme de su existencia. Y no sólo comprobé que existía, sino que, para aumentar aún más mi desconcierto, cuando di mi nombre me confirmaron que tenía reservado el cuarto número 1.

Se me aceleró el corazón al escuchar la voz del comandante anunciando la inminente llegada al aeropuerto de Cuzco. Miré por la ventanilla del avión para distraer mis nervios y me quedé sobrecogida por la infinita sucesión de picos nevados: por su grandiosa belleza; también porque, de repente, imaginé la cordillera andina como un descomunal mausoleo de blanco mármoleo. Y al hacerlo, se disipó otra imagen que se me venía insinuando insistentemente desde el momento en que leí la carta: la de Cayetano esperándome en el cuarto número 1 del hotel Corihuasi. Una imagen que había procurado evitar, pues no quería alimentar vanas esperanzas, y porque reavivaba en mi ánimo el reproche con que me había fustigado desde que ya no tuve más remedio que aceptar que, con la desaparición de Cayetano, perdía para siempre la posibilidad de someter a la prueba de los hechos lo que, tras muchos años de haberme negado a reconocerlo, llegué a aceptar con todas las consecuencias.

Fue al final de los cursos de doctorado cuando empecé a preguntarme por mis sentimientos hacia él, después de haber compartido, mañanas, tardes y alguna que otra noche hasta bien entrada la madrugada, las dependencias del Museo del Hombre, donde ambos ejercíamos de becarios. ¿Qué podía atraerme de alguien incapaz de encontrar algún sentido a cualquier actividad que no tuviera relación con la disciplina que profesaba? ¿Qué tenía aquel joven obsesionado por irse al desierto del Sahara, el lugar que había elegido para llevar a cabo el trabajo de campo previo a la elaboración de su tesis doctoral? ¿Qué me ofrecía

alguien que repartía todo su tiempo entre las clases particulares de hasanía, el dialecto árabe de la región escogida, la lectura de cuanto se había escrito sobre mitología tuareg, la búsqueda en la banlieu de inmigrantes mauritanos que le anticiparan toda la información posible y con los que practicar la lengua, la preparación a conciencia de los dispositivos teóricos y metodológicos que habrían de orientar su investigación y las largas jornadas del Museo del Hombre, el único lugar de París donde decía encontrarse a gusto?

Y así debía ser, a tenor del radical cambio de talante que manifestaba nada más pasar junto al enorme tótem de la Columbia británica que flanqueaba la entrada principal del edificio. Una vez dentro, desaparecía la actitud un tanto distante, como ausente, que solía mantener con todo cuanto tuviera que ver con la vida cotidiana del común de los mortales, y desplegaba un entusiasmo que llegó incluso a derivar en manías extrañas. Como la que cogió en los almacenes. Al principio nos hacía reír, pero con el tiempo terminamos por considerarlo como algo natural en él. Cuando llegaban los cajones procedentes de los más recónditos lugares del mundo, él se apresuraba a ser el primero en abrirlos. Con gesto ceremonial, sacaba de su interior los objetos de texturas, formas y colores exóticos y se los llevaba a la nariz. “Para captar su olor genuino, antes de que pierdan el último hálito de vida propia”, decía, y se quedaba un rato con los ojos cerrados, como extasiado, la pieza pegada a su rostro, acariciándola con las yemas de los dedos. Aseguraba experimentar así, con toda la intensidad de sus sentidos, la

soledad del esquimal deslizándose con el kayak entre témpanos de hielo por las cristalinas aguas de la costa de Groenlandia; el crepitar del fuego calentando el cuenco de barro de la remota aldea de Kerala, en la India; el tintineo de las campanillas en la pagoda camboyana; la fragancia de las especias guardadas en recipientes dispuestos la tienda de un zoco turco; el sonido del tambor de madera de Zaire, el de las largas trompas de metal del Tíbet; la textura del collar de colmillos de jaguar de los indios del Amazonas, de los rollos sagrados taoístas de papel de arroz, del bastón de danza nemaink procedente de las Nuevas Hébridas. Objetos evocadores de mundos tan distintos y distantes del suyo, de escenas cotidianas de gentes inmersas en sus vidas, que a él le provocaban un ardiente deseo de huir, de evadirse de cuanto le rodeaba y mezclarse con esos otros sonidos, otras luces, otros olores; el anhelo de experimentar esas otras vidas sugeridas. Algo que yo no entendía bien de qué arcanos recovecos de su personalidad procedía. Parecía emanar de un fondo de insatisfacción, quizás con el mundo que le había tocado vivir, quizás con él mismo, quizás con ambos. Por eso no me sorprendió demasiado aquel mes de mayo del último curso de doctorado, cuando París entero se echó a las calles, que él se limitara a asistir a la primera asamblea en la Sorbona, para luego desaparecer. Cuando la situación volvió a la normalidad, supe que se había marchado al Sahara.

Y con su ausencia me llegó la respuesta. Tarde. Me instalé en la Bretaña francesa para realizar mi trabajo de campo, y allí no sólo se me hicieron patentes mis sentimientos por él; también la

constatación de que mi relación con la Antropología se había estado nutriendo de la desaforada pasión que destilaba Cayetano. Llegué a pensar incluso en abandonar; pero pronto deseché esa idea: nunca he dejado sin terminar lo que he tenido entre manos. Me di un año para ponerme a prueba, el tiempo que durarían nuestros respectivos trabajos de campo, yo entre bretones y él entre sus tuareg, si es que no se quedaba a vivir con ellos para siempre, vista su impaciencia por marcharse sin despedirse. Por eso no entendí que, tras regresar él a los tres meses para tratar unas cuestiones con su director de tesis, empezara a posponer su vuelta al desierto, al principio de un día para otro, luego de una semana para la siguiente, hasta que un día me dijo, sin más, que había cambiado de tema de tesis y que, en adelante, se centraría en reflexionar sobre el modelo teórico desarrollado por su director. Nunca más volvió al Sahara. Y nunca dio una explicación ni yo se la pedí. Terminó su tesis con excelentes resultados y, de la mano del Viejo Tótem, como así empezamos a apodar a su director y ya por entonces también jefe del departamento, pasó a ser su más estrecho colaborador. Comenzó a publicar libros y artículos, participar en cuantos actos académicos se le reclamaba, dirigir tesis de doctorado, impartir conferencias y seminarios en universidades francesas y del extranjero, invariablemente, para exponer, reflexionar, polemizar, defender o fundamentar aspectos teóricos relativos a los trabajos de su maestro sobre mitología. Llegó a ser considerado el mejor experto en la obra del Viejo Tótem; mas para mí fue a costa de perder el fondo de pasión que tanto me había seducido.

Nos distanciamos. Terminé mi doctorado y obtuve una plaza en un liceo de Lille, donde me casé y tuve a mi hija. Y cuando todo apuntaba a que acabaría mi vida de profesora de provincias, enviudé. En el sepelio, él me sugirió que regresara a París. Y no paró de desplegar la considerable capacidad de influencia que le confería su estrecha vinculación con el omnipotente Viejo Tótem, hasta que consiguió llevarme al departamento de Antropología de la Escuela. Allí, volvimos a anudar los lazos de nuestra antigua amistad, que poco a poco se fueron cerrando hasta llegar a constituir la extraña pareja que acabamos siendo. Sólo si estaba fuera de París faltaba él los domingos a almorzar conmigo y mi hija. Cuando yo tenía que ausentarme, él se encargaba de recoger a mi hija en casa de mis padres y la llevaba al colegio.

Fue en algún momento de entonces cuando volví a preguntarme sobre mis sentimientos hacia él. Esta vez, con la estulta seguridad que da la experiencia, determiné que por nada del mundo iba a poner en riesgo mi amistad dando un paso en falso.

¿Me quería él?

Esa pregunta me la respondí yo misma el domingo que apareció en casa acompañado de Justine. Me había contado que llevaban un tiempo saliendo juntos –nos teníamos mutuamente al tanto de nuestros respectivos escauceos amorosos–; pero el hecho de llevarla a casa adquiriría un significado especial. Fue una prueba de fuego que me cogió desprevenida y me obligó a hacer acopio de todos mis recursos para no romper los votos de amistad que me había hecho. Vinieron días de prudente distanciamiento,

de íntimas zozobras que fui capeando como pude hasta convencerme a mí misma de que la ventolera levantada con la aparición de Justine sólo había removido la hojarasca de los celos y no otro tipo de sentimientos más profundos. Me hice íntima amiga de Justine y, como tal, me tocó vivir la gran crisis de la pareja, cuando, tras haber visitado ella una decena de ginecólogos porque no se quedaba embarazada, él consintió hacerse las pruebas de fertilidad. El resultado: espermatozoides débiles para la fecundación. Según los médicos, podía ser debido tanto a causas genéticas como psicológicas. Él se apresuró a achacarlo al permanente estrés en que vivía y prometió a Justine que, en adelante, aminoraría sus múltiples actividades. Regresaba antes a casa y empezaron a salir más y frecuentar amigos. Hasta que un día, el Viejo Tótem le advirtió de que estaba perdiendo visibilidad en el panorama académico y que ello perjudicaba sus aspiraciones a sucederle en la dirección del departamento. Cayetano entró en un estado de ansiedad que se fue acusando a medida que se acercaba el momento de la jubilación de su maestro. Justine, por su parte, empezó a obsesionarse porque su tiempo fértil llegaba a su fin. Los dos se adentraron en un territorio de silencios y reproches velados. Hasta que Justine no pudo más y le pidió un tiempo de separación para reflexionar. Él se lo concedió y se mudó a otro apartamento. Y yo volví a recuperarlo cada domingo a la hora de almorzar.

Me preocupé por él cuando, en plena crisis vital, se marchó a Perú; pero, en mi fondo, experimenté un asomo de esperanza por algo que al principio no supe definir bien, hasta que, meses más

tarde, me llamó para decirme que había decidido quedarse más tiempo, que necesitaba buscar respuestas a sus preguntas. Cuando colgué el teléfono, sentí el frío aliento de la distancia, mas también la dulce sospecha de que por el horizonte de aquella crisis atisbaba la figura del joven apasionado que tanto había admirado. Esta vez, me advertí a mí misma que no iba a repetir el mismo error de juventud: el que comete quien no se arriesga al impulso de una primera caricia, a sabiendas de que también puede ser la última.

Cuando bajé del taxi en la puerta del hotel Corihuasi, me faltaba el aire y me temblaban las piernas. Aturdida, entré y me senté en el primer sillón que encontré frente al mostrador de la recepción. El conserje, al ver mi estado, me trajo de inmediato un mate de coca.

- No se apure, señora, es el soroche. Se le pasará rápido – oí que me decía en español, para continuar en inglés preguntándome si prefería que me acompañase a mi cuarto y dejar los trámites de registro para después.

Apenas alcancé a emitir un no con la cabeza desde el pozo de ansiedad en que me encontraba. Sólo pasados unos minutos, después de preguntar al joven por la persona que hizo la reserva, éste responderme que la hicieron por teléfono, yo interpellarle si era voz de hombre o de mujer, él contestarme que no lo sabía porque no era su turno, yo inquirirle si me esperaba alguien en el cuarto, y él, un tanto extrañado, decirme que recién se había incorporado pero no lo creía, que la llave estaba ahí, sólo entonces me sentí con fuerza suficiente para levantarme sin que me

flaquearan las piernas. Con un pellizco en el estómago, subí acompañada por el conserje. Contuve la respiración mientras éste abría la puerta del cuarto y me ofrecía el paso. Una vez dentro, respiré aliviada. Y decepcionada.

- Alguien ha debido olvidar eso – señalé un paquete que había sobre la mesa.

- Se me había olvidado. Es para usted. Lo trajeron ayer. El conserje de noche lo habrá subido.

- Quién lo trajo – pregunté, tratando de disimular la agitación que acompañaba a mis palabras.

- Uno de los niños lustrabotas de la plaza de Armas.

Cuando el conserje salió del cuarto, me apresuré a inspeccionar el paquete. Sólo ponía: Para Yvonne. Reconocí la misma letra de la misteriosa carta. Lo abrí y saqué un mazo de folios escritos a mano. En la primera página sólo había un título.

LADRÓN DE MITOS

No necesitaba más. Estreché el manuscrito contra mi pecho y, cuando conseguí ahogar el llanto, me enjuagué las lágrimas, me senté al borde de la cama, saqué las gafas del bolso, me las puse y, con el corazón a punto de estallar, comencé a leer.

1

Está buscando en las cajas apiladas en el pasillo de su apartamento los apuntes que tomó durante la última conferencia impartida por su maestro, el Viejo Tótem, hace ahora algo más de tres meses. Ha recordado el desafío que éste lanzó a sus discípulos presentes en el aula magna para que continuaran sus estudios sobre los mitos y le ha parecido oportuno citarlo en el prólogo del libro que esta misma noche va a dar por terminado. No en vano él ha sido su más cercano colaborador en el departamento de Antropología desde los ya lejanos tiempos en que aquél dirigió su tesis doctoral, y no en balde ha dedicado toda su producción escrita a reflexionar sobre su obra. De hecho, el libro que ahora termina, un tratado sobre las aportaciones más relevantes de su maestro a la teoría antropológica, será su homenaje particular por la deuda intelectual que tiene contraída con él.

Bajo un montón de carpetas se topa con un paquete de cuadernos atados con una cinta roja. Lo saca y su rostro dibuja una mezcla de sorpresa y alegría. Hacía siglos que

los tenía perdidos de vista. *Cuaderno de campo del Sahara, nº 1. Cayetano Aljamia*, lee con nostalgia en la portada del primero. Lo abre: 5 de junio de 1968. Vuelo París-Nouadhibou. Debajo: *El antropólogo incipiente*. Le sigue todo un código de intenciones que habría de guiar el trabajo de campo que se disponía a emprender en una tribu tuareg asentada en un oasis de la región del Adrar, al noreste de Mauritania. Pasea su mirada emocionada por las líneas escritas en las hojas de rebordes pajizos, pero la prisa por terminar el prólogo sólo le permite retener una serie de palabras subrayadas que van hilvanando el texto: punto de vista del otro, empatía, comprensión, objetividad, observación participante, rigor científico, mirada distante, alteridad. Cierra el cuaderno y lo deja a un lado. Coge el número 2. Contiene dibujos de escenas de la vida cotidiana en el oasis: *La cosecha de dátiles*; *Pastoreo de cabras y dromedarios*; *Juegos de niños*; *Mujeres en torno al pozo*; *Preparando el cus-cus*. Se detiene en el siguiente: una jaima profusamente dibujada en sus más pequeños detalles, acompañada de un glosario. Sonríe. Por unos instantes, su pensamiento se pierde en el pasado. El número 3 incluye descripciones de ritos de nacimiento, matrimonio y muerte. El 4, el 5 y el 6 recogen relatos de la mitología tuareg. Toma el último cuaderno, de pastas violeta, éste sin numerar, lo abre. Contiene ensayos de interpretación de los relatos recopilados. Le llama la atención la cantidad de palabras, frases, incluso párrafos enteros que hay tachados,

corregidos y vueltos a tachar. Unas veinte hojas más adelante, la escritura queda repentinamente cortada en medio de una frase; el resto de la página y la contigua están en blanco. En su cabeza se desencadena un súbito torbellino de emociones encontradas, de entre las que acaba por prevalecer una: el hecho mismo de haberse sorprendido, puesto que es perfectamente consciente de que abandonó aquel trabajo de campo al poco de comenzar. ¿Por qué ha recibido entonces la interrupción del texto como un reproche del pasado?

Pasa la página.

Tánger, 7 de septiembre de 1968.

¡Tánger! musita sorprendido. Ahora sí había olvidado por completo los dos días que tuvo que pasar en la ciudad norteafricana por una avería del avión que lo llevaba de regreso del desierto hacia París. Se recuerda sentado al borde del mirador que se abre sobre la bahía, el cuaderno violeta sobre el regazo, contemplando la costa española, al otro lado del estrecho de Gibraltar. Acababa de escribir lo que ahora, tantos años después, vuelve a leer.

No hay que remontarse a Morgan, Tylor, Boas o a Malinowski, para situar los orígenes de la Antropología. Tampoco a los filósofos de la Ilustración, como sostienen algunos, ni a los cronistas de Indias españoles, como piensan otros; ni

siquiera al viajero medieval Ibn Khaldum o al geógrafo griego Herodoto. Hay que ir más allá, mucho más allá de los confines de la Historia, hasta el tiempo de los mitos, para localizar el auténtico origen de la Antropología. Fue el dios Hércules quien, al separar el continente europeo del africano, dio lugar al nacimiento del mito fundador de la disciplina. Un mito protagonizado por un 'yo', Europa, que se erigió en conocedor único, y un 'otro', África, concebido por aquél a su propia conveniencia. Y heme a mí aquí, de cara a Europa y de espaldas a África, en plena transgresión de las reglas del juego prescritas por el mito. Sé que bastaría con girarme ciento ochenta grados sobre mi propio trasero para adoptar la posición epistemológica correcta y, en lugar de continuar mi viaje a París, regresar al oasis para continuar el trabajo de campo. Pero ya no puedo. Ese 'otro' que constituía mi objeto de estudio se ha convertido en alguien que ya no me es ajeno, alguien a quien puedo desear, y supongo que hasta odiar; mas de ningún modo observar o analizar.

El resto del cuaderno está en blanco. Lo cierra, lo adjunta con los otros y los devuelve a la caja. Sigue esculcando en los cajones hasta dar con la carpeta que buscaba. Regresa al ordenador, enciende un cigarrillo, lee la última frase escrita y se detiene en los dos puntos que palpitan bajo el cursor, a la espera de la cita; sólo que ahora no ve clara la oportunidad de incluirla. Da una profunda calada, arroja el humo a la pantalla y retoma la lectura desde el principio del prólogo para recuperar el hilo que lo

había conducido hasta la cita del Viejo Tótem. Pero el hilo lo lleva otra vez hasta los dos puntos y lo deja de nuevo allí atascado, tratando de identificar las confusas emociones que le ha desatado el reencuentro de los viejos cuadernos de campo. Incapaz de recuperar la concentración, decide dejarlo para el día siguiente. Son más de las dos de la madrugada y ha de levantarse temprano para ir a la Escuela.

Por la mañana, imparte su clase de doctorado, aunque ha tenido que hacer un esfuerzo para disipar la imagen del cuaderno violeta que de modo intermitente irrumpía en su cabeza. Se pasa por la secretaría para resolver los trámites de su candidatura a la próxima elección del nuevo director del departamento. Al anochecer, regresa a su casa. Cena, se hace un café, pasa al estudio y se dispone a trabajar. Conecta el ordenador, enciende un cigarro y comienza a leer las páginas del prólogo escritas la noche anterior. Decide descartarlo: el modo en que se refiere a su maestro le parece un tanto adulator y no quiere dar una imagen de sí mismo demasiado reverente. Reconoce que le debe mucho, claro; pero, ¿acaso no es él también acreedor de su reconocimiento después de haberle dedicado toda su vida profesional? Falta menos de un mes para el relevo en la dirección y, al día de hoy, el Viejo Tótem aún no se ha dignado a hacer un gesto de apoyo a su candidatura. Un apoyo que todo el mundo da por supuesto, incluso sus adversarios, pero él, a tenor de

ciertas actitudes que viene percibiendo entre algunos colegas del departamento, no las tiene todas consigo. Y Claudine, la otra aspirante a la sucesión no ha dejado de hacer méritos para ganarse al Viejo Tótem. Éste, no obstante, ha mantenido un silencio pulcro y equidistante entre ambos; una actitud que a él le parece injusta y también peligrosa, pues se puede interpretar como un acto de desafección por parte del Viejo Tótem hacia quien es considerado como su heredero intelectual.

Cierra el documento y abre uno nuevo. Durante un buen rato permanece con los dedos sobre el teclado y la mirada enganchada en el cursor. No encuentra el modo de abordar el prólogo. O mejor dicho, se le ocurre uno –sonríe con malicia para sus adentros - pero no puede darle forma de escritura. Tendría su gracia: un libro dedicado a ponderar las aportaciones del Viejo Tótem al campo de la Antropología, en cuyo prólogo su discípulo más cercano también advierte al lector de sus miserias. “Todo un ejercicio de Antropología total”, piensa sarcástico. “Bueno”, se interrumpe, “déjate de ocurrencias estúpidas. No puedes perder ni un minuto. Los de la editorial te advirtieron que un solo día de retraso en la entrega del manuscrito impedirá que el libro esté en las librerías en vísperas de la elección, como tú quieres.”

Entra al salón, saca un disco al azar, lo pone. Suena la obertura de Tannhäuser. Pasea entre las cajas de libros apiladas y se dice por enésima vez desde que se instaló en

este apartamento tras la separación de su mujer, hace algo más de un año, que debería ordenar la biblioteca. Pronto comprueba que la música, lejos de relajarlo, aumenta su ansiedad. Apaga el tocadiscos y se sienta frente al ordenador. “Qué puede escribir sobre el Viejo Tótem: ¿Que ha desarrollado uno de los corpus teóricos más relevantes de la Antropología? ¿Que es uno de los autores más citados? ¿Que representa una especie de intelectual que se extinguirá con él? Sí, puede escribir todo eso y no mentirá si lo hace. Mentiría si sólo escribiera eso: si no aludiera a los cadáveres que ha ido dejando en su trayectoria profesional, al rastro de sumisión, humillación y vasallaje, la falta de generosidad, la carencia de afectos, la soberbia, la infinita soberbia que, en nombre de la disciplina antropológica, ha destilado cada uno de sus gestos, cada uno de sus pasos hacia el Olimpo de la academia. ¿Se puede escindir al personaje de la persona sin traicionar la verdad, esa verdad a la que, según el Viejo Tótem mismo tantas veces ha dicho, hay que someter todo lo demás? ¿Qué diría si su más devoto discípulo, siguiendo fielmente sus enseñanzas, expusiera en este prólogo toda la verdad? Bueno, de sobra sabe lo que diría: que las personas son intrascendentes; sólo su obra trasciende.”

- Su obra – musita entre dientes - ¡Su puta obra! ¿Soy yo parte de esa obra?

La mañana siguiente la pasa encerrado en su despacho de la Escuela; no le apetece ver a nadie. A las cuatro, baja a la conferencia que imparte un colega de la Universidad de Sidney sobre mitos aborígenes australianos. No le gusta la idea de tener que pasarse un par de horas encerrado en la sala de conferencias; pero con la elección en puertas no le queda más remedio que asistir. El Viejo hará la presentación del conferenciante y Claudine va a estar con toda seguridad. El aula ya está casi llena, de modo que tiene que sentarse al final, no sin antes comprobar que, en efecto, su contrincante ya ha ocupado un puesto en la primera fila. Entran el conferenciante acompañado del Viejo Tótem y se acomodan en el estrado.

Cayetano recibe las primeras frases de su maestro como un golpe bajo a su aspiración a sucederle.

- Tenemos entre nosotros – dice el Viejo- a un reconocido experto en mitología australiana que, lejos de limitarse a refreír modelos teóricos desarrollados por otros, los ha elaborado a partir de una sistemática y rigurosa investigación realizada *in situ*. Sin duda, el único modo de hacer Antropología.

Seguro que el Viejo Tótem no estaba pensado en él al decir esas palabras. Pero entonces ¿por qué mientras las decía ha dirigido una sutil y fugaz mirada hacia él? ¿Ha sido un mensaje, un aviso, una sentencia? Bueno, no ha de extrañarse: sabe de sobra que en su mundo académico las verdades se construyen con los materiales que se extraen

de las canteras del interés y la circunstancia. Y la circunstancia ahora es que su inexperiencia en trabajo de campo – apenas los tres meses fallidos en el Sahara- es su *talón de Aquiles* curricular, como bien se encargan sus adversarios de dar pábulo siempre que se les presenta la oportunidad. De hecho, es el argumento que están difundiendo para cuestionar su candidatura. Y ahora, quien se supone que debería ser su máximo valedor, viene a hurgar en la herida. Nota cómo el golpe en el estómago del Viejo Tótem se transforma en una pompa de ira que le sube hasta la garganta. Se levanta airado y sale del aula. “¡A quién cojones le interesa la hermenéutica del canguro!” se justifica con rabia una vez fuera.

Pasan los días en medio de rumores, conciliábulos, apoyos sinceros, apoyos ficticios y elocuentes silencios. Silencios que a él le resultan coherentes en algunos compañeros, mas no en su maestro. Varias veces se han encontrado en el departamento, se han saludado con la cordialidad habitual, e incluso han tratado algún asunto menor; ni una palabra sobre la sucesión. En un par de ocasiones, el Viejo Tótem se ha mostrado interesado en saber cómo lleva el libro.

Llegado el día, se pasa a primera hora de la mañana por el departamento para votar, imparte la clase y regresa a su apartamento. No desea encontrarse con el Viejo. Hasta el último momento ha esperado una manifestación de apoyo, unas palabras, una sonrisa, un gesto, una simple

palmada en el hombro; cualquier señal de reconocimiento público, por sutil que fuera, habría bastado para asegurar su elección; pero, sobre todo, le hubiera servido para aliviar la amarga sensación de haber sido utilizado y abandonado por quien durante tantos años ha sido su modelo a seguir. Por mucho que le duela, ya no puede seguir negándose a asumir que si el Viejo Tótem lo vota no es porque lo considere el mejor candidato, sino para que el departamento quede en manos de quien considera que va a garantizar su legado. Para eso el Viejo se ha pasado toda una vida adiestrándolo, para que, llegado el momento, él ya sea incapaz de rebelarse sin que tal osadía no le suponga poner en evidencia lo que ahora empieza a comprobar que tantos esfuerzos y sacrificios le ha costado llegar a ser: nada.

Pasadas las cinco de la tarde, suena el teléfono. Sabe que es Yvonne, compañera en el departamento, su amiga íntima desde los tiempos del doctorado.

- He perdido, ¿verdad? – se anticipa a lo peor para amortiguar el golpe.

- Por un voto.

Se produce un lapso de silencio.

- Bueno –intenta él controlarse – el mundo sigue girando. Cómo ha reaccionado el Viejo Tótem.

Yvonne tarda unos segundos en responder.

- El muy cabrón no ha aparecido en todo el día.

Cayetano se queda mudo. De repente, todo el edificio de su vida académica se acaba de desplomar.

- ¿Quieres que vaya? – pregunta Yvonne.

- No hace falta - consigue responder él, haciendo un esfuerzo para que no se le quiebre la voz.

- ¿De verdad?

- De verdad, Yvonne, gracias. Ya te llamaré mañana.

Los días siguientes a la votación, apenas hace acto de presencia en la Escuela para dar sus clases a primera hora de la mañana y nada más terminar se va. El resto del día lo pasa deambulando por la ciudad, para regresar a su apartamento una vez anochecido.

Hoy lleva toda la tarde paseando por el barrio latino. De pronto, cae en la cuenta de que está a una calle del apartamento donde vivía con su mujer antes de la separación. Hace cinco meses que no se ven. La última vez fue en casa de Yvonne, donde conoció a George, el tipo con quien, al parecer, Justine andaba saliendo. Nada trascendente, según le aseguró Yvonne después, y como también prueba el hecho de que siga viviendo sola. Y ahora, al pensar en ella, se le ha despertado el deseo de verla. Después de todo, nunca hubo una ruptura en toda regla. Simplemente, la relación había entrado en un estado de atonía que devino en incomunicación. En realidad, sólo se dieron un plazo para reflexionar. Quizás ha llegado el

momento de retomar algunos asuntos que dejaron pendientes.

Llama al portero automático.

- ¿Sí?

- ¿Estás sola? – pregunta él sin identificarse, y se queda a la espera de una respuesta que tarda en producirse.

- Sí, sube.

Encuentra la puerta del apartamento entreabierta y se guía por la luz procedente del fondo del pasillo.

- Hola – saluda él al verla sentada al escritorio.

Los muebles, la perfecta disposición de los objetos, el inexcusable ramo de flores, todo le trae a la memoria el tiempo de su vida en común. Y el recuerdo levanta una brisa de añoranza, un hondo deseo de regresar y refugiarse en él.

- ¿Te interrumpo?

- No te preocupes. Estoy con una traducción que voy a terminar antes de lo previsto.

- Pasaba y... – se siente obligado a justificar - ¿Qué tal estás?

- Bien – dice ella esquivando su mirada.

Apenas ha tenido él tiempo de apreciar una fugaz expresión de ternura en el rostro de Justine que no recuerda haberle visto antes, ni siquiera en los primeros tiempos de la relación, cuando ella todavía conservaba el carácter espontáneo y alegre y sus facciones algo infantiles aún no habían empezado a traslucir el rictus amargo que

acabó adoptando en los últimos años. Y ahora, esa expresión dulce le ha avivado una corriente de deseo que lo ha cogido por sorpresa.

- Estás muy guapa.

- Me alegra que hayas venido –se apresura ella a responder, con un leve temblor en su voz. – Quería hablar contigo, pero no he encontrado el momento de llamarte.

- Yo también quería hablar contigo. Fue lo que acordamos ¿no?

- Ya. Pero de eso hace un año.

- Nos dimos un plazo.

- Si. Unos meses.

- El tiempo pasa.

- El tiempo pasa, pero no lo hace por igual para todos, Cayetano. Dos personas pueden compartir la misma cama durante años y, sin embargo, estar viviendo en tiempos distintos.

Él encaja la indirecta.

- Siempre es posible que esas dos personas sincronicen sus vidas.

- No siempre.

Justine le mira a los ojos. La débil sonrisa dibujada en sus labios no consigue borrar el asomo de tristeza que refleja su mirada.

- Estoy embarazada.

La noticia cae sobre él como el rayo que, en medio de la tormenta, fulmina al árbol solitario.

- ¿Lo vas a tener? – se oye preguntar, a pesar de que conoce la respuesta.

- Sí – contesta ella con timidez, pero a la vez con un fondo de firmeza que él recibe como una acusación.

Cayetano siente cómo se le están desgarrando las entrañas viéndola ahí, frente a él, la mirada brillante y triste pero serena, con los brazos cruzados sobre su vientre fecundado por otro hombre. Incapaz de soportar un segundo más, da media vuelta y deja el apartamento, tratando de contener el llanto que no puede reprimir más cuando irrumpe en una calle cuya única salida está absurdamente interceptada por el Viejo Tótem con los brazos abiertos. Confuso y sin control, se ve subir de nuevo las escaleras con ímpetu desbocado, entrar en el apartamento, tomar a Justine en sus brazos, besarla con ansia, empujarla contra la pared, bajarse el pantalón, levantar su falda con precipitación, comenzar a dar empellones a un cuerpo pasivo, frágil, rígido, y acabar gimiendo porque se da cuenta de que no puede penetrarlo.

Excusa una gripe para justificar su ausencia de la Escuela hasta la semana siguiente y anticipa el permiso a la asistenta para que viaje a Portugal a celebrar las Navidad con su familia. Pasa el tiempo encerrado en el apartamento, en pijama, tumbado en el sofá, comiendo a deshoras los últimos restos de queso y paté, dormitando durante el día, dando vueltas en la cama durante la noche.

Hasta que llega el día en que no tiene más remedio que volver a la Escuela para dar la última clase del trimestre.

En plena exposición del tema enmudece ante las atónitas miradas de los alumnos. Se queda con la boca ridículamente entreabierta, incapaz de emitir sonido alguno en medio de un expectante silencio. Pasa un eterno minuto y sólo cuando empieza a escuchar los primeros murmullos consigue por fin decir:

- Lo siento.

Sin poder controlar el temblor de sus manos, recoge sus papeles de la mesa y abandona el aula. Entra en su despacho, tira el esquema de la lección a la papelera, se pone el abrigo y sale a la calle. Echa a andar por el bulevar en dirección al Sena. Paulatinamente, la respiración recupera un ritmo más pausado; a cambio, un dolor punzante se la ha instalado en el lóbulo frontal derecho. Hacía tiempo que no le volvían sus habituales migrañas. El frío cortante del final del otoño le obliga a subirse el cuello del abrigo y sobre él anuda la bufanda. No aminora la marcha hasta que llega al río. Desciende al *quai* y echa a andar sobre la alfombra de hojas pajizas en dirección a la isla de Saint Louis. Lleva las manos apretadas en los bolsillos, pero no siente el dolor de las uñas clavadas en la piel.

Suena el teléfono cuando entra al apartamento; pero no contesta. Descorcha una botella de vino, se sirve una copa. La migraña sigue instalada en su cabeza. Copa en mano,

entra en el dormitorio, bordea la cama revuelta, llega hasta la mesilla de noche, regresa sobre sus pasos, entra en la cocina, se sirve vino, continúa. De nuevo el timbre del teléfono. Se acerca al aparato y de un tirón arranca el cable de la pared. Repite el mismo recorrido, una y otra vez, como un animal salvaje recién enjaulado.

Lo despiertan las campanas de Saint Sulpice. Está tumbado en el sofá, enrollado en una manta. No recuerda en qué momento se quedó dormido, y tiene la cabeza demasiado abotagada para intentarlo. Enciende la lámpara. El destello de luz en sus ojos desprevenidos le hace patente el profundo aturdimiento en el que se encuentra, el cual rápidamente se explica cuando ve la botella de vino vacía sobre la mesa y otra más en el suelo a medio consumir. Mira el reloj: las 08:32. Nota la boca reseca, la lengua acolchada. Se asoma a la ventana. La niebla espesa da un aspecto fantasmal a los campanarios de la iglesia. La mañana está plomiza.

– Qué asco de invierno – masculla.

Se vuelve y su vista tropieza con el viejo cuaderno de campo violeta cerrado sobre el sofá. No sabe cómo ha llegado hasta ahí. Lo toma y, tras hacer un inútil gesto reflejo para agarrar el bolígrafo que cae de entre sus hojas, lee lo último que hay escrito:

Ese 'otro' que constituía mi objeto de estudio se ha convertido en alguien que ya no me es ajeno, alguien a quien puedo desear, y

supongo que hasta odiar; mas de ningún modo observar o analizar.

No recuerda haber puesto la exagerada línea de puntos suspensivos. El último punto ha sido trazado con tal fuerza que ha rasgado el papel; el resto de las páginas permanece en blanco. Durante un buen rato, se queda sentado en el sillón, pensativo, con la mirada perdida en el vacío. Se queda así durante un buen rato, hasta que se levanta con determinación y se viste para salir. Recoge del suelo un papel que alguien ha metido por debajo de la puerta: *Cayetano, por favor, contesta al teléfono. Estoy preocupada por ti. Yvonne.* Lo guarda en el bolsillo. Sale y se encamina con paso decidido por la Rue du Seine abajo.

Una hora más tarde se encuentra ante la enorme fachada del Museo del Hombre. Al cabo de los años, siente que regresa al hogar, y que el imponente tótem de los indios de la Columbia Británica que flanquea la entrada da la bienvenida al hijo pródigo. El eco de sus pasos vuelve a resonar en los altísimos techos de las salas de exposición. La lluvia repiquetea en los ventanales. Va directamente a la sala dedicada a las culturas del Sahara. Se detiene ante la jaima que en su día él trajo de Mauritania y él mismo instaló, tal y como la tiene descrita en uno de sus cuadernos de campo. Se queda mirándola, ausente de cuanto ocurre a su alrededor, ajeno al vigilante que lo observa desde su rincón, extrañado de que

permanezca tanto tiempo parado en el mismo punto. “Bajo estas mismas lonas transgredí la más fundamental de las reglas del código deontológico de la Antropología: la que prohíbe confundir los propios sentimientos con los del otro. Yo lo hice. Sólo que en vez de abandonar, como debí haber hecho, me refugié en la vida gris de la academia. Y ahora ya es tarde. No hay vuelta atrás.”

Echa a andar, y conforme sus pasos lo llevan de sala en sala, su pensamiento se va adentrando en un itinerario interior, flanqueado por vitrinas que exponen miedos, emociones, anhelos, incertidumbres, ambiciones, fracasos. Lo recorre sin percatarse de que baja las escaleras, entra en el restaurante del museo, come y vuelve a subir.

Entra en un pasadizo que reproduce un puente colgante. Se oye el sonido de fondo de una quena andina. La sala está en penumbra para proteger de la luz los delicados vestigios prehispánicos expuestos. En un momento dado, se gira y queda paralizado al tropezar su mirada desprevenida con el tétrico rostro acartonado de una momia. Está acucillada, envuelta en su fardo mortuorio descolorido y deshilachado. A su alrededor, en el suelo, hay mazorcas de maíz y dos muñecas funerarias de trapo. Sobrecogido por la visión que tiene frente a él, no percibe que alguien se le acerca por la espalda.

- Qué destino el de este pobre inca, ir a parar con sus huesos a la vitrina de un museo.

Junto a la descarnada calavera, ve reflejada en el cristal la dulce y familiar expresión de unos ojos azules que asoman por su hombro derecho.

- Sí. Pero no olvides que somos nosotros, los antropólogos, quienes lo hemos puesto ahí –responde a los ojos azules. -¿Cómo diablos has conseguido dar conmigo, Yvonne? Seguro que no vienes por el museo desde los tiempos en que trabajábamos aquí de becarios.

- Un alumno mío te ha visto entrar esta mañana. Te puedes imaginar el revuelo que se ha levantado en la Escuela con tu espantada de clase.

- Vaya - responde él, volviéndose hacia Yvonne.

- Veo que vas a recuperar la barba de los viejos tiempos - dice ella acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos, tratando de disimular la impresión que le acaba de causar el rostro demacrado de su amigo. - ¿Qué te pasa, Cayetano?

- Me temo que ésa es precisamente la pregunta que menos estoy en condiciones de responder.

- Justine se quedó preocupada por ti.

- Ya. Supongo que debería llamarla para pedirle perdón.

- Sabes que te perdonaría.

- Por eso no la voy a llamar.

Yvonne no insiste. Sabe que esa puerta se ha clausurado para siempre.

- Deberías salir de tu enclaustramiento – le sugiere. –
Últimamente, has pasado demasiado tiempo encerrado.
Por cierto, habrás terminado ya el dichoso libro.

- No.

- Pero si hace un par de semanas me dijiste que sólo te quedaba el prólogo.

- Pues no lo he terminado – insiste él con cierta irritación.

- Bueno, tienes las vacaciones de Navidad para terminarlo.

- No voy a publicar ese libro.

- Por qué.

- Porque es mentira.

- ¿Que es mentira?

- Sí, mentira, falso. Como todo lo que he escrito hasta ahora.

- Cómo va a ser mentira un trabajo tan reconocido como el tuyo - le espetta ella con el tono que una madre reprende a un hijo.

- ¿Reconocido? ¿Por quién?

- Por los antropólogos ¿Por quién iba a ser?

- Estás dando por sentado que Antropología y antropólogos son la misma cosa.

- ¡Pues ya me dirás cómo se puede concebir la Antropología sin antropólogos!

- Del mismo modo que puede hacerse a la inversa.

- ¿Antropólogos sin Antropología? ¿Y qué puede hacer un antropólogo sin Antropología?

- Lo que yo he hecho todos estos años. Ven -dice tirando del brazo de Yvonne con determinación.

Se adentran en una selva tropical de cartón piedra. Se oyen cantos de pájaros y aullidos de monos. Están en las salas dedicadas a las culturas amazónicas. Se detienen ante una vitrina.

- *Tzantzas* – dice él señalando una cabeza reducida por los jíbaros al tamaño de un puño. - Eso es lo que yo he hecho todos estos años. *Tzantzas*. - ¿Recuerdas las técnicas que utilizaban para la reducción?

- No veo a dónde vas, Cayetano – empieza ella a impacientarse.

- Cuando capturaban a su enemigo – comienza él a describir con la precisión de un neurocirujano, sin apartar la mirada del *tzantza* - lo primero que hacía el cazador era cortarle la cabeza para deshuesarla. Cortaba la piel por la parte posterior y la separaba del hueso para hervirla en agua mezclada con hierbas aromáticas, cortezas ricas en taninos y jugo astringente extraído del *chinchipi*, una liana tropical. Luego, colocaba una piedra caliente dentro de la piel y planchaba la parte externa sobre el molde. Introducía arena caliente por los huecos que quedaban entre la piedra y la piel para que ésta se fuera encogiéndose. Cuando conseguía el tamaño apropiado, cosía la incisión de la parte occipital y de la nuca. Entonces, teñía la cabeza

con carbón vegetal, la frotaba en aceite y la peinaba. A continuación, hacía un orificio en el vértex para sujetar en él un cordón del que pendía la cabeza. Finalmente, le cosía los párpados y los labios.

- Sigo sin ver a dónde quieres ir a parar.

- Me he pasado un montón de años ayudando al Viejo Tótem a reducir la vida de otros a modelos teóricos, cerrándoles los ojos e impidiéndoles expresarse por sí mismos, hablando en su nombre sin haber escuchado su propia voz. Ahora veo que mis escritos no son más que ejercicios de taxidermia teórica. *Tzantzas*.

- Esos modelos nos ayudan a comprender mejor a los otros.

- Eso pensaba yo. Pero he empezado a preguntarme si es posible el acto de la comprensión cuando ésta no es mutua; cuando aquellos a quienes decimos comprender no se sienten también comprendidos por nosotros.

- ¿Por qué no aprovechas las vacaciones para hacer un viaje?— le propone Yvonne, convencida ya de que el camino que llevan no les conduce a ningún lado.

- Adónde.

- Perú podría estar bien. — Hace un gesto con la barbilla hacia las vitrinas.

- Y qué pinto yo en Perú.

- Ves a Lucho. Estará encantado de recibirte. Cuando fui con mi hija se desvivió con nosotras. ¿Desde cuándo no os veis?

- Buff. Desde los tiempos del doctorado.

- Anda, vamos a pensarlo mientras cenamos – propone ella. - Elige el sitio que más te apetezca. Yo invito. Si quieres, vamos a La Coupole y nos comemos una sopa de cebolla calentita.

- En La Coupole hay demasiado ruido. Si no te importa, prefiero otro sitio mejor.

- Está bien – acepta ella encogiendo los hombros. - Si tengo que pedir un adelanto, lo haré. Todo sea por los tiempos felices que pasamos juntos en este museo. A ver ¿dónde desea comer su señoría?

- En el restaurante de la Cité Universitaire – le responde, y se queda a la espera de ver cómo reacciona ella ante su propuesta.

En la cara de Yvonne aparece primero una expresión de sorpresa y luego una sonrisa de complicidad. Ha pasado una vida entera desde que no van por allí.

La voz del comandante anuncia que en veinte minutos aterrizarán en el aeropuerto Jorge Chávez de Lima. Cayetano echa un vistazo a la pantalla: el avioncito intermitente sobrevuela la costa peruana. Regresa al hojear del periódico. Se detiene en una noticia de agencia que da cuenta de la muerte de decenas de miles de etíopes a causa de la hambruna. Deja un dedo señalando la página, mira la portada y luego las primeras hojas: un extenso reportaje dedicado al cuarenta aniversario de la proclamación de la Carta de los Derechos Humanos por la ONU, ilustrado con fotografías de los dignatarios más poderosos del planeta. Apoya la cabeza en el respaldo y entorna los párpados. “Quién entiende al ser humano, al que le importan más los símbolos que lo que simbolizan. Y qué ilusa la Antropología, que se ha dado por cometido comprender al ser humano, una especie que se sirve de la estrategia del camuflaje para defenderse de sus congéneres depredadores, como tantas otras especies animales y vegetales, pero que también ha desarrollado otra estrategia que es exclusivamente suya: la capacidad de engañarse a sí mismo.” Abre los ojos y deja

escapar la mirada por la ventanilla. El sol del atardecer empieza a ocultarse en el espeso mar de nubes gris que se extiende hasta el horizonte. “Acaso porque ese sea el único modo que tiene de defenderse del más peligroso de sus depredadores: él mismo”.

Al día siguiente, por la tarde, mientras espera en el despacho de Lucho a que éste llegue del aeropuerto, se distrae curioseando las estanterías: informes, anuarios editados por organismos internacionales. Mira las fotografías repartidas por los estantes. Casi no reconoce a Lucho en una de ellas, bastante más grueso que en sus tiempos de estudiante en París, con las sienes blanqueadas, sin el enorme mostacho en forma de herradura que entonces usaba ni la abultada melena rizada. “A lo pantera negra”, solía decir él con su humor socarrón. En la pared, tras el sillón del escritorio, cuelga una gran tela de los indios shipibo. Junto a ella hay una corona de plumas de vivos colores, un arco y unas cuantas flechas en su carcaj. Sonríe al ver la fotografía de la promoción del doctorado en uno de los estantes. La coge y se la acerca. En el perfil blanco inferior hay escrito a mano: *La última tribu*. Uno tras otro, va identificando a sus antiguos compañeros. Allí están los franceses Paul, Claude, Yvonne y Michel, Pierre, el belga, Antonio, español, Lucho junto a José Rubén, mexicano, Giusy, italiana, Kima, japonesa, Daniella, suiza, Armindo dos Santos, portugués, Frank, “el Holandés Errante”,

Abdoulaye, de Senegal, y en una esquina, sentados sobre una mesa, Juval, el israelí, junto a... ¿Cómo se llamaba el armenio aquél?

- ¡Querido hermano! - irrumpe en el despacho el vozarrón alegre de Lucho, avasallando a Cayetano con un fuerte abrazo. – Disculpa el retraso, pero el avión se demoró en salir de Pucallpa. ¿Cómo te fue? – pregunta efusivo. - ¡Espera! –se interrumpe poniendo la mano en posición de stop. - Déjame hacer una gestoncita y nos sentamos tranquilamente a conversar.

Lucho llama por el interfono a la secretaria.

- Anita, por favor, llame al Banco Interamericano y cancele la cita que tenía para esta tarde. Que fijen ellos otra para mañana. ¿Oquei?

- Bien ¿qué me cuentas de los compañeros, tú que andas por Europa y los tienes más cerca? Aunque de algunos de ellos ya me puso al tanto Yvonne cuando vino con su hija hace cinco o seis años. De Giusy me dijo que está casada, que vive en Roma y tiene un hijo. De Daniella, que también tiene un hijo y se llama Antoine. Se volvió a Suiza. De Armindo, que se regresó a Portugal. De José Rubén, que se volvió a México.

- Estuvo en París hace poco, impartiendo un curso sobre nobleza azteca en la Sorbona. Nos escribimos de tanto en tanto.

- ¿Y del Holandés Errante, se supo algo?

- ¿No fuiste tú quien le puso ese apodo un día a la salida de la Ópera? Siempre se te dio bien eso de poner sobrenombres. Como el del Viejo Tótem.

- Yo no estuve en aquella función. Los esperé a la salida. Mi chamba de lavaplatos no alcanzaba para esos lujos. – Era a ustedes dos a los que el Viejo Tótem invitaba.

- Es que era nuestro director de tesis – justifica Cayetano.

- Ya, pero yo le pedí que dirigiera la mía y me dijo que estaba muy ocupado.

- Era por Frank por quien sentía debilidad.

- Parece que acabaron mal.

- Cuando Frank regresó del trabajo de campo en Camboya, el Viejo Tótem dijo que era la mejor investigación de campo que se había hecho hasta la fecha sobre un sistema mítico. Sólo puso reparos a las conclusiones. Le sugirió que las cambiara. Frank se negó y el Viejo no le dio el visto bueno a la tesis. Frank regresó a Camboya y ya no se supo más de él.

- Se lo cargarían los Jemeres Rojos, cuando tomaron Pnong Penh, en el 75.

- Posiblemente.

- Y el Viejo Tótem, cómo está.

- Se acaba de jubilar – responde Cayetano sin intención de dar más explicaciones.

- ¿Por qué no te dio su apoyo para sucederle en la dirección del departamento? – pregunta Lucho sin rodeos.

- ¡Cómo lo sabes!

- Yvonne me puso al tanto cuando me llamó por teléfono para decirme que venías. Me encargó que te cuidara. Por lo visto sigue siendo tan gallina clueca como siempre.

- Pues debió salirle cara la llamada –dice Cayetano contrariado.

- Me contó que fue a pedirle explicaciones al Viejo y éste le dijo que no te había apoyado porque tu perfil académico no estaba a la altura del cargo, que no tienes experiencia de trabajo de campo.

Las palabras de Lucho provocan en Cayetano un arrebató de indignación que procura disimular.

- Merecía que Yvonne lo hubiera mandado a la mierda.

- Eso fue exactamente lo que me dijo que había hecho. No debe preocuparle mucho el futuro de su carrera.

- Entre sus prioridades no está el poder ni el reconocimiento de la profesión. Bueno – cambia de tercio Cayetano, firmemente decidido a no continuar con el asunto. - ¿Y tú, qué fue de tu vida?

- Ahí no más, hermano, luchando. Tratando de sacar adelante a los hijos.

- Tienes cuatro, creo.

- Sí. Los tengo estudiando en un colegio americano, muy bueno. El sistema de enseñanza peruana es un completo desastre.

- Por el despachazo que tienes, veo que no te va mal.

- Bueno, bueno, no es oro todo lo que reluce. La dirección de esta institución tiene sus complicaciones. Pero no me quejo.

- ¿Por qué dejaste la enseñanza en la Universidad?

- Con el salario de profesor no me alcanzaba. No te imaginas las penurias que he pasado. Hubo un tiempo que hice de taxista en las horas libres. Hasta que empecé a asesorar proyectos de cooperación para el desarrollo. Aquí, si no te dedicas al narcotráfico, a las altas finanzas o a la política, eso es lo único que te permite mantener unos ingresos estables y en dólares.

- ¿Y en qué consiste tu trabajo?

- En realidad no es lo que los antropólogos ortodoxos, como tú, entienden por Antropología. Buscamos financiación y coordinamos proyectos en la selva: erradicación de plantaciones de coca, incentivación de cultivos sustitutivos, implementación de postas médicas, cooperativas agrícolas. Creo que hacemos una labor positiva. Aunque no te puedes imaginar la de reproches que he tenido que oír de algunos antiguos colegas de la izquierda. Según ellos, me he vendido al capitalismo.

- ¿Y cuanta verdad hay en eso?

- Digamos que estoy rentado. Pero es que las cosas son bien difíciles en el Perú –justifica-. La deuda externa nos come y la inflación amenaza con desbocarse. La situación política se descontrola. Te voy a dar unos cuantos datos que ilustran bien la situación. Desde 1980 llevamos más de

trece mil muertos a manos del terrorismo y del ejército. El sesenta por ciento de los niños está desnutrido. Y un sondeo reciente sobre expectativas de vida revela que más de un ochenta por ciento de peruanos quiere salir del Perú.

- Catastrófico.

- Así es. Pero es que el Perú es hartito complicado, hermano. No se puede comprender con claves occidentales. Ustedes, los europeos, viven en su plácido balneario, y no es esa la mejor perspectiva para entender lo que ocurre fuera.

- Algo habrá contribuido la democracia y el progreso a crear lo que tú llamas balneario. ¿No crees?

- Por supuesto. Pero su democracia y su progreso no han caminado solos jamás. Las conquistas, las rapiñas, la dominación y la explotación han sido fieles aliadas suyas.

- ¿No caerás en la demagogia de culpar a Occidente de todos los males de los países en vías de desarrollo?

- Reconocerás que alguna responsabilidad sí tendrá el Primer Mundo en el orden internacional, puesto que ha sido el que lo ha ordenado. Y buena prueba de ello es su mala conciencia. ¿Sabes cuál es el primer producto de exportación del Perú?

- No, no lo sé.

- Primero fue el oro, luego el caucho, el guano y la harina de pescado. Ahora son los capitales en forma de pago de la deuda externa, la cocaína y el bálsamo. Bálsamo

de la cooperación internacional para aliviar el escozor de la mala conciencia de los 'progres' europeos.

- Podría no haber esa ayuda.

- No seas ingenuo, Cayetano. Ustedes han acabado por aprender que los abusos con los países periféricos terminan por salirles más caros. Pura lógica financiera.

- O sea, que te has dedicado a la política.

- ¿Acaso crees que tu actividad académica es ajena a la política?

- Sigo pensando como cuando me tenías hasta la madrugada discutiendo en mi cuarto de la *Cité Universitaire*.

- Sí. Je, je. Es que yo no podía regresar hasta que mi compañero de cuarto, el cubano aquél, acababa de echar el polvo de cada noche con su sueca.

- Pues yo sigo viendo clara la línea de demarcación: haces política o haces ciencia. Y yo elegí la segunda.

- ¿Sabes, Cayetano? – se le queda mirando Lucho con fijeza mientras le propone: - Me gustaría que pasaras unas semanas conmigo en Pucallpa. Verías que el mundo no es como ustedes los antropólogos académicos se empeñan en imaginar.

- Te dije por teléfono que tengo cerrada una semana en Cuzco. Si te parece, aprovechamos los días que tengo reservados en Lima al final del viaje para estar contigo y los pasamos viendo tus proyectos en la selva. Además, esta mañana he estado dando una vuelta por ahí y me ha

dado sensación de que la ciudad es bastante caótica y no invita mucho a quedarse en ella.

- Porque no la conoces. Pero, qué se le puede pedir a una urbe que en menos de una década ha pasado de tres millones de habitantes a más de seis, a base de aluviones de gente que llega de la Sierra, expulsada por la miseria y la violencia. Con unos cañizos y cuatro enseres montan de noche sus chamizos en los arenales y, en cuestión de meses, forman inmensos barrios satélite con decenas de miles de habitantes, sin infraestructuras sanitarias y sin más esperanza que sobrevivir cada día.

- Una situación que explica la violencia terrorista. ¿De qué va Sendero Luminoso?

- Es un movimiento muy hermético. Precisamente, parece que uno de estos días va a salir publicada en *El Diario*, el vocero de Sendero, una nueva entrega de las *Bases de Discusión del Partido Comunista del Perú*. En septiembre pasado, salió la primera. Es lo único que Sendero ha dicho públicamente en ocho años de actividad clandestina. Se dedican a volar torres de alta tensión y dejarnos a oscuras un día sí y otro también. Siguen la estrategia maoísta del cerco a las ciudades. Y lo cierto es que esa idea se está instalando en la gente. Cunde la impresión de que cualquier día entran en la capital. Si eso llega a ocurrir será la hecatombe. Los senderistas no se conforman con tomar el poder. Lo más parecido a ellos son los Jemeres Rojos. Durante un tiempo, sus acciones se

circunscribían a la región de Ayacucho y Huancavelica; pero no dejan de ganar terreno. Llevan un tiempo instalados en la selva y han empezado a establecer alianzas con el narcotráfico.

- ¿La guerrilla con el narcotráfico?

- Claro. Sendero necesita plata para mantener el movimiento y los narcos la tienen. Unos y otros se protegen del ejército y así controlan las zonas cocaleras. Y de paso a nosotros nos hacen la vida imposible. Destruyen cuanto hacemos. La semana pasada dinamitaron un puente que habíamos inaugurado hacía un mes. La anterior, una posta médica. Queman cosechas y aniquilan comunidades enteras de campesinos. Y yo mismo, de no ser porque esa gente no amenaza sino que actúa, pensaría que los anónimos que recibo desde hace un par de meses vienen de sus filas.

- Qué dicen.

- Que me marche del Perú si quiero seguir vivo.

- ¿De quién pueden ser?

- ¡Ja! ¿Que de quién pueden ser? – Empieza a contar con los dedos: - La CIA, el ejército, el narcotráfico, los caciques de la selva, delincuentes comunes, la policía, el MRTA, ¡la puta que lo parió! Cualquiera. Digamos que forma parte de la locura en que se ha metido la sociedad peruana. Chantajes, robos, asesinatos, secuestros, corrupción... Por cierto, ándate mañana con cuidado porque Sendero Luminoso ha convocado un paro armado.

- En qué consiste ese paro armado.
 - Uno puede recibir un tiro si no se atiende a la convocatoria.
 - Vaya, parece que no he elegido el mejor momento para viajar por aquí.
 - Estarás seguro si no te sales de los circuitos turísticos. El ejército los tiene digamos que discretamente tomados. El Gobierno sabe las repercusiones internacionales que puede acarrear cualquier incidente que afecte al turismo. Claro que eso también lo sabe Sendero, y por la misma razón cabe pensar que el Cusco sea uno de sus objetivos prioritarios. De hecho no hace mucho que dinamitaron el tren que conecta Machu Pichu con el Cusco.
- Lucho mira el reloj.
- ¿Qué te parece si nos vamos tomar un *pisco sour* antes de comer? - sugiere Lucho.
 - Si no te importa prefiero irme al hotel. Estoy cansado y mañana tengo que salir temprano para el aeropuerto. Pero no te preocupes, tomaré un taxi.
 - Ni lo pienses. Vamos dando un paseo, no estamos lejos. De paso le decimos al conductor a qué hora quieres que te recoja mañana para llevarte al aeropuerto.
- Caminan hacia el hotel.
- Dime, Lucho ¿Te costó mucho dejar la universidad?
 - No sé, las circunstancias me fueron empujando.
 - ¿No la echas de menos?

- Qué puede añorarse de una universidad que no es más que un grotesco remedo de los centros de enseñanza de Occidente. Una institución que no tiene presupuesto para libros, ni laboratorios, ni siquiera para pintar las paredes o reparar los sanitarios. Está en huelga permanente: cuando no los profesores los estudiantes o el personal de administración, o todos. Por la situación política, por los presos, por la violencia policial, por solidaridad con esto o con aquello, por cualquier cosa. ¡Qué carajo voy a echar de menos!

- Quizás sentirte libre de condicionantes para pensar de modo independiente.

- ¿Independiente? ¿De qué? – pregunta, deteniendo el paso.

- No sé. De la inmediatez de los acontecimientos.

- Pues ya me dirás cómo se hace eso – dice retomando el paso- porque yo no lo sé. Yo me siento rehén de lo que tú llamas inmediatez de los acontecimientos. Aquí todos somos rehenes del Perú más inmediato.

- ¿No crees que trabajar en la universidad te permitiría mantener una mayor distancia?

- Ya salió: la famosa distancia del Viejo Tótem. Una distancia intelectual que tantas veces oculta distancia moral. Mira, hermano, para comprender la realidad no basta con elaborar abstracciones teóricas, hay que complicarse la vida. Deja tu confortable y aséptico mundo académico y vente un tiempo al Perú. Podrás entender los

mecanismos y las fuerzas que mueven una sociedad tan compleja. Vive con los campesinos, y luego te metes de lleno en los pueblos jóvenes del cinturón de miseria de Lima, en los ámbitos políticos, en las tramas de intereses internacionales. Ahí encontrarás claves para explicar no sólo la realidad peruana, sino la condición humana, la vida misma. ¡Realidades Cayetano, realidades, y no abstracciones teóricas!

- Pero si prescindimos de la razón teórica... – trata de argumentar Cayetano, más por mantener su posición frente a Lucho que porque le apetezca divagar sobre ese asunto.

- ¡Cojudeces! – interrumpe Lucho- Mira, antes te he dado una razón de por qué dejé la universidad. Pues te voy a dar otra. Cuando empecé con la cooperación traté por todos los medios de compaginarla con mi actividad académica, convencido de que cuantos más conocimientos teóricos tuviera, mejor resolvería los problemas que se me fueran presentando. Pero llegó un momento en que vi que lo que había aprendido en París no me servía para entender este carajal. Cuanto más profundizaba en mis conocimientos teóricos más sentía que me alejaba del ser humano real.

- Esa afirmación supone banalizar la Antropología por completo.

- Ya, pues. En cambio a mí llegó a parecerme que era la Antropología la que banalizaba al ser humano.

Cayetano se queda callado.

Se han adentrado en un parque de olivos. Caminan pausadamente en dirección al hotel, efectuando pequeños altos cuando la discusión sube de tono, como si el compás de la marcha marcara el ritmo de la conversación, y de ese modo, parándose, mirándose, echando de nuevo a andar, fueran puntuando el curso de su diálogo. De vez en cuando, el canto de una paloma acompaña la conversación.

- Qué extraño me resulta escuchar el canto de una paloma torcaz en medio de un olivar, a miles de kilómetros de los paisajes andaluces de mi adolescencia, cuando pasaba los veranos en casa de mis abuelos – rompe Cayetano el silencio.

- Es la cuculí – corrige Lucho sin dejar de caminar, meditabundo y con las manos entrelazadas a su espalda.

- Pues tiene el mismo canto que la torcaz. Algo más lacónico éste, quizás. Aunque supongo que se trata de la misma especie.

- Es posible, Cayetano; pero lo importante, aquí y ahora, es que ésta es la cuculí – insiste Lucho sin modificar su ademán.

- Sí, pero si quieres conocer sus características ornitológicas, habrás de atender a la taxonomía científica – argumenta Cayetano.

Lucho se detiene y, sin dejar de darle la espalda, pone los brazos en jarras:

- Pero entonces, *mon cher ami* – dice cimbreado la cabeza- habrás dejado de apreciar el canto de la cuculí del olivar de San Isidro de Lima. – Se gira y, señalando con el dedo índice de la mano derecha la copa oscura del olivo más cercano, sentencia: - ¡Caracho, Cayetano; ¡La jodida paloma de los científicos no canta!

- ¿No te das por vencido, eh Lucho?

- Sólo cuando no me queda otra salida- contesta tajante, señalando ahora con el dedo índice hacia arriba.

- ¿Y puede saberse cuando ocurre eso?- inquiera Cayetano cruzándose de brazos.

- Casi siempre, hermano, casi siempre - responde Lucho inclinando la cabeza hacia un lado y abriendo las palmas de las manos haciendo el gesto de rendición. Entrelaza su brazo con el de Cayetano y continúan caminando.

- No sabes cuánto me acuerdo de nuestros tiempos de juventud. Cada vez más. Será por aquello de que los viejos no piensan, sino que recuerdan.

- Oye Lucho, me has dejado preocupado. Lo de las amenazas de muerte ¿crees que va en serio?

- Hermano, cuando las cosas llegan al extremo al que han llegado en este país, cualquier cosa, por descabellada que sea, es posible.

3

Cayetano contempla desde el ventanal de su cuarto el panorama que se abre ante sus ojos. A sus pies, se abre la gran plaza de Armas porticada, la catedral a la izquierda y la iglesia de la Compañía en frente. En torno a la plaza, una trama reticular de calles conforma el Cuzco incaico y colonial, más irregular y abigarrado a medida que la urbe se encarama a los cerros circundantes. De entre los tejados de las casonas coloniales de patios interiores porticados, sobresalen los campanarios de las iglesias. La ciudad se derrama suavemente valle abajo y se pierde de vista al pie de un cerro donde hay escrito, sobre el terreno, en letras gigantescas: *VIVA EL PERÚ*.

Toma un sorbo del mate de coca que le han subido para aliviar la sensación de mareo que empezó a sentir mientras esperaba a recoger el equipaje.

- Es el soroche, señor, le ha dicho el conserje. Si se queda reposando un rato, se le pasará rápido.

Ahora, algo más repuesto, se dispone a hacer un primer recorrido por la ciudad.

- Vaya con cuidado, señor, lo previene el conserje. - Hay paro armado.

Baja la calle empedrada y sale a la plaza de Armas. Se encamina hacia la catedral y sube la escalinata hasta el atrio. Está cerrada. También la iglesia de la Compañía. Va a sentarse en un banco del jardín central. Apenas hay gente, a pesar de lo avanzado de la mañana. Las tiendas y los restaurantes permanecen cerrados. Dos lustrabotas conversan aburridos junto a la fuente central. Uno de ellos se le acerca y le ofrece su servicio. Cayetano acepta. El muchacho le deja un periódico local. Informa en su portada del asalto a la universidad efectuado por el ejército el día anterior. Hubo varios heridos y numerosos detenidos: dos estudiantes y un representante del sindicato minero que en ese momento informaba a la asamblea reunida en el salón de actos.

- Está bien fregada la cosa, jefe – comenta el lustrabotas.

- Sí, eso parece.

Una tanqueta militar, vieja y abollada, entra por una de las esquinas de la plaza. Pasa delante de la catedral y va a estacionarse a un costado del atrio.

- Mejor se va de aquí, jefe – le aconseja el joven, dando por terminada su labor. Cobra y se va con el cajón de los avíos bajo el brazo.

Un camión militar cargado de soldados armados irrumpe en la plaza y va a situarse a la altura de la iglesia

de la Compañía. Los militares descienden y toman posiciones en los soportales.

Un clamor de voces procede de una de las calles que desemboca en la plaza. Llevado por la curiosidad, Cayetano se levanta y echa a andar hacia la esquina. Junto a él pasa un automóvil con cuatro militares de graduación. Se estaciona junto al camión. Los escasos viandantes aceleran el paso. Algunos van a situarse a la esquina del soportal. Aparecen los primeros manifestantes con grandes pancartas, coreando consignas. Cayetano observa desde el soportal. Cuando el grueso de la manifestación se encuentra en la plaza, de entre ellos salta por los aires un mazo de panfletos que revolotean sobre las cabezas de la gente. Un hombre vestido de paisano agarra uno al vuelo, le echa un vistazo, se dirige al automóvil de los mandos militares y se lo entrega. Mantienen una corta conversación. El primero se retira del automóvil y va hasta el camión para dar instrucciones. Acto seguido, un sargento y tres soldados armados se acercan a la cabecera de la comitiva. El sargento ordena la inmediata disolución. Los manifestantes se niegan. La plaza permanece en silencio, expectante. Sólo se oye el rumor de la discusión que mantiene el militar con los dirigentes sindicales. La tensión aumenta a cada segundo que pasa. Desde el interior de la manifestación se oye el grito de una voz: ¡Libertad para los detenidos en la Universidad! Se le

suman otras: ¡Viva el Partido Comunista del Perú! ¡Por el Sendero Luminoso! ¡Viva el Presidente Gonzalo!

La tanqueta arranca y avanza renqueante sobre el empedrado, despidiendo una densa humareda negra. Aumentan las proclamas en favor de Sendero y la libertad de los estudiantes y los mineros detenidos. La tanqueta se sitúa a pocos metros de los primeros manifestantes. Éstos se mantienen inmóviles, dispuestos a resistir. Un chirrido acompaña el giro del cañón de agua que apunta directamente a la comitiva. Dispara. Un potente chorro empapa a los primeros y se corta. Emite un extraño ruido antes de lanzar un par de pedorretas. Silencio. Se oyen unos golpes metálicos en el interior del vehículo; se abre la escotilla; una cabeza morena rapada sale de su interior y grita:

- ¡Se malogró la tanqueta, mi sargento!

Las risas y abucheos de los manifestantes quedan abruptamente ahogados por la voz chillona del capitán, ordenando la disolución inmediata de la manifestación por la fuerza. Se producen dos disparos. Los manifestantes se dispersan y corren despavoridos. Cayetano se apresura a salir de allí. Unos metros más allá, nota que se ahoga y se detiene. Tres disparos más. El corazón le golpea con violencia dentro del pecho. Le falta el aire. Se apoya en la pared para recuperar el aliento. Un bote cae junto a él y empieza a despedir un denso humo amarillo. Tose, derrama lágrimas sin control. Saca el pañuelo y se lo pone

sobre la boca y la nariz. Alguien choca con él y casi lo tira al suelo. Se dirige a la tienda de la esquina con la intención de refugiarse en ella, pero sólo le da tiempo de escuchar el golpe del cerrojo en el interior. Acelera el paso y se mete en un callejón, haciendo un último esfuerzo para no desvanecerse. Se oyen dos disparos más. A punto de desfallecer, se sienta derrotado en el quicio de la primera puerta que encuentra.

-¡Ya apúrese, señor! – oye a sus espaldas.

Ayudado por unos brazos que tiran de él, Cayetano entra. La puerta vuelve a cerrarse de inmediato. Se deja caer en la primera silla que encuentra. Lentamente, acompasa la respiración. Permanece con los ojos cerrados, intentando recuperar el pulso entre accesos de tos. Cuando se encuentra más sosegado, oye una voz:

- Así pues, hemos cazado a un gringo revolucionario.

- ¿Perdón? – dice él dirigiendo la mirada hacia el punto de donde procede la voz.

En la penumbra del rincón que procuran las contraventanas entornadas entrevé la silueta difusa de una mujer sentada tras una mesa. Parece que dibuja en un cuaderno. Cayetano echa un vistazo a su alrededor y repara que se encuentra en un café. No más de una decena de mesas ocupan el local. Sólo están ellos tres.

- Tómese este mate - le dice la joven que le ha ayudado a entrar, poniendo en la mesa una jarra con agua humeante llena de hojas de coca.

- Gracias. – Vuelve la cabeza hacia el rincón donde la mujer sigue enfrascada en su tarea – Que uno quede atrapado en una manifestación no quiere decir que sea un revolucionario.

- No, pues- contesta ella. - Pero si lo agarran con un paquete de panfletos pro-senderistas en la mano, seguramente sí – dice sin levantar la mirada del cuaderno.

- ¿Panfletos? ¿Qué panfletos?

- Esos que tiene ahí. – La mujer levanta la cabeza, busca la mirada de Cayetano y, alzando las cejas, va a posarla sobre el montón de hojas que hay en la mesa contigua.

Cayetano hace un esfuerzo para leer el primero, pero sólo ve líneas borrosas. Al final de la hoja, separado del texto central, alcanza a distinguir, entre signos de exclamación, vivas a Sendero Luminoso y al pensamiento del presidente Gonzalo, junto con el anagrama de la hoz y el martillo y las letras P.C.D.P.

- Comprenderá, señora, que no me encuentro en el mejor estado para recibir bromas pesadas. Esto no es mío - responde Cayetano blandiendo con la mano el panfleto que acaba de coger.

- Usted los tenía en las manos cuando Berta le ayudó a entrar.

- Si es así, no tengo conciencia de haberlos cogido.

- En ese caso, alguien pensó quitarse un problema de encima y se los endosó a usted en medio de la jarana.

- Es posible. Pero no lo recuerdo.

- De todos modos, yo me desharía de ellos. Le pueden traer problemas.

- Le aseguro que no tengo interés en el tal Gonzalo ese, y menos aún qué piense o deje de pensar. Si me indica dónde, ahora mismo los tiro.

- Ya. Entonces nos pasa el problema a nosotras. Berta, por favor, quémalos en la cocina.

- ¿Le importaría traerme una aspirina? - pide Cayetano a la joven, que en ese momento recoge los panfletos.

- No quedan- dice ella mirando a la mujer.

- Mira si ya pasó todo y te acercas a comprar a la farmacia.

- No, por favor, no se moleste – interviene Cayetano. - Ya me encuentro mejor.

- No es molestia. Nos gusta tener a mano algún analgésico por si alguien lo necesita. Siempre cae algún que otro gringo convencido de que con una aspirina se le pasará el soroche.

- Es que no me gusta el mate de coca.

- Déle tiempo – le aconseja ella, y se le queda mirando como si lo escrutara.

Cayetano aprecia unos rasgos redondeados que delatan un origen selvático: la melena negra azabache, lacia; el flequillo recortado a mitad de la frente enmarca unos ojos almendrados y oscuros, algo separados en su ancha faz cobriza, donde resaltan unos carnosos labios pintados de intenso carmín

- Parece que no es un buen día para andar por la calle – dice él.

- No, no ha elegido el mejor día para hacer turismo.

- No soy turista – se apresura a corregirla.

- ¿Ah, no?

- No. Soy antropólogo.

- Vaya. Otro más – dice ella volviendo al cuaderno.

- ¿Tantos vienen por aquí?- pregunta él, decepcionado por el desinterés mostrado por la mujer.

- Bastantes. Pero no se apure, por ahora sigue habiendo más indios que antropólogos – asegura ella metida de nuevo en su dibujo.

- Menos mal. Por un momento he pensado que llegaba tarde- opta él por seguirle el juego.

- Eso depende de lo que ande buscando.

- Nada – responde con sequedad.

- ¿Nada? – levanta ella la mirada.

- Bueno, me interesan los mitos – añade él con tal de no dejarse confundir con un turista.

- No creo que haga falta venir hasta acá arriba a buscarlos. Para mitos, los de la civilización moderna.

- Pues a mí me interesan los otros- replica él incómodo por la actitud displicente de la mujer.

- No están las cosas para andar por esos cerros buscando mitos.

- No se preocupe. Por ahora sólo pretendo conocer la ciudad. Cuando se me pase este sopoché, claro.

- Sorooche – corrige ella retirando la cabeza del cuaderno para disponer de perspectiva.

- Bueno, pues soroche – rectifica él malhumorado. Se queda mirándola fijamente con la intención de que capte su fastidio.

- Se le pasará rápido. Tómese lo con calma. Acá arriba su tiempo no cuenta. Simplemente, límitese a vivir.

En este momento entra Berta con las aspirinas.

- Ya pasó – informa la joven. - Detuvieron a unos cuantos.

- Anda esto algo revuelto – continúa Cayetano.

- Sí, pues - responde la mujer sin parecer darle mayor importancia al asunto.

- No parece inquietarle mucho la situación.

- Las cosas no ocurren porque sí, sin más. Mantenga abiertos los ojos y mire bien a su alrededor.

- Le agradezco su consejo, pero los avatares políticos de éste país no cuentan para mí –dice adoptando un aire profesoral, picado por el talante displicente de la mujer.

Ella alza la cabeza y lo mira fijamente.

- ¿Y qué es lo que cuenta para usted?

- No me interesa lo efímero de la condición humana – se oye declarar él sin controlar el tono solemne con el que le sale su declaración. Lleva la jarra a la boca y bebe. Al no oír réplica alguna, la baja y busca de nuevo la mirada de la mujer. Lo está esperando.

- ¿Y acaso no es efímera esa condición? – pregunta ella alzando ligeramente la ceja izquierda.

Por más que busca, Cayetano no encuentra el modo de salir airoso del embate.

- *Touché* – admite él encogiendo los hombros.

Ella le ofrece el consuelo de su amplia y blanca sonrisa y vuelve a su tarea.

Cayetano se levanta. Se acerca a la barra y se percata de que no tiene moneda nacional.

- Disculpe, ¿puedo pagar en dólares? – pregunta a la joven.

- No se apure – interviene la mujer desde su rincón. - Se lo cargamos en cuenta.

- Muchas gracias- corresponde Cayetano.

- De qué – dice ella alzando la vista y le regala de nuevo su sonrisa. – Y no olvide que le debe un mate a Berta.

Tras el aguacero, la suave luz del atardecer andino declina rápidamente por el valle sin dar tregua al placer de la contemplación. Los soberbios picos del nevado Ausangate reflejan los últimos rayos del sol, recién oculto tras los cerros, y el azul del cielo se ve matizado por una aureola de tonos que van desde el blanco argentino de las entrecortadas crestas nevadas hasta el naranja, rojizo, casi fucsia ya en su encuentro con la oscuridad de la noche. Los campanarios de las iglesias perfilan sus siluetas negras

sobre los tejados de las viejas casonas coloniales; sus patios porticados comienzan a iluminarse.

Ha pasado la tarde sentado junto al ventanal, dormitando al calor de la estufa, y ahora, después de cenar el sándwich y el jugo de papaya que ha pedido que le suban, se entretiene en observar el ir y venir de la gente en la plaza. En este momento se encienden las farolas. Su débil fulgor sólo alcanza a sombrear las fachadas de la catedral y la iglesia de la Compañía. Enseguida, como las ondas concéntricas que produce la piedra que cae en el agua, se van iluminando los diferentes barrios, desde el centro hacia los más alejados de la periferia, aupados en los cerros circundantes, escasamente provistos sus escarpados callejones con bombillas de bajo voltaje. Se levanta, baja la maleta de encima del armario y la pone sobre la cama. Mete la mano bajo la ropa y rebusca hasta que sus dedos topan con la espiral de alambre, tira y saca el cuaderno violeta. Lo pone sobre la mesa.

Cuaderno de campo del Sahara.

Cayetano Aljamia.

Lo abre por la última página escrita. Se queda mirando los puntos suspensivos, seguidos de la cisura de la hoja. Se levanta y pasea por el cuarto, agobiado por el sentimiento de deuda y compromiso, de impotencia, que le provoca el cuaderno desde que volvió a aparecer en su vida.

Se pone el chaquetón. Baja por la calle con cuidado de no resbalar sobre el suelo mojado y sale a la plaza de Armas. Ve la tanqueta apostada junto al atrio de la catedral. Los últimos vendedores recogen los puestos de artesanías. Se adentra por calles escasamente iluminadas. Sólo el ladrido de perros y el sonido de alguna radio emitiendo música de huainos en las oscuras chicherías rompen el silencio. Durante una hora recorre un dédalo de empinadas calles con paso acelerado, acompañado de un rítmico jadeo. Le cuesta respirar.

Calle de las siete culebras, lee a la entrada de un angosto callejón. Receloso por la oscuridad de su interior, entra en él convencido de que por ahí regresa a la plaza de Armas. No ve nada; pero la luz del final lo impulsa a continuar andando. Hacia la mitad del recorrido, se ve obligado a taparse la nariz por el fortísimo hedor a orines. Da una arcada y toma impulso sobre su pierna derecha para salir de allí cuanto antes. Casi se le para el corazón cuando nota bajo su pie un bulto blando que se remueve emitiendo un gemido. Pierde el equilibrio y su mano resbala por la superficie húmeda del muro; va a dar sobre un cuerpo fofo e inerte que apesta a alcohol etílico. Se levanta como puede y corre hacia el final del callejón, al límite ya de su capacidad pulmonar. Irrumpe en la plaza como si saliera de una prolongada inmersión y se apoya en la pared boqueando como un pez fuera del agua. Cuando recupera el aliento, mira a su alrededor. *Plaza de las Nazarenas*, lee en

el letrero. Va a sentarse en un banco del jardín del centro para reponerse del subidón de adrenalina que acababa de experimentar. Durante un rato mantiene la mirada fija en la entrada oscura del callejón, hasta que ve salir de ella a un viejo tocado con un chullo, descalzo y vestido con un andrajoso poncho y unos calzones raídos. Lo sigue con la mirada hasta que desaparece tambaleándose calle arriba, farfullando palabras en quechua. Cayetano echa un vistazo a la plaza. Repara en la espadaña que corona la iglesia situada a un costado del callejón. Sigue con la mirada hacia la derecha. *Monasterio de San Antonio Abad*. Parece abandonado. El costado opuesto está ocupado por grandes casonas igualmente deshabitadas. Frente a él, hay tres casas pequeñas. En la del rincón, alguien acaba de poner música. Se oye la voz rota de Janis Joplin:

*A woman left lonely,
soon grow tired of waiting,
she'll do crazy things, yeah,
on lonely occasions..."*

Empieza a lloviznar. La música del blues y las gotas frías sobre su rostro le producen una agradable sensación de alivio. Los músculos de la cara pierden rigidez. Sus mandíbulas dejan de comprimirse, el ceño se distiende, la opresión del esternón sobre los pulmones cede, los hombros descienden ligeramente y los dedos dejan de

clavar las uñas en las palmas de las manos. Suspira hondo. La atmósfera solitaria y tranquila de la plazuela lo sosiega. París, la Escuela, Justine, el Viejo Tótem, su vida entera queda lejos, muy lejos de allí. Y sólo pensarlo le hace sentir un poco mejor.

Ha estado seis días encerrado en el cuarto del hotel, pero ha sido esta noche, paseando entre la gente, cuando ha tomado conciencia de ello. Los ha pasado tumbado en la cama, fumando, comiendo los sándwiches que de tanto en tanto le han subido, mirando a las vigas del techo, a las tres indias del tapiz de la pared, el trajinar de las hormigas desde las rendijas del rincón hasta el botín de los restos de pan caídos en el suelo, sentado en el sillón, los pies apoyados en el alféizar de la ventana, contemplando el ajetreo de la plaza, de pie, dando paseos, otra vez tumbado. Durante todo ese tiempo, ha tenido el cuaderno de campo violeta sobre la mesa, abierto por la página de los puntos suspensivos. Lo ha contemplado, observado, acechado; con ansiedad, con impotencia, con angustia; acuciado por el sentimiento de haber traicionado al joven entusiasta que un día fue y dejó sentado en el mirador de Tánger, a la espera de que él regresara de París con una respuesta que le ayudara a resolver su dilema.

Al final de cada largo y atormentado día, a eso de la medianoche, cuando veía desde arriba las tiendas cerradas

y los puestos de artesanías recogidos, se ponía el chaquetón y salía a callejear, para acabar sentado en el mismo banco en la plaza de las Nazarenas, hasta que el frío se le acababa metiendo en los huesos y regresaba al hotel.

Hoy pasea aburrido entre los puestos de artesanías de la plaza de Armas y la del Cabildo. La noche no está demasiado fría aún y, quizás por ello, o porque es viernes, hay más gente de lo habitual en el centro histórico. Las parejas de enamorados aprovechan la oscuridad en los jardines para hacerse arrumacos y confidencias. Junto a la fuente, un grupo de niños lustrabotas juega al fútbol con una pelota de papel. Los turistas deambulan entretenidos en mirar las artesanías antes de retirarse a dormir. Al otro lado de la plaza, la tanqueta antidisturbios sigue apostada junto al atrio de la catedral. Pasea sin rumbo. Poco a poco, las calles se vuelven más oscuras, sin asfaltar, las casas de adobe. De una lúgubre picantería sale música de huainos, rumores en quechua. Lee el menú escrito en una tablilla colgada en la puerta: *Cuy asado*. ¿Qué será Cuy? Entra y pregunta. La mujer que lo atiende le señala el plato de uno de los comensales. Él apenas consigue retener la arcada de asco que le provoca ver una especie de rata chamuscada, con las patitas, con los pelos y las uñas y el hocico con todos sus dientes. Sale y continúa. Una sombra se le acerca por la espalda. Le sobrepasa una mujer tocada con un sombrero blanco de copa, bajo el que cuelgan unas trenzas

atadas con un lazo rojo. Poco más arriba, desaparece por la puerta de un muro de adobe. Cuando él llega a su altura, mira al interior con disimulo. Percibe un fuerte olor a queroseno quemado. Hay dos hombres sentados junto a un fuego. Lo miran. Le sonríen y lo saludan en quechua, haciendo un gesto de ofrecimiento con los vasos de chicha que tienen en las manos. De repente, una idea, una posibilidad. Un mar de sensaciones. ¿Por qué no? El Museo del Hombre, el Sahara, los tuareg, el yo extrañado, alejado, perdido en el mundo, el yo renovado, libre, reinventado. Lejos, lejos, lejos. -Buenas noches, corresponde él. Y sigue su camino. “¿Cómo se te puede ocurrir semejante cosa a estas alturas? Se te pasó el tiempo para eso. Tuviste tu oportunidad. Te diste por vencido a la primera de cambio. El Viejo Tótem te traicionó. Y tú te dejaste traicionar. Ahora ya es tarde.”

De vuelta al centro, se detiene en la esquina de la avenida del Sol. Más abajo están los bancos, los hoteles, las oficinas de teléfonos y correos, los barrios de la clase media mestiza, la universidad... y el aeropuerto: el camino que tomará mañana temprano de regreso a París. Se irá a su cuarto, cerrará el cuaderno de campo y lo meterá en la maleta. Después de todo, qué es la vida sino una sucesión de cuadernos inacabados que terminan por perderse de vista para, finalmente, desaparecer. Sólo que, alguna vez, hay quien tiene la mala fortuna de volver a toparse con uno de ellos y lo obliga a decidir si sigue escribiendo en él

o lo devuelve al olvido. Nota un escalofrío. Entra en un bar y pide un whisky. Luego, otro. Qué importa. Así se dormirá antes y dejará de darle vueltas a la cabeza.

De regreso al hotel se detiene delante de un café. Algo en él le ha resultado vagamente familiar. Lee el letrero encima de la puerta: *Café del Viajero*. Se acerca, echa un vistazo a través de los cristales y reconoce el lugar donde se refugió el día de la manifestación. Está lleno de gente. El humo del tabaco inunda la pequeña estancia y el rumor de conversaciones se deja oír por el resquicio de la puerta. A sus oídos llega una estrofa de Suzanne en la voz profunda de Leonard Cohen:

*You can spend the night forever
and you know she's half crazy
and that's why you want to be there*

El ambiente le parece acogedor. ¿Entra? Mejor no. Lo mismo está ahí la dueña y no tiene ganas de hablar con nadie y mucho menos andar dando explica...

- No puede decirse que seas un buen pagador, antropólogo –oye a sus espaldas.

Se da media vuelta y reconoce a la propietaria del café.

- ¡Es verdad! Te debo un mate de coca- responde él llevándose la mano a la frente, cortado por su olvido.

- Sí, pues.

- Ahora mismo pago. En realidad no venía con intención de quedarme – trata de escabullirse.

- ¿Entonces, qué husmeabas por los cristales?

- Bueno... estaba paseando – se excusa, sintiéndose pillado.

- Te hacía por esos cerros buscando mitos – dice ella con retintín.

- Pues ya ves que no – responde él punzado por el tono de la mujer.

- Será que eres un turista bien conciencizado. Normalmente, el paquete de visitas al Cusco suele durar tres días – insiste ella en el mismo tono – y tú llevas seis. No te debe faltar ningún museo o convento por visitar.

- Oye, dime cuanto te debo por el mate y pago de una vez – dice él con intención de dar por terminado el encuentro.

- Deberás entrar a pagarle a las chicas. Yo sólo soy la dueña del café.

Fastidiado por la actitud impertinente de la mujer, Cayetano entra, se dirige a la barra, mete la mano en el bolsillo en busca de monedas y se percata de que ha dejado los últimos intis en el bar. Tendrá que acercarse a cambiar a la avenida del Sol. Da media vuelta y casi se da de bruces con la dueña, que ha entrado detrás de él.

- ¿Es que no piensas pagar, antropólogo? – le espeta ella con descaro, cruzando los brazos sobre el pecho.

- Es que no me quedan intis. Voy a cambiar y vengo enseguida – responde él con cara de pocos amigos.

- Ese truco ya me lo conozco. Y van dos veces que lo quieres colar.

- Te pagaré con dólares – masculla él entre dientes.

Los clientes empiezan a prestarles atención.

- Nosotras no cobramos en dólares. Con la cantidad de turistas como tú que vienen por el Café del Viajero, esto acabaría siendo un banco. Y a mí me gustan más los cafés que los bancos. Mejor dicho, no me gustan nada los bancos.

Hasta ahora, Cayetano ha tratado de no perder la compostura. Sabe que esa mujer descarada que tiene ahí delante sólo pretende continuar el juego provocador iniciado durante su primer encuentro. En otras circunstancias, incluso estaría dispuesto a seguirle la corriente. Después de todo, no puede negar que le resulta atractiva. Pero con el ánimo que arrastra no está para bromas. Los seis días que ha pasado encerrado en el cuarto no han servido sino para ahondar el agujero negro en que se le ha transformado la idea de regresar a París. Un agujero profundo que amenaza con succionarlo sin remedio. Durante ese tiempo, ha tomado conciencia de que ya es tarde: tarde para enmendar el pasado y tarde para pensar en el futuro. “Tarde para la vida”, la tediosa letanía que ha martilleado sus largas horas de enclaustramiento. Regresará a su mundo y seguirá

publicando y perorando discursos estúpidos en las aulas, soportando tediosas reuniones, aguantando actitudes engoladas y postizas de colegas, haciendo colas para visitar la exposición de turno, asistiendo a las aburridas *soirées* y tener que escuchar el consabido “que interesante” cada vez que responda que es antropólogo (si supieran), a seguir interpretando un papel que no estaba escrito en el guión de su vida que, para colmo, ni siquiera él es su autor, sino fuerzas ajenas que, ahora se ha dado cuenta, no ha sabido controlar. Así que la tipa grosera que tiene ahí delante en actitud provocadora, empeñada en confundirlo con un turista, no viene sino a añadir la última atmósfera de presión que le falta para que el magma hirviente de infinita frustración que bulle en sus entrañas desde hace semanas entre finalmente en erupción.

- ¡Pues entonces tendrás que dejarme ir a cambiar! – exclama, tratando inútilmente de hacer un último esfuerzo para impedir el estallido de rabia con el que ahora grita a pleno pulmón – ¡Y no me sigas tocando las pelotas!

El desaforado grito se escucha con toda claridad en el reducido local. Los clientes, creyendo que se trata de una simple riña de pareja, empieza a jalearse y aplaudir. Cayetano se queda cortado por su inexcusable salida de tono. Ella lo está mirando con la boca entreabierta y los ojos de par en par. Él, consciente de que se ha pasado con una grosería que no sabe de dónde le ha podido salir, se dispone a pedirle disculpas por haberla puesto en una

situación tan violenta delante de la clientela. Pero ella se le adelanta.

- ¡Y quién quiere tocarle las pelotas a un cojudo turista con pretensiones de antropólogo! - sueltan sus labios carnosos pintados de carmín, seguido de una inclinación del torso hacia atrás en posición desafiante, los brazos en jarras sobre sus generosas caderas, sus abundantes pechos apuntando hacia él y la melena negra colgando a sus espaldas.

Arrecian los aplausos.

Ni por lo más remoto hubiera podido imaginar Cayetano que llegaría a encontrarse dando un espectáculo como ése, en plena bronca con una desconocida, y mucho menos utilizando un lenguaje tan impropio de él. De modo que, sin olvidar quién es, ahora mismo debería dar por zanjado tan desagradable incidente. Debería retomar las riendas de la compostura y no dejarse rebajar por una mujer ordinaria y peleona que lo ha sacado de quicio. Debería acercarse a ella y, con un frío y cortés "lo siento" dicho al oído, dar por terminado el número que se ha montado y salir del café. Sí, eso es exactamente lo que debería hacer. Mas, quizás porque la situación creada ha ejercido en él un efecto catártico liberador de sus tensiones, pero, sobre todo, porque esa mujer que tiene ahí delante plantándole cara, en posición de pelea y dispuesta a no dejarse achantar por nada del mundo, le está pareciendo

ahora irresistiblemente hermosa, en este preciso momento no se le ocurre otra cosa que decir:

- *Touché.*

- Pues ya van dos – responde ella. - Vamos gringo. Te invito a un pisco.

Él la sigue obediente hacia la mesa del rincón. Se sientan.

- No soy gringo.

- Acá, quien no es serrano es gringo.

- Tampoco tú tienes muchas pintas de serrana.

- Es que soy chuncha.

- Dónde queda ese país.

- Acá abajo no más, en la selva. Los serranos llaman chunchos a la gente de la selva. Mi mamá era de Sintuya. Y mi papá, un jodido predicador gringo que insistió en catequizarla hasta que la dejó embarazada.

- No parece que te hayas pasado la vida metida en la selva - trata él de disimular el mal efecto causado por el modo en que ella ha aludido a su progenitor.

- Sólo hasta los dieciocho años. Cuando mi mamá murió, el cojudo de mi papá se le ocurrió que tenía que educarme a la americana y me envió con una tía a los Estados Unidos.

- ¿Qué hiciste?

- Empecé estudios de literatura; pero no terminé. Me interesaba más lo que ocurría alrededor. Ya sabes: manifestaciones, conciertos al aire libre, experiencias

psicodélicas, la vida en comunas, viajes en auto-stop. ¡Los gloriosos años sesenta!

- Y al final te viniste en busca de tus raíces.
- Sí, de paso por una temporada en la India. ¿Y tú?
- Estudié en París.
- Por qué en París.
- Soy francés.
- ¿Y ese acento?
- Mi padre fue un exiliado español por la Guerra Civil.

Y pasaba los veranos con mis abuelos en España.

- ¿Y luego?
- Luego, me quedé en la universidad y soy profesor.
- ¿Y ya está?
- Sí, por qué.

- Vaya, no parece que hayas tenido una vida muy interesante. ¡Hola Huguito!- se interrumpe para saludar a alguien que se acerca a la mesa.

Cayetano ve a un joven de rasgos mestizos, negra melena recogida en una trenza, sombrero tocado con una pluma, chaleco tejido con dibujos andinos, pantalones vaqueros remetidos dentro de las botas de media caña, bolsa de tela al hombro y zampoña colgada a la espalda. “Vaya pinta” – piensa.

- Bacán, Angie – responde el muchacho. Deja la bolsa y la zampoña sobre la mesa. – Los canadienses de hoy han sido bien generosos con las propinas.

- Este es Hugo – presenta Angie. - Por cierto, no me dijiste tu nombre.

- Cayetano. Hola Hugo.

- Hola amigo – le da la mano y se sienta.

- Ya te debe de quedar poco para comprar el pasaje para Europa- dice Angie al joven.

- ¡Puuucha! Están bien caros esos pasajes. Y luego hay que vivir allá y dicen que la chamba no se encuentra fácil. Si por lo menos la agencia de turismo me pagara en dólares. Pero con estos jodidos intis... ¡Ni a Chinchero, pues!

- Así que eres guía de turismo – pregunta Cayetano.

- No, no –se apresura Hugo a corregir. – Eso es para sacar plata. Yo soy antropólogo - responde con solemnidad.

- Vaya, qué interesante. - Cayetano mira de reojo a Angie. Ella le sonrío.

- Sí pues. Pero no hay chamba. Y eso que acá hay *full* ruinas incas, y *full* costumbres para estudiar. Pero sólo los antropólogos gringos pueden hacerlo. Esos vienen con sus dólares.

- He visto que hay un Instituto de Antropología cerca de la plaza de Armas.

- Puro gringos. De Lima, todo lo más. Sólo hay un cusqueño, el portero, y para disimular.

- ¿Y la universidad?

- ¡No funcioona, puees! – exclama con desdén-. Sólo entran a trabajar los que tienen vara. Está bien fregada la cosa. Y usted, amigo, qué ¿de turismo no?

Angie mira a Cayetano y hace un gesto elevando la ceja izquierda, como diciendo: “¿Lo ves? No tienes remedio”. Él le devuelve un gesto de acatamiento.

- Me temo que soy uno de esos antropólogos gringos de los que hablas. Aunque yo no tengo los bolsillos llenos de plata.

- Es profesor en la universidad de París – aclara Angie.

- Estooo, verá, en realidad yo no soy antropólogo todavía –corrige Hugo. - Aunque no me falta sino mi tesis de maestría. Pero la tendré pronto. Sólo que habrá que esperar a que termine la huelga. Y dígame doctor ¿no tendría una beca para que yo me vaya a estudiar allá?

- Bueno, yo no tengo becas; pero siempre se puede intentar conseguir una. Supongo que en la Embajada de Francia en Lima te podrán informar mejor que yo. ¿Qué tal andas de idiomas?

- Ahí no más.

- No seas tan humilde, Hugo, que no es tu estilo - interviene Angie. Y dirigiéndose a Cayetano -Se defiende en inglés y domina el quechua, aunque no se prodiga mucho con él.

- Pero el francés, nada. Vienen pocas gringas francesas por acá. ¿Y usted, viene al Instituto de Antropología?

- No, no vengo al Instituto.

- Entonces va a hacer trabajo de campo “*in situ*”.
- Sólo estoy de paso.
- Lástima, porque yo podría acompañarlo a lugares donde todavía se celebran puras fiestas incas.
- A él le interesan los mitos – dice Angie.
- Esto, doctor, ¿ya visitó Sacsayhuaman?
- Sí, claro – miente para no dar explicaciones.
- ¿Y bajó ya al Valle Sagrado y al Machu Picchu?
- También.
- Pucha. ¿Y ya fue a Tres Cruces? Es un sitio desde donde se ven tres soles al amanecer.
- ¿Y eso?
- Hay que subir a más de cuatro mil metros de altura, a un lugar en el que la cordillera desciende de golpe hasta los llanos de la selva, más de tres mil metros abajo. Hay que pasar la noche allá. Al amanecer, salen tres soles a la vez. Es un espectáculo bacán. Si quiere, le organizo un viaje y de paso le enseño un pago a la Pachamama y lo llevo a un brujo para que le pase un cuy por el cuerpo.
- Otra vez que pase por aquí no dudes que lo haremos.
- Pues cuente conmigo para acompañarlo. No se fíe de otros guías. Sólo van a contarle cuentos y a sacarle la plata. Hay mucho falsario en esto del turismo.
- Lo tendré en cuenta.
- Dime Angie – pregunta Hugo- ¿No vino por acá la gringuita rubia con la que estuve anoche sentado en aquella mesa?

- No la vi. Pregúntale a Miriam a ver. Yo llegué recién.
- Caracho. Lo mismo se la llevó el Alfredo al Valle.
- Igual sí. Igual te la robó Alfredo. Ya sabes que Alfredo se las lleva a todas. Dime ¿van a tocar ustedes esta noche en el Kamikaze?
- Claro. Últimamente en el *Cross-keys* no quieren música andina. No más que puro gringa. Hay pocos turistas. Cierran a las once porque ya no queda nadie a esa hora. Los restaurantes de la calle Procuradores están vacíos.
- Pues sí. No creas que no lo hemos notado en el Café del Viajero.
- Pero tú eres una potentada propietaria, Angie. ¿Dónde metes la plata? Es el mejor negocio del Cusco –se dirige a Cayetano. - Mire cómo está, siempre *full*. A mi vuelta de Europa nos hacemos socios, ¿Oquee Angie?
- Para entonces ya seré viejita y me habré retirado a mi chacrita de Ollantaytambo. Ya no soy tan joven, y mucho menos cuando tú vuelvas de Europa. ¿No ibas a montar una ONG porque dices que ahí se mueve harta plata?
- Es cierto. Fíjate las oficinas que tienen, llenas de computadoras y los autos cuatro por cuatro. Esos ganan buenos sueldos y en dólares.
- Pues ya sabes, a montar una ONG.
- Solo quieren gringos en las ONG.
- No exageres. Hay cusqueños trabajando en las ONG.
- Pero no son jefes ¡Pucha, las once y media!- se interrumpe al posar su mirada sobre el reloj de Cayetano.

– Me voy. He quedado con unas gringas en el Kamikaze a las diez. Hasta la vista, doctor. Si sabe de alguna beca, me lo dice ¿oquei? Chau - se despide y se acerca a la barra para hablar con Miriam antes de salir.

- Extraña indumentaria la de Hugo. Parece un indio apache- comenta Cayetano.

- Es su uniforme de trabajo. Espero que no me rechaces el vasito de pisco- ofrece ella haciendo un gesto a las chicas de la barra.

- No lo rechazaré. Tomaré tu vasito de pisco. Me recuerda el título de un capítulo de un libro muy especial para mí. Se llama *Tristes Trópicos*, de Claude Lévi-Strauss. Aunque el vasito del libro no es de pisco sino de ron.

- No me decepciones, antropólogo. Esperaba que tuvieras un motivo mejor para beber un pisco conmigo que el título de un capítulo de alguien con nombre de pantalones.

- Lo hay, lo hay – trata él de enmendar su respuesta, fijando su mirada en la boca sensual de Angie.

Ella hace un gesto de despedida a Hugo.

- Veo que mi joven colega es cliente habitual – continúa Cayetano.

- Éste es su cuartel general.

- ¿Trabaja aquí?

- En cierto modo. Es un *brichero*.

- Y qué profesión es esa.

- Una que sólo puede darse en lugares como el Cusco, donde se juntan el primer y el tercer mundo, la riqueza y la miseria, la cultura blanca y la indígena, la soberbia y la humillación. De esa materia prima está hecho el *brichero*.

- Pues oyéndolo se diría que lo único que le interesa es ligar gringas – apunta Cayetano con sorna.

- No lo desestimes. Es muy intuitivo. Sólo que va a lo suyo. Pero ese es uno de los rasgos de su especie. Son capaces de llegar a las máximas humillaciones con tal de conseguir lo que les interesa. Y lo que más les interesa es salir del país, escapar de esta sociedad que los desprecia: los blancos porque son cholos, los indios porque tienen hábitos de blanco y se relacionan con gringos, y ellos a sí mismos porque no asumen su condición. Y la única manera que tienen de irse es cautivando a alguna de las gringuitas que caen por aquí buscando emociones, aventuras, *sexotismo*, como dicen ellos, y afecto. Ten por seguro que la chicas con las que se va a encontrar ahora andan ya convencidas de que él es un príncipe Inca, heredero directo de Pachacutec. Un día de estos les hará alguna representación de rituales incas en las ruinas de Sacsayhuamán o en Qenco, las llevará a presenciar un pago de coca a la Pachamama y a un curandero para que les pase un cuy por el cuerpo para librarlas de sus males, y si puede les venderá unos cuantos cuarzos cargados con energía esotérica. Justo lo que ellas vienen buscando desde su mundo civilizado y aburrido. Y él se lo ofrece a cambio

de compañía, práctica del idioma, sexo, algo de droga y, con suerte, el salvoconducto de su plata para salir del Perú.

- Y qué tal éxito tienen.

- Algunos consiguen viajar a Europa o a los Estados Unidos. Allá pasan una temporada con su gringuita, incluso los hay que llegan a casarse. Casi todos acaban por volver antes o después, decepcionados del sueño de la civilización occidental, hartos de verse más marginados y despreciados que aquí.

- No se puede decir que sea un oficio muy escrupuloso el suyo.

- ¿Porque tratan de sobrevivir vendiendo exotismo? – dice Angie endureciendo el tono de voz. Lo mira fijamente a los ojos y le pregunta desafiante - ¿Me quieres decir qué hacen ustedes los jodidos antropólogos?

Cayetano se queda cortado por la arremetida de Angie.

- Bu, bueno, nosotros hacemos ciencia. Nos ajustamos a unas reglas – dice él con aires de suficiencia, soltando una forzada carcajada por la ocurrencia de la comparación. – Nos atenemos a una disciplina.

- Muy bien. Eso es precisamente lo que hacen ellos, atenerse a su disciplina. Y te aseguro que no se salen del guión. Se visten como se tienen que vestir, actúan como tienen que actuar y dicen lo que tienen que decir. Lo mismito que hacen ustedes cada día en sus soporíferas

universidades. La diferencia es que ustedes manejan plata y ellos no.

- Pero... ¿y los fines? ¿Qué me dices de los fines? – esgrime él, acorralado por los inesperados argumentos de ella.

-¿Hay diferencia?

-¡Mujer, cómo que no la hay! – Hace un gesto de incredulidad ante lo que le parece una absoluta evidencia. Y prosigue, algo enfadado consigo mismo por haber entrado al trapo tendido por alguien a quien no considera un interlocutor válido. - Nosotros producimos conocimiento y lo suyo no deja de ser una mera estrategia para sobrevivir.

- Al final, viene a ser lo mismo. Él tiene que hacer sus estrategias y tú las tuyas. Y dentro de cien años, ni tu Antropología ni su *brichería* significarán nada en el curso del universo. Na-da – dice, terminando de desenroscar el tapón de la botella de pisco.

Y así, sin más, en un rincón de un café perdido de la cordillera andina, a tres mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, mientras Carol King canta *You've Got a Friend*, Cayetano tiene la desconcertante impresión de que la *hippie* trasnochada que tiene frente a él le acaba de dar la lección magistral de su vida. Sus palabras han sido como un violento tirón que ha roto el hilo de sentido en el que se ha pasado media vida ensartando una larga retahíla de perlas teóricas, que ahora rebotan descontroladas por el

suelo para ir a perderse, una tras otra, en los resquicios abiertos de la deteriorada tarima.

- ¿Quieres el pisco o no, antropólogo?- le insisten los carnosos labios pintados de carmín, como diciendo, “y vamos a cosas más importantes”.

“Quiero morderte la boca”, se le ocurre a Cayetano, aunque le sale un escueto -Sí, sí, claro-, procurando contener la ola de voluptuosidad que Angie le acaba de provocar. Pero su respuesta queda ahogada en el clamor con que la clientela recibe el repentino corte del fluido eléctrico. Las chicas de la barra se apresuran a encender las velas que hay repartidas en las mesas. Poco a poco se va calmando el ambiente hasta quedar de nuevo el murmullo de las conversaciones. Angie ya tiene levantado el vaso de pisco para brindar, pero lo detiene a medio camino por el súbito silencio que se produce. Dos soldados pertrechados con fusiles acaban de entrar. Los militares intercambian unas palabras con una de las chicas; ésta se acerca a la mesa para hablar con Angie.

- ¡Qué buscan esos cabrones acá! - pregunta Angie visiblemente contrariada

- Dicen que cerremos las puertas. Van a pedir las documentaciones. ¿Qué hacemos, Angie?

- Hagan lo que les piden. Y estén tranquilas, no va a pasar nada.

Cierran. Uno de los soldados pasa de mesa en mesa controlando las documentaciones con una linterna.

- ¿Se puede saber qué ocurre? – pregunta Angie con gesto adusto cuando el soldado llega a su mesa. Soy la dueña del café.

- Ya lo sé, señorita Angie. Usted no se acuerda de mí, pero yo de usted sí.

- ¿Ah sí? – dice ella dulcificando la voz.

- Este era el único café del que nunca me echaron cuando de chico venía a vender mis postales. No se preocupe, sólo tenemos orden de identificar al personal.

- ¿Y no se te ocurrió nada mejor que meterte en el ejército?

- En el cuartel se come cada día y se duerme sobre una colchoneta, no en cartones.

Regresa la luz. El soldado de la puerta hace señales de urgencia a su compañero para que salga.

- ¿Nos tomamos el pisco en otro sitio? – sugiere Cayetano. Fija la mirada en sus labios a la espera de que su boca se pronuncie, pero en lugar del sí deseado ve una expresión de estupor dibujada en el rostro por el tremendo estallido que acaba de remecer los muros del local.

- ¡Hostias!- exclama Cayetano, en medio de los gritos de pánico de la gente.

Por un momento parece que el techo se viene abajo. Crujen las vigas de madera y caen algunos cascotes de yeso. En un acto reflejo, Angie se ha agarrado a la mano de Cayetano que, agachado bajo la mesa, tira de ella. En la confusión del momento, en la oscuridad apenas rota por

las dos únicas velas que han quedado encendidas y en medio de la polvareda levantada, nadie alcanza a saber lo que ha sucedido, hasta que, pasados los primeros momentos de desconcierto, alguien grita desde la puerta que ha estallado una bomba en el soportal del Cabildo, a pocos metros del café.

Angie se acerca a la barra y cruza unas palabras con las chicas. De inmediato regresa.

- Vamos, les he dicho que cierren. De todos modos, los clientes se van a ir.

- ¿Es cosa de Sendero? – pregunta Cayetano.

- Es cosa de este jodido país.

Los soldados han acordonado los alrededores del Cabildo. Uno de ellos está malherido. Se oyen sirenas que se aproximan. Ellos se encaminan con paso rápido hacia la plaza de Armas. Los comerciantes se apresuran a recoger las mercancías, las tiendas cierran, la gente corre. Se oye una nueva explosión. Esta vez el sonido procede del otro lado de la plaza, por el callejón del Loreto.

- Parece que el cerco se cierra por fin - dice Cayetano tratando de disimular su miedo.

- Vamos a casa. Esperaremos allí a que esto se calme.

- Está bien, brindaremos con pisco la última noche del Cusco republicano; quizás mañana nos levantemos escuchando consignas maoístas por los altavoces.

- No digas cojudeces, antropólogo – le reprende ella con enojo.

Al pasar por el atrio de la catedral, debajo de unos cartones amontonados junto a la pared, se oye la voz de un niño.

- Chau Angie.

- Hola Nico. Hola Donato.

- Hola amigo – saluda el segundo a Cayetano.

- Ah, hola – reconoce éste a uno de los lustrabotas de la plaza. ¿Qué hacéis ahí?

- Dormir, pues.

- Mejor se van de aquí. Corran al café antes de que cierre. Le dicen a Angélica que los deje dormir allí esta noche ¿ya?

- Gracias. Chau Angie. Chau, señor.

Los niños salen de sus cajas y corren al café.

- En fin, lo más que puede pasar es mañana falten unos cuantos pasteles – dice Angie resignada.

Angie y Cayetano pasan junto a la tanqueta antidisturbios. Tiene el motor en marcha. Suben por el costado izquierdo de la catedral y van a desembocar en la plaza de las Nazarenas. Está solitaria, en calma. El sonido de sirenas se oye lejano.

- Acá vivo. En esa casita del rincón.

- Caramba. Así que tú eres la que pone música a altas horas de la madrugada.

- Si lo dices porque pueda molestar, no hay problema. Soy la única habitante de la plaza. Todos estos edificios están abandonados.

- Bueno, la única no. Veo que no vives sola – dice él decepcionado al ver la ventana iluminada.

- ¿Lo dices por la luz encendida? La dejo siempre que salgo por la noche. No me gusta llegar a casa a oscuras.

Ella saca la llave y abre la puerta.

- ¿Sabes? Esta plaza es el lugar que más me gusta de la ciudad. Tiene algo especial – dice él subiendo las escaleras tras ella.

- Sí, lo sé.

- ¿Sabes que tiene algo especial o que es el lugar que más me gusta de la ciudad?- bromea él.

- Las dos cosas.

Abre la puerta del apartamento.

- La primera es posible, pero ¿cómo puedes saber la segunda?

- Te he visto cada noche sentado ahí abajo, con la cabeza metida en el cuello subido del chaquetón, como una tortuguita asustada.

- ¿Podías haberme llamado alguna vez?

- Me produce mucho respeto el deseo de soledad de los demás. Pasa.

Un olor dulzón de sándalo flota en la estancia. En un rincón hay un pequeño altar presidido por una imagen de Vishnu. En la chimenea que hay entre las dos ventanas arden los últimos rescoldos del fuego.

- Pon algo de música. – Angie señala un mueble que hay junto a una colchoneta.

Cayetano se inclina sobre los discos y repasa: América, Crosby, Still, Nash & Young, The Doors, Jimmy Hendrix, The Mamas and The Papas. Saca uno de Bob Dylan.

- ¿Y esto?, - pregunta Cayetano sorprendido al ver pinchada en la pared una cartulina con su propio retrato.

- Lo hice el día que llegaste al Café del Viajero escapando de la manifestación.

- ¿Por qué yo?

- Me gusta dibujar los rostros de mis clientes. Me distrae, y me permite ahuyentar a los moscones que quieren ligar conmigo. Luego, los que mejor me salen, los coloco en las paredes del Viajero. ¿No los vistes?

- No, no me he fijado.

Mientras conversan, Angie saca del armario de la cocina dos vasos y una botella de pisco y los deja en la mesita. Coge un trozo de mango que queda en un plato y lo come. Echa un par de troncos en la chimenea. Se arrodilla en el suelo y empieza a soplar por un largo tubo metálico apuntado hacia los rescoldos.

- Mira a ver si queda algo de yerba en la cajita que hay encima de la mesa. Por cierto ¿tú fumas, antropólogo? – pregunta y sigue soplando.

- Sólo tabaco – le sale a Cayetano como una excusa. El tono empleado por ella no admite una manifestación de abstinencia total.

- Claro, qué se puede esperar de un intelectual serio como tú.

Cayetano abre la caja. Hay un mechero, una bolsita con hojas de marihuana y varios librillos de papel de fumar. Coge la bolsa y se queda estupefacto al ver la jeringuilla hipodérmica que hay debajo. "¡Esta tía es una yonqui!", exclama alarmado para sí. No sabe cómo reaccionar. Su primer pensamiento es que tiene que salir de allí cuanto antes, pero se contiene pensando que al fin y al cabo sólo se trata de tomar una copa. Nada lo compromete a llegar más lejos.

Saca el papel y la hierba y se dispone a liar el cigarrillo. Nunca lo ha hecho, pero en ese momento no le apetece quedar como un pazguato.

Al rato.

- Anda, déjalo que te lo vas a cargar. Dame, ya lo hago yo – dice Angie al ver las dificultades de Cayetano para liar el porro. Le coge el papel, lo pone en la palma de la mano derecha, vierte la mezcla de tabaco y marihuana y, ante los atónitos ojos de Cayetano, lo lía sin ayuda de la otra mano.

- Esto es como cachar: cuanto más se practica – pasa la lengua por el papel- mejor se hace.

- ¿Cachar?

- Follar, creo que dicen ustedes –aclara ella con naturalidad.

- ¡Joder! - se le escapa a Cayetano y se le atraganta el sorbo de pisco. Empieza a toser.

- Llámalo como quieras – abrevia ella mientras enciende el porro. - Pero estarás de acuerdo conmigo que son cosas que cuando se aprenden ya no se olvidan nunca. Es instintivo. Tu deberías saberlo, antropólogo.

- No. Digo, sí – trata él de contestar entre toses.- Esto, bueno, es que no esperaba una respuesta así, tan... – “grosera”, piensa - espontánea –dice.

- ¿Por qué? – Angie se sienta en la colchoneta junto a él.

- Pues... no sé. Quizás porque me había formado de ti una imagen... como diría, mística – se le ocurre al ver la figura de Vishnu.

- ¿Y no es el sexo una experiencia mística? – añade ella, ofreciéndole el cigarrillo.

Durante unos segundos, Cayetano se queda sin saber qué hacer. “Cuidado, que te la juegas. Dile que pasas. Que no te apetece fumar. Cualquier cosa, con tal de no entrar en el juego. Lo mismo tiene sida”.

- No es mía – le dice sonriendo sin dejar de tenderle el cigarrillo humeante.

- ¿Qué? ¿Qué cosa no es tuya?

- La jeringuilla.

-Ah, sí, bueno, la jeringuilla – repite cortado, tratando de aparentar normalidad.

- A saber qué ha podido pasar por esa mente llena de escrúpulos burgueses.

- Y por qué crees que ha pasado algo por mi cabeza – dice él tranquilizado por las palabras de Angie.

- Tenías que haber visto la cara que has puesto al verla. Te has quedado pasmado mirando a la caja sin mover un pelo.

- ¿Eso he hecho? – dice azorado. - No me he dado cuenta. ¿De quién es entonces? – quiere asegurarse Cayetano de todos modos.

Angie se le queda mirando con media sonrisa dibujada en la boca.

- No sabía que estaba ahí. Es de un argentino loco que cayó por el Cusco hace un mes y no se le ocurrió otro sitio para picarse que el servicio del Viajero. Se lo encontró una de las chicas tirado junto al lavabo. Lo llevé al hospital y le diagnosticaron una septicemia. Estuvo en cuidados intensivos hasta que le dieron el alta. Como no tenía plata ni a dónde ir, me lo traje a casa. Se quedó un par de semanas para recuperarse. El otro día me encontré un papel en el que me daba las gracias y se despedía.

- Un acto muy generoso de tu parte.

- Qué carajo. El asunto podía llegar a la policía. Bastante mala fama tiene ya mi café entre las gentes bien-pensantes de acá como para añadir un escándalo de ese tipo.

Con un leve gesto del brazo, Angie insiste de nuevo con el cigarrillo. Cayetano lo toma, le da una calada y, mirando a los ojos de Angie, se lo pasa. En el trayecto de vuelta, su mano se ha depositado sobre la rodilla de ella.

- ¡Mierda, antropólogo! – exclama Angie, volviendo ridículo el gesto de Cayetano.

- ¡Qué pasa! - retira él la mano como si acabara de tocar una plancha caliente.

- Que no aprenderé nunca. Debería tener más cuidado con mis palabras- dice enfadada consigo misma.

- ¡Y qué le pasa a tus palabras! – levanta el tono para mitigar la sensación de ridículo.

- Pues que provoca malentendidos –se lamenta- ¿Ves esa foto que está en la estantería? Es Alice.

- Tu pareja, supongo – trata de adoptar una actitud que disimule su frustración.

- Ya no. Duró dos años, pero se acabó. Hace tres meses conoció en el café a una danesa que venía para participar en no sé qué cuentos de ritos iniciáticos incas, en las ruinas de Qenqo. Se llevó a Alice con ella.

- Pues no sabes cuánto lo siento - dice él, haciendo acopio de todo su arsenal de cinismo.

- ¿Sientes... que haya tenido una relación con Alice o que se haya ido? – pregunta ella mirándolo de soslayo.

- Las dos cosas. Bueno, no –corrige- Si te soy sincero, más la primera. Me resultabas muy atractiva – confiesa sabiéndose fuera de peligro.

- ¿Ya no? – dice ella dolida en su amor propio.

- ¿Quieres que me haga falsas ilusiones?

- Digo que si ya no te resulto atractiva – insiste ella.

- Mira Chuncha, me pareces muy sensual – declara él, dejando de administrar el juego de la seducción, puesto

que nada hay ya que negociar.- Pero comprenderás que no es lo mismo.

- ¿Porque piensas que soy lesbiana? – reconsidera ella ante la declaración de Cayetano.

- Tú lo acabas de decir.

- ¡Tú lo acabas de deducir!

- ¡Pero si has tenido un rollo con una tía hasta hace tres semanas...!

- Tres meses- puntualiza ella.

- ¡...tres meses – corrige él - y resulta que yo he deducido que eres lesbiana!

- ¡Serás burguesaso de mierda! – le recrimina -. Así que eres de los que piensan que la orientación sexual es una marca indeleble de la personalidad.

- ¿Qué es para ti entonces?

Angie se levanta con parsimonia, añade un madero al fuego y enciende otra varilla de sándalo.

- Puesss... –dice pensativa – Yo diría que algo así como...

– La carnosidad de los labios soplan la cerilla - un estado de ánimo. Eso, un estado de ánimo, - reafirma orgullosa de su hallazgo.

- ¿Y cuál es tu estado de ánimo en estos momentos? – se adentra Cayetano de nuevo en el terreno de juego.

Angie no responde. Vuelve a sentarse en la colchoneta junto a él, da la última calada al cigarrillo, pone sus labios sobre los de Cayetano, los abre con suavidad y le pasa la

bocanada de humo. Se levanta y rebusca entre los discos, saca uno, sonrío y lo pone. Jim Morrison canta:

*You know that it would be untrue
You know that it would be a liar*

Angie se tumba en la colchoneta con la cabeza apoyada en el regazo de Cayetano.

- Háblame de ti – le pide.

- ¡Joder, Chuncha! – dice él, enardecido por el regusto a pisco, marihuana y mango que le han dejado los labios carnosos de Angie. - Hace un rato me dijiste que no te parecía interesante ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

- Te dije que no me parecían interesantes tus asuntos académicos y me siguen sin interesar; pero sí el misterio de alguien que viene cada noche a sentarse en un banco, ahí en la plaza, y se queda hasta la madrugada. - Lleva sus dedos a la frente de Cayetano y con el pulgar y el corazón distiende con delicadeza el ceño fruncido. ¿De qué estás huyendo?

- Qué te hace pensar que estoy huyendo de algo.

- Eres el primer antropólogo que cae por el Cusco y no viene buscando indios.

- Puede que sólo esté viajando.

- Tú no tienes pinta de viajero - le responde Angie con gesto de incredulidad.

- Por qué no puedo ser yo un viajero.

- Los conozco muy bien. No olvides que mi bar se llama Café del Viajero. Yo misma he sido viajera muchos años y he conocido a bastantes. El viajero de verdad decide un día que la vida es como es y que no vale la pena intentar cambiarla ni tampoco explicarla, sólo vivirla y transitar por ella. Se deja llevar por permanente flujo del Tao.

- Hay viajeros muy interesantes, como Flaubert, con su *Viaje a Oriente...*

- No jodas – interrumpe ella - El verdadero viajero no tiene necesidad de contar sus andanzas.

- Según eso, no hay modo de conocer al viajero auténtico.

- Te equivocas.

- ¿Cómo?

- Como sólo puede conocerse el alma profunda de las cosas.

- Qué método es ese – prosigue Cayetano.

- Abandonándote a ellas.

Cayetano se ve transportado al Sahara. Es de noche y está sentado sobre una alfombra, delante de la jaima, junto con un grupo de hombres tuareg. Se disponen a comer con los dedos de la gran bandeja de cuscús que hay en el centro. Unos metros más allá, en torno a la hoguera, las mujeres ríen y conversan mientras terminan de preparar el cordero que han sacrificado para darle la bienvenida. Una joven pasa con una jarra en una mano y una jofaina en la otra, cuidándose de no invadir el territorio masculino

marcado por la alfombra. Cuando le llega el turno, Cayetano coloca las manos sobre la jofaina, tal y como ha visto hacer a los otros comensales, y se las enjuaga con el chorro de agua que cae de la jarra. Entonces, repara en las delicadas filigranas de *henna* dibujadas en la mano que sujeta la jarra. Levanta la mirada y se topa con unos inmensos ojos negros que lo miran tímidamente. El cuerpo se le remece.

- Así que te abandonaste perdidamente a un viajero –
interrumpe Cayetano su recuerdo.

- Viví con él los momentos más lindos de mi vida.

Cayetano vuelve a sumergirse en el pasado. Está solo en el campamento. Es temporada de recogida de dátiles y todos se encuentran en el palmeral. Se entretiene en dibujar su jaima, refugiado de la calima del mediodía. De pronto, percibe el rumor de unos pasos sobre la arena. Una joven se asoma a la tienda y se le queda mirando cándidamente con sus grandes ojos negros pintados de *kool*. A Cayetano se le acelera el pulso, como siempre que la ve o la siente cerca, desde que se cruzaron sus miradas por primera vez. Hasta este momento ha tratado de evitarla, ha batallado consigo mismo para no pensar en ella, se ha fustigado y se ha acusado por desearla; ha intentado aplicar todos los recursos que le proporciona el manual de deontología antropológica, pero ha sido inútil. Y ahora la tiene ahí enfrente, diciéndole algo que no alcanza a escuchar con nitidez porque todavía no entiende

muy bien el hasanía, y porque el corazón se le ha desbocado y ya no responde de sus actos.

- Luego, desapareció, dejándome hecha polvo y preñada – la oye Cayetano decir.

- Habrás tenido más amores.

- Algunos; pero no con hombres.

- Claro, le guardaste el hueco a tu viajero.

Angie incorpora levemente la cabeza y se le queda mirando con gesto de sorpresa.

- Si lo quieres ver así... Pero a ti no te va ese lenguaje, antropólogo. - Vuelve a apoyar la cabeza.

- ¿Cómo? – pregunta Cayetano, y repara enseguida el doble sentido de sus últimas palabras.

- Ahora dime –continúa ella - ¿Sigues creyendo que tienes alma de viajero?

- Me temo que no – dice Cayetano rozando con sus dedos los labios de ella. – Tengo demasiados lastres para poder viajar.

- Eso te pasa por profesor.

- Seguramente; pero no sé cómo se corrige esa anomalía.

- Déjalo, pues.

- A mi edad, si se deja lo que se ha llegado a ser, se queda uno sin nada.

- ¿Tienes pareja?

- Me separé hace algo más de un año.

- No se entendían ustedes.

- Más bien yo no me entendía conmigo mismo.

- ¿La echas de menos?

- Eso es algo que ya no me puedo permitir.

- Qué te lo impide.

- Una membrana, como quiera que se llame, que clausura el paso a la matriz una vez que se ha producido la fecundación. Sobre todo, si el espermatozoide fecundador es de otro.

- Te puso los cuernos, pues.

- Digamos que me los puse yo mismo en diferido.

- ¿La amabas?

Cayetano tarda en responder.

- Sí, supongo que sí.

Se produce un silencio. Angie busca la mirada de Cayetano. Pasa la mano detrás de su nuca, lo atrae suavemente hacia sí y, alzando ligeramente el torso, lo besa; luego se gira, le baja la cremallera del pantalón y comienza a manipular en su interior. Él se deja hacer. Cayetano comienza a emitir leves jadeos de placer, que al cabo de un rato se transforman en gemidos cuando se le hace patente que su cuerpo no va a responder a sus deseos.

Angie se incorpora.

- ¡Eh! Qué pasa, tú. Es que no te fías – pregunta con suspicacia. – Ya te he dicho que la jeringuilla no es mía. No soy imbécil.

- No es eso.

- Entonces, es porque me gustan las mujeres ¿no?.
- No, no es por esa razón – trata él de ser convincente. -
Es cosa mía. Sólo mía. No te preocupes.
- ¿Tienes problemas de impotencia?
- Por lo visto sí.
- Entonces no es porque no te guste – dice con un matiz de candidez en la voz que provoca en Cayetano un efecto de consuelo y al mismo tiempo de ternura hacia ella. La atrae y la abraza.
- Soy yo quien no me gusto – le susurra al oído.
- A decir verdad, yo tampoco sabía si podría continuar.
- Claro. Le tienes reservado el hueco a tu viajero.
- Hace demasiado tiempo de eso. Sólo necesitaba sentirme estrechada por los brazos de alguien.
- Vaya dos.
- Sí, pues. Vaya dos.

Entra en el Café del Viajero, saluda con familiaridad a la joven de la barra, coge del revistero los periódicos del día, va a sentarse a la mesa del rincón del fondo, junto al ventanal, y se dispone a hojearlos mientras desayuna las tostadas y el mate de coca que enseguida le servirá la joven. Entretanto, saca del bolsillo la carta que acaba de recoger en la oficina de correos. Repara en que tiene un pico abierto y que se ha demorado casi un mes en llegar.

Querido Cayetano,

Dirás que la pesada de tu amiga Yvonne no piensa dejarte tranquilo en lo que parece que va a ser un tiempo de exilio voluntario más largo de lo previsto, pero las cosas se están poniendo feas para ti en la Escuela. Algunos (te puedes imaginar quiénes) han empezado a sugerir que deberían abrirte un expediente por ausencia injustificada. Así que, tal como quedamos cuando me llamaste para decirme que por ahora no pensabas regresar y que, si se ponían tontos, los mandara a “tomar por el culo” (sic) (¿de dónde has sacado ese lenguaje?), comenté con el director la posibilidad de que te concedan el

sabático que tienes pendiente y le pareció una buena solución para resolver el asunto. Sin embargo, la burócrata de nuestra nueva directora (y felpudo del Viejo, no te imaginas hasta qué punto) se niega a firmar la solicitud sin que hayas presentado un plan de trabajo que lo justifique. Me puse manos a la obra y creo que ya he resuelto el problema. Hablé con Jacques Blanchard, el especialista en historia andina del Departamento de Estudios Latinoamericanos, y me dijo que hay en Cuzco un Instituto de Antropología cuyo director es amigo suyo. Jacques me sugirió que entre los dos veáis la forma de vincularte a la institución. Él ya le ha escrito avisándole de que lo vas a visitar enseguida. Así podremos presentarle a “la Felpudo” un papel para tu sabático. Nada más lo tengas, me lo mandas por fax sin demora. Los ánimos de algunos colegas están algo alterados por tu tardanza en reincorporarte y sólo he conseguido calmarlos por ahora ofreciéndome a continuar sustituyéndote en las clases y atender a tus doctorandos. Una vez resueltos los trámites del permiso, te pondrán un sustituto y dispondrás de un año entero para reflexionar con la distancia y el sosiego que dices necesitar.

Déjame hacerme la ilusión, sin embargo, de que no vas a agotar todo el sabático y que muy pronto estarás aquí de nuevo para tener con quien ir de vez en cuando a una exposición, a cenar o al cine, los días más tristes del mundo, como son los domingos grises y fríos del invierno parisino. Sobre todo, después de comprobar, una vez más (como esta misma mañana), que el tipo que ha dormido a mi lado, con quien he salido los últimos fines de semana, no remueve el más mínimo efluvio de mi ya algo

desgastada libido. Que prefiero la soledad tranquila de mi madurez, y que me reconforta saber que tú andas por los alrededores de mi vida y la de Nicole. Ella también te va a echar de menos. Aunque, lo cierto (y más duro de asumir para mí de lo que yo, vieja activista del Mayo, podía suponer) es que ya es mayorcita y empieza a volar sola. Sobre todo esto último, después de la brillante idea que tuviste de dejarle tu auto hasta tu regreso. Tú serás el responsable de mis desvelos de cada una de las noches que salga, hasta que oiga la llave entrar en la cerradura de la puerta y pueda, por fin, dormir tranquila. Menos mal que conseguí disuadirte de que le dejaras también tu apartamento. ¡Lo hubiera convertido en un antro de orgías! Aquí, en casa, al menos sé con quien anda, aunque a veces eso me obligue a desayunar con los especímenes más extraños que te puedas imaginar, más objeto de atención antropológica que de atracción erótica (observándolos, me pregunto si no estará mutando la especie humana). Así que las llaves de tu apartamento me las quedo yo. Lo mismo uno de estos días me lío la manta a la cabeza y me acabo enrollando con mi doctorando griego (ese tan descarado como guapo del que te he hablado en alguna ocasión). No te rías. Si a mi edad aún no he perdido la sensibilidad para captar mensajes eróticos, la manera tan provocadora como me mira durante las tutorías en mi despacho me dice que quizás pueda necesitar tu apartamento en cualquier momento. Bueno, ya sabes que bromeo, aunque, al menos, me sirve para dar pie a mis fantasías eróticas de cuarentona.

Por favor, cuídate mucho. Nicole te manda besos.

Yvonne.

PD. Ya he dado orden al banco para que te hagan la transferencia del dinero al número de cuenta que me enviaste.

Guarda la carta, se levanta y paga.

- Chao, Betti.

- Chau, Cayetano.

Como cada mañana a esas horas, va a sentarse a un banco de la plaza de Armas para dejarse acariciar el rostro por el tibio sol y conversar un rato con los lustrabotas y los niños vendedores de postales. Luego, suele regresar al cuarto del hotel y se enfrasca en la lectura de los libros usados que compra en un puesto de la plaza. Hoy contempla la sede del Instituto de Antropología, ubicado a la izquierda de la catedral, unos cincuenta metros adentro en el barrio de San Blas. Después de haber leído la carta atrasada de Yvonne, se siente obligado a hacer acto de presencia. No puede seguir cargándola con sus clases. Esa misma tarde irá a ver al director.

A eso de las siete, llega al rellano que se abre delante del edificio y admira, una vez más - le coge de paso para la plaza de las Nazarenas - la fachada del palacio. Los sillares de piedra ligeramente inclinados delatan su origen inca. Sobre ellos se alzan unos altísimos muros encalados, las ventanas y balcones de madera labrada, la portada de estilo renacentista con influencias platerescas, con sus dos columnas corintias enmarcando los portones

ornamentados con rosetas en relieve, los dos escudos de armas y la panoplia de caballero sobre la portada. En la segunda planta, destaca el balcón tribulado en la esquina del edificio que da a la plaza. El zaguán da paso un gran patio interior, rodeado en los cuatro costados por los corredores de las dos plantas arcadas; una fuente de piedra ocupa el centro de la pieza. Todo está pulcramente mantenido y limpio. Sólo el rumor del agua rompe el silencio monacal que reina adentro. Nada que ver con la mala impresión que le causó el estado de abandono de la universidad de San Antonio Abad un día que fue a darse una vuelta por el campus.

El conserje le indica que suba al segundo piso. Al final de la escalera, una gran puerta da paso a las dependencias de la Dirección. Lo recibe una secretaria de aspecto extranjero y lo acompaña al despacho del director. Cuando abre la puerta, Cayetano ve levantarse de su sillón a un hombre alto, delgado, entrado en la sesentena, casi calvo y de piel muy blanca, quien, en un correcto español marcado por un fuerte acento alemán, lo saluda con cierta sequedad y lo invita a pasar.

- Por favor, avíseme diez minutos antes del acto- indica éste a la secretaria con amable autoridad. Y dirigiéndose a Cayetano. – Bien, bien, así que por fin se dignó a venir, doctor Aljamia – parece recriminarle desde el borde superior de sus lentes.

Cayetano se queda cortado, sin saber cómo responder a tan inesperado recibimiento.

- Hace ya tres semanas que recibí un fax de mi amigo y compañero suyo, Jacques Blanchard –continúa el director en el mismo tono-, pidiéndome que lo atendiera. Por lo visto, hasta ahora no hemos sido dignos de su consideración.

- La verdad es que he estado muy ocupado –se siente obligado a buscar una excusa, aunque no puede evitar verse en casa de Angie, tumbado sobre la colchoneta y fumándose un porro.

- Si me disculpa un momento, he de pasar unas notas a la secretaria. Dentro de media hora dicto una conferencia en el salón de actos y quiero que me haga unas correcciones. Por cierto –se gira desde la puerta - ¿nos hará el honor de asistir, verdad?

Al tajante “ni hablar” que está a punto de soltarle a aquel tipo tan desagradable se le adelanta un traicionero: - Por supuesto – seguido del “¡Cobarde!” para sí con el que se recrimina. Decide que cumplirá con el elemental protocolo entre colegas y, una vez terminada la conferencia, saldrá corriendo de allí. “A la mierda el sabático”, exclama para sus adentros, y se sorprende cavilando cómo se las arreglará en el futuro para ir y venir a la plaza de las Nazarenas sin tener que pasar delante del Instituto y no encontrarse con el director. Disipa ese pensamiento pueril y se entretiene en registrar algunos

detalles del amplio despacho: el mirador esquinado que da sobre la plaza de Armas, una chimenea, mobiliario clásico de estilo cuzqueño, de aspecto sobrio e incómodo, un ordenador y un plano antiguo de la ciudad colgado detrás del sofá, las estanterías repletas de libros cuidadosamente ordenados. Se acerca a una de ellas. Le llaman la atención las obras completas del filósofo Karl Popper encuadernadas en piel repujada. “¡Será horterera!”

Entra el director.

- Su despacho tiene un emplazamiento magnífico - dice Cayetano acercándose al mirador.

- Pocas vistas hay tan bellas como la que tiene ahora delante de sus ojos - responde el director situándose junto a él. - Aunque usted tampoco puede quejarse de la que le ofrece su cuarto, el número uno, si no me equivoco - dice señalando con el dedo hacia arriba, en dirección al hotel. - Dispone de un panorama más amplio que el mío - añade como un reproche.

Cayetano se esfuerza en disimular su incomodidad por la información que aquel tipo parece tener sobre su vida, hasta cierto punto comprensible en una ciudad pequeña, mas no el modo tan indiscreto con que la está administrando.

- Así es. Pero desde allí no se ve el nevado que se alza al fondo del valle - le sale sin querer como una réplica.

- El Ausangate, uno de los apus sagrados de la cosmogonía inca - cuenta el director, con un tono que

revela una sutil bajada de guardia. Da un pequeño giro y se coloca junto a Cayetano mirando en la misma dirección.

- Que, por cierto –continúa-, usted habría podido contemplar cada vez que hubiera querido de haber venido antes, ya que los cuartos de investigadores invitados dan a este mismo lado del edificio. Será positivo para el Instituto tenerlo entre nosotros – afirma, dando por sentado que Cayetano va a mudarse del hotel. - Y para usted también. Aquí dispondrá de uno de los mejores fondos bibliográficos sobre Antropología andina. Una parte sustancial de lo que se publica sobre asuntos andinos se produce en estos despachos, tanto por parte de nuestra plantilla de investigadores, como de los colegas extranjeros que frecuentemente nos visitan. Cualquier pretensión de obtener conocimiento antropológico sobre la cultura andina pasa necesariamente por este centro – parece advertirle.

- Le agradezco la invitación; pero por ahora continuaré hospedado en el hotel. Mi cuarto, aunque austero, es muy acogedor y ciertamente me permite una perspectiva más amplia que la de este mirador – le responde Cayetano, esperando que su negativa a aceptar la invitación no dificulte la posibilidad de conseguir algún documento que lo vincule con el Instituto.

El director mira el reloj, visiblemente contrariado por el rechazo de Cayetano a trasladarse al Instituto.

- Es la hora. ¿Bajamos?

Entran los dos en el salón de actos, lleno por estudiantes universitarios. El director va con paso decidido hacia el estrado e invita a Cayetano a tomar asiento en un extremo de la primera fila, junto al ventanal que da a la plaza. El director se sienta, abre la carpeta y toma la palabra. Su voz resuena por los altavoces. De inmediato se hace el silencio.

- Con el título *Paradojas de la identidad peruana* voy a exponer unas reflexiones que he elaborado a partir de un comentario que me hizo hace unas semanas un colega de la universidad de San Diego, en California. Me expresaba su perplejidad por la afirmación que cierto antropólogo peruano hizo en el curso de una conferencia impartida por él en esa misma universidad, un par de meses antes. Al parecer, se reivindicó descendiente de los incas, a pesar de que sus apellidos y rasgos físicos lo desmentían a todas luces. Desde entonces le he dado algunas vueltas a este asunto, que no puede ser zanjado, como hacía mi interlocutor californiano, concluyendo que el susodicho colega ignoraba los hechos históricos. No es esa la respuesta, ya que semejante discurso suele darse en intelectuales que conocen bien los hechos de la historia y, cómo no, su propia filiación de parentesco. Otra cosa es la interpretación y el uso perverso que ellos hacen de los hechos. Así que, para entender tales contradicciones, yo me inclinaría más bien por la hipótesis de la paradoja.

A Cayetano le produce un inmenso fastidio tener que aguantar allí sentado hasta el final de la conferencia. Con disimulo, inclina ligeramente la cabeza hacia su derecha y deja escapar la mirada por el ventanal. La visión de la amplia plaza lo alivia de la claustrofobia que le produce verse encerrado. Su mirada cae sobre Victoria, que está tratando de vender sus postales a una pareja de turistas. Éstos repasan el mazo y se lo devuelven con gesto displicente. Ella se aleja cabizbaja y va a sentarse en el borde de la fuente. Más acá, las dos cholitas posan con su llama para unos turistas. En las escalinatas del atrio de la catedral, un grupo de niños lustrabotas conversa a la espera de algún cliente. Repara en Alipio y rememora lo que sobre él le ha contado Angie. Nacido de madre soltera, el niño fue abandonado cuando tenía tres años. Pasó la infancia con una tía suya que a duras penas podía mantener a sus siete hijos y un marido alcohólico que se pasaba el día metido en las chicherías. Alipio no aguantó los continuos maltratos de éste y, con nueve años, se fue de la casa. Pasó a engrosar las filas de niños que deambulan y duermen en los alrededores del mercado, en donde sobrevivía a base de afanar lo que podía. En cierta ocasión, una turista norteamericana cincuentona, a la que Alipio había ofrecido su mercancía de postales, lo invitó a comer pizza. Desde entonces, se volvieron a encontrar cada mañana en la plaza y pasaban ratos charlando en los cafés. Ella empezó a hablarle de la posibilidad de

adoptarlo y se fue con la promesa de que haría las gestiones necesarias para la adopción y que, en dos o tres meses, volvería a recogerlo. Alipio estaba entusiasmado con la idea de que dispondría de una habitación para él solo, con televisión, computadora y videojuegos. Iba cada mañana a correos y regresaba triste y decepcionado, hasta que, pasados dos meses, desistió. Se tornó taciturno, irascible, y al cabo de un tiempo desapareció. Viajó a la selva con otros jóvenes mayores que él, con la añagaza de que ganarían mucho dinero sacando oro en el río Madre de Dios. Compartió penurias con el resto de la escoria humana que caía por allí, a cambio de escasa comida y algo de droga. Nunca recibió el dinero prometido. Tras ser agredido con una navaja que le dejaría una fea cicatriz en la mejilla derecha, consiguió escapar de aquel infierno y volvió al Cusco. Desde entonces duerme donde puede y sobrevive trabajando de lustrabotas.

- ...el origen de semejante paradoja está en las condiciones que se producen tras la conquista del Perú, cuando dos universos culturales diversos confluyen en una sola realidad social, compleja, plural, aunque singularizada bajo un nombre: El Perú.

Ve al viejo Moisés, con su encorvada espalda apoyada en una columna del soportal, el chullo sucio, el poncho lleno de jirones y calzado con las ojotas de tiras de neumático gastado, y cuyos pies Cayetano imagina agrietados como un terreno reseco. Está tocando su

armónica, que no emitirá más sonido que el provocado por el débil jadeo de su respiración. Mantiene tendida la otra mano a la espera de alguna moneda. Nadie atiende su demanda. El pobre viejo, desde que falleció la hija con la que vivía, tiene que mendigar para sobrevivir. Se alimenta de las sobras que le dan en los restaurantes de la plaza y duerme en una cochera de una ONG, donde guarda los vehículos todo terreno por unos cuantos intis.

- ... más de cuatro siglos el Perú ha estado mirándose en el espejo de su historia y no acaba de reconocerse en él. Una vez tras otra, se ha rechazado a sí mismo, ha falseado su rostro ocultándolo tras múltiples caretas, hispana, indígena, soviética, china o, como sostiene el colega a quien estoy haciendo referencia, inca. Falsa pretensión la suya. Porque el verdadero semblante de la sociedad peruana se rebela pertinazmente a los modelos simplificadores que tratan de imponerle unos y otros, incapaces de establecer un modelo único que se corresponda con la realidad plural que es.

Por una de las esquinas de la plaza entran dos filas de colegiales vestidos de uniforme: camisas blancas y pantalón gris los niños, falda plisada del mismo color las niñas. Un dos, un dos, acompañan los maestros el paso militar de sus pupilos, precedidos por un niño que trata torpemente de ondear una desmesurada bandera nacional. Se dirigen marciales hacia el atrio de la catedral, como cada día lectivo, para ensayar su participación en el

desfile militar del próximo domingo, como cada semana, con gran despliegue de fanfarrias patrióticas, el cual será presidido por los próceres políticos, académicos, eclesiásticos y militares de la ciudad. Como siempre. En la acera, un cargador del mercado, tocado con su chullo, descalzo y vestido con harapos que dejan ver su cuerpo famélico, doblado bajo el descomunal bulto que sujeta a su espalda con una sogá, acaso su única posesión, espera a que termine de pasar el futuro del Perú para continuar su camino. Un, dos, un dos, grita el maestro a sus pupilos con ardor pedagógico. Desde la escalinata, un grupo de turistas fotografía la escena.

- ... pues, aunque la historia de las naciones no la hacen solamente sus intelectuales, ellos son quienes la interpretan e inscriben, recreando las imágenes que el pueblo, a través de la educación escolar, los medios de comunicación, las actividades académicas, las liturgias festivas y políticas, va haciendo suyas.

Angie acaba de entrar en la plaza. La mira cruzar la calle con sus andares parsimoniosos y su larga falda de *hippie*. Va al encuentro de Victoria y las dos comienzan a conversar mientras bambolean las manos en el agua. Uno tras otro, se van acercando los niños con sus cajones de lustrar al brazo. Casi no hay clientes ya, pero ellos aprovechan que se han ido los lustrabotas mayores del sindicato. Estos se pasan el día espantándolos porque dicen que les quitan clientes. Enseguida se irán los niños al

mercado a comer, sopa de quinua, si han ganado alguna plata, con jugo de papaya, cuando han conseguido sablear a algún gringo recién llegado, todavía aturdido por el soroche, al que han acechado nada más salir del hotel. Claro que, cuando aprieta el estómago, siempre pueden echar mano del terokal, el pegamento de los zapateros (“Se huele, y se te pasa el hambre rápido y aguantas harto sin comer”) Se colocan alrededor de la fuente y entran en la conversación. Claudio, travieso como siempre, le echa agua a Donato, tan serio y formal él. (“De mayor seré pintor, y venderé mis pinturas a los gringos. Harta plata se gana. Más que con las postales.”) Donato le devuelve la broma. En cuestión de segundos, todos andan salpicándose. De modo espontáneo, los chicos orientan sus lanzamientos de agua a Victoria. Angie entra en el juego poniéndose de parte de la niña. Se están empapando, pero se lo pasan en grande. De pronto, los chavales empiezan vocear un nombre. Aparece la Abuelita, la Cochita, como cariñosamente también la llaman los niños en quechua, aunque sólo anda por los cuarenta y tantos. Lleva años trabajando con los niños de la calle, empeñada en hacer funcionar los talleres de artesanías de madera que a duras penas consiguen vender, porque todo el mundo anda misio por culpa de la inflación, porque cada vez vienen menos turistas, con tanta violencia que hay en el país, porque alguien ha robado la sierra para venderla en el mercado del

Contrabando o porque en Asia las hacen a un costo mucho más bajo y pueden aplicar las estrictas condiciones de seguridad que imponen los mercados europeo y norteamericano para que sus niños no corran riesgos.

- ...el conocimiento sobre la realidad peruana ha sido realizado fundamentalmente por investigadores extranjeros y algunos nacionales, casi todos ellos con formación académica norteamericana o europea: antropólogos, economistas, historiadores, politólogos, sociólogos y hasta psicoanalistas. Es el suyo un material que responde a cánones científicos rigurosos, pertinentes para modelar un discurso de identidad válido para representar la verdadera imagen de la sociedad peruana. Una imagen que, sin embargo, otros intelectuales se ocupan de simplificarlo y deformarlo, realzando algunos aspectos y opacando otros, es decir, ¡falseándolos!

Cayetano da un respingo en su asiento, sobresaltado por el golpe en la mesa con que el director ha acompañado su repentina subida de tono. Por unos instantes, teme que haya sido una recriminación por sus intermitentes evasiones hacia la plaza. Se acallan los murmullos levantados entre el público y de nuevo se hace el silencio. El director termina de dar un sorbo de agua y continúa, pero ahora con tensión contenida en su voz.

- Me refiero a quienes, descendientes directos de las viejas oligarquías criollas, expropiadas de sus privilegios tradicionales por el régimen dictatorial del general

Velasco, se dedican a elaborar falsos discursos de identidad – afirma, dirigiendo su mirada hacia el fondo de la sala. – Discursos que, lejos de reivindicar la justicia para los vencidos, como dicen pretender, no son sino la estrategia que despliegan para continuar manteniéndose en la cúspide de una sociedad en la que priman los valores occidentales, posición que ellos ocupan por nacimiento. Se apropian así del capital simbólico que genera lo incaico entre las masas y lo utilizan en su provecho. Esos falsarios de la historia dotan de apariencia científica los discursos utópicos que asume una mayoría del pueblo llano, impidiendo que éste se libere de la mentalidad arcaica que no les deja progresar. Esa es la función que cumple la manipulación mitificadora y utópica que ellos hacen de la historia, y ese el papel que desempeñan quienes construyen imágenes de identidad falsas, aún a costa de quedar aprisionados, como lo están, en la maraña de paradojas que ellos mismos se ocupan de tejer. Muchas gracias.

El director ordena los papeles y espera unos segundos antes de hacer un gesto con la mano para acallar el tibio aplauso del público. Cuando comprueba que su voz vuelve a oírse con claridad por los altavoces, se pone a disposición de los asistentes para el turno de preguntas. Durante un rato, nadie rompe el fuego. Hasta que alguien se levanta en la última fila.

- Le agradecemos bastante su conferencia, doctor, que tan fielmente refleja su pensamiento sobre el mundo andino. Un mundo que, a pesar de llevar usted tantos años viviendo en él, sigue sin comprender, ni podrá nunca llegar a comprenderlo, por la sencilla razón de que no pertenece a él.

- Que no pertenezca a él no me impide conocer los hechos. Dígame, licenciado Maldonado y Alderete. ¿No comete un falseamiento de la historia quien se reivindica descendiente de una estirpe a la que no pertenece?

- No, doctor. Y su pregunta confirma lo que acabo de decir.

- Reconocerá, al menos, que se trata de una paradoja.

- Ningún hecho es paradójico en sí mismo, sino en función de las premisas con las que se plantea: una vez que lo observamos desde una perspectiva diferente, la tal paradoja se desvanece.

- ¿Y podría decirnos desde qué premisas contempla usted el problema, licenciado Maldonado y Alderete?- le pregunta mirándolo a los ojos.

- Las que me proporciona el haber nacido acá – responde el licenciado aguantando la mirada del director.

- La condición de ser y sentirme andino – afirma con solemnidad. - Yo, al contrario que usted, doctor - da la espalda al estrado y se desplaza por el pasillo dirigiéndose al público, – no creo que la historia la hagan los intelectuales ni los políticos, sino los pueblos –afirma

abarcando con el brazo el aforo del salón. - Otros, sin embargo, se limitan a jugar el papel de caballos de Troya de los intereses de Occidente. Ellos son los que, infiltrados entre nosotros, generan esas paradojas.

“¡Un, dos, un, dos!”, oye Cayetano gritar a los maestros, abajo en la plaza. Mira de soslayo. Angie, la Cochita y los niños se han ido. Los colegiales salen en perfecta formación de la plaza. Tres potentes vehículos todo terreno acaban de aparcar frente a una de las agencias de turismo de aventura. De ellos desciende un grupo de jóvenes, norteamericanos por las pintas, que vienen de hacer *rafting* en los rápidos del río Urubamba. Por allí anda al acecho Hugo, a ver si pilla alguna gringa. Al otro lado de la plaza, junto al atrio de la catedral, la tanqueta antidisturbios se mantiene vigilante. Dos soldados, con el fusil ametrallador al brazo, realizan su guardia permanente por los soportales de la plaza.

- El problema –está diciendo Maldonado y Alderete, avanzando por el pasillo hacia el centro del salón- es que Occidente niega otras realidades posibles y las obliga, por la fuerza de su poder político, económico o, llegado el caso, militar, a que adopten la suya. Trata de transformar primero esas otras realidades a su imagen e interés, y cuando han conseguido desestructurarlas, entran en juego sus voceros diciéndonos – se gira y se dirige al público -: ¿Ven como tenemos razón? ¿Ven como nuestro modelo de sociedad es mejor que el suyo? ¿Ven como nuestro sistema

produce progreso y bienestar y el suyo desorden y miseria? Pero yo le digo, doctor –voltea el torso hacia él y concluye - que por muy cuantiosos medios que dispongan para imponernos sus verdades a costa de desvirtuar las nuestras, de nada les van a servir mientras haya hombres por los que corra sangre andina.

Un fuerte aplauso, acompañado de expresiones de asentimiento por parte de los estudiantes, sigue a las palabras del licenciado Maldonado y Alderete. Éste gira sobre sus talones y regresa a su sitio. El director hace un gesto en demanda de alguna pregunta más y, ante el silencio del público, da por concluido el acto. Se levanta, desciende del estrado con gesto adusto y hace una señal a Cayetano para que lo acompañe.

Suben a la Dirección y entran en el despacho. La chimenea está encendida. El director pone música clásica. De un pequeño frigorífico saca dos vasos y una botella de whisky.

- Tome asiento, por favor. ¿Con o sin hielo?

- Sin hielo, gracias –responde Cayetano temiéndose que la cosa vaya para largo. Se resigna pensando en el justificante para el sabático.

- ¿Cómo le va por aquí? – pregunta el director desde su sillón, dispuesto entablar una larga conversación.

- Me gusta esta ciudad.

-¿Piensa quedarse tiempo?

- Tal y como se van poniendo las cosas, quién sabe. Sendero parece que no deja de ganar terreno. La capacidad de aguante de este país parece ilimitada. No se entiende cómo ha podido llegar a la situación tan crítica en que se encuentra. Y lo peor es que no parece que haya tocado fondo aún.

- Ya conoce la famosa pregunta de Zabalita, el personaje de *Conversación en La Catedral*: ¿En qué momento se jodió el Perú? No se pregunta qué es el Perú, algo que, de un modo u otro, vienen cuestionándose todos los pensadores desde Garcilaso de la Vega; tampoco por qué o cómo ha llegado a la situación en que se encuentra, como ahora se pregunta usted, sino cuándo este país se perdió como posibilidad real, como si su destino fatal estuviera marcado desde su nacimiento y sólo fuera cuestión de tiempo que se cumpliera; como si en su propia gestación estuviera inscrito el sino de su fracaso como nación.

- Y usted ¿en qué momento cree que fracasó el Perú?

- Como no soy historiador, yo no me preguntaría cuándo, sino más bien quiénes son los responsables de su fracaso.

- Y cuál es su respuesta.

- Siendo, lógicamente, muchos los factores que entran en juego, creo que uno de ellos, acaso el principal, ha sido, y lo sigue siendo, su clase dirigente, sus políticos, sus intelectuales. Como suele suceder en sociedades jóvenes y mal organizadas, como la peruana, hay figuras realmente

eminentes, de excepcional mérito, tanto más cuanto surgen en entornos inapropiados, difíciles, en los que, sin embargo, abunda un excelente caldo de cultivo del que se nutren personajes de visión muy corta e interesada.

- ¿Como el doctor Maldonado y Alderete? - pregunta Cayetano sin más ambages.

Durante unos segundos, sólo se oye el tintineo del hielo en el vaso del director.

- En efecto, como el doctor Maldonado y Alderete-Orihuela. ¿Sabe qué linajes representan los dos escudos que blasonan la portada principal de este edificio?

- No.

- Entonces permítame ponerlo en antecedentes. Para empezar, este edificio, al igual que otros de la ciudad convertidos en museos o en hoteles, se construyó sobre lo que en su momento fue un palacio inca. Con el reparto de solares que el Cabildo de Justicia y Regimiento realizó a partir de 1534, año de la fundación española del Cusco, correspondió a don Diego de Almagro, socio de conquista de don Francisco Pizarro hasta que se declararon la guerra. Más tarde, pasó a manos de otro conquistador, don Hernando Machicao, y éste, a su vez, lo vendió a don Juan Álvarez Maldonado, a quien se le atribuye su construcción, más o menos como ahora está. Con el tiempo, la propiedad pasó a su nieta, doña Mariana Cornejo, esposa del almirante don Francisco Alderete-Maldonado.

- Interesante. De modo que el amigo Maldonado y Alderete ostenta un rancio abolengo conquistador.

- Exacto, aunque el azar de los sucesivos matrimonios entre parientes ha llevado a la inversión del apellido. Y bien que se encarga él mismo de ponerlo de manifiesto fuera del Perú, cuando las circunstancias lo requieren. El mundo académico es pequeño, como usted y yo bien sabemos.

- Con todo, me ha parecido que Maldonado y Alderete dispone de buenos reflejos dialécticos.

- Es posible- concede el director sin convicción- El problema es que no los pone al servicio de una mejor solución de los problemas de esta sociedad, sino de sus propios intereses personales. Y para ello mantiene embaucados a toda una caterva de estudiantes, más acólitos que discípulos, a base de exaltar un pasado inca idealizado, que en muy poco se corresponde con la verdad de los hechos históricos.

- ¿Por qué no le ha rebatido con estos mismos argumentos?

El director se levanta del sillón, se acerca al ventanal y se queda mirando a la plaza de Armas.

- Porque es inútil. Usted ha asistido hoy al enésimo capítulo de una serie que dura ya largo tiempo. Maldonado y Alderete dice en cada momento lo que su público espera oír. Y cuando alguien está dispuesto a dejarse engañar, sencillamente se engaña.

- Me temo que de esa trampa no se libra nadie – dice Cayetano pensando en sí mismo.

- Afortunadamente, disponemos de la razón para evitarlo – continúa el director.

- ¿Usted cree? – pregunta Cayetano, consciente de que hay en ella más intención de provocar que convicción.

- Ah ¿usted no? – se sorprende el director por el escepticismo que percibe en su colega.

- Quien sabe si, lejos de lo que nos empeñamos en creer, la especie humana no esté dotada para comprender la verdad del mundo – persiste en su actitud provocadora.

- Eso supone reducir al hombre a la mera condición de ser vivo diseñado por selección natural como un simple mecanismo transmisor de información genética – espeta el director.

- En cuyo caso, habríamos de concluir que usted y yo, con todos nuestros títulos académicos y nuestra supuesta sabiduría, somos para el devenir del mundo algo de mucha menor trascendencia que cualquier mujer analfabeta del mercado que, preñada por un borracho de chichería arrastrado por los más bajos instintos, (aunque en este caso sería más adecuado hablar de elevados instintos) engendra un niño que quizás acabe durmiendo en la calle en cajas de cartón, pero perpetuará los genes de ambos. Dentro de un par de miles de años, si aún existe la especie humana, a lo mejor el borracho seguirá teniendo

alguna forma de existencia, mientras que usted y yo no seremos ni siquiera memoria genética.

- Puede que ese sea su caso; pero no exactamente el mío – responde el director volviéndose de nuevo hacia el ventanal.

- ¿Tiene usted hijos? – pregunta Cayetano sorprendido. Nunca se le habría ocurrido asociar la imagen de ese hombre con la paternidad.

- Una hija – dice el director con deje de tristeza en la voz. Se levanta del sillón y va a situarse junto al ventanal. Se queda mirando la plaza. – Vive con su esposo y sus tres hijos en Viena.

- Entonces usted ya tiene resuelto el futuro de sus genes – le dice Cayetano.

El director se gira y se apoya en el alféizar.

- Puede que tenga resuelto el futuro de mis genes – acepta con escepticismo-; pero no mis emociones presentes, que son las que ahora cuentan para mí. Las que, en definitiva, cuentan.

- ¿No mantiene relación con su hija?

- Su madre murió en el parto. Cuando decidí venirme al Perú, la niña tenía pocos años. Creí que éste no era un lugar adecuado para su educación y pasó su juventud interna en un colegio en Viena, cerca de una hermana mía. Yo aprovechaba para visitarla cuando podía, con ocasión de mis viajes a Europa. Y en cada precipitado encuentro,

ella siempre me reprochaba que no la hubiera traído conmigo.

- ¿No ha pensado en regresar a Europa para estar más cerca de ellos?

- Sí, claro que sí.

- Qué lo retiene.

- Muchas veces lo he pensado a lo largo de los últimos años, y cada vez me cuesta más trabajo responderme. Quizás habría de empezar por saber qué me hizo abandonar una prometedor carrera en el departamento de Antropología Filosófica en la universidad de Viena, para venirme a lo que entonces no era más que un cuchitril perdido en la cordillera de los Andes.

- ¿Y cual es la respuesta?

- ¿Ilusión? – Dibuja un arco circunflejo con la boca y encoge los hombros. – Imagino que en mis años jóvenes debió atraerme más la idea de encabezar un proyecto naciente que jugar en un ambiente académico de primer orden, pero tremendamente competitivo.

- No me parece que pueda lamentarse. Usted ha creado un proyecto propio, lo que ya en sí mismo supone un triunfo – dice Cayetano, pensando: “Otros, en cambio, nos enfrentamos al ocaso de la vida con las manos vacías.”

El director sirve otra ronda de whisky y se sienta en el sillón.

- Si dice eso por el Instituto, sepa que cada vez me acucian más las dudas sobre si este proyecto va contra la

fuerza de las cosas. La ciencia, como sabe, necesita de un entorno adecuado para desarrollarse con normalidad, y el Cusco no reúne las condiciones suficientes. Es cierto que nos mantenemos al día en la producción de saber y que por aquí pasan los mejores especialistas en Antropología andina; pero es a costa de un desproporcionado esfuerzo humano y económico.

- Supongo que no tendría ninguna dificultad para encontrar un puesto en una universidad austriaca como profesor emérito. Así, cumpliría con sus deseos de estar cerca de sus nietos.

- No, no tendría dificultad. Sin ir más lejos, tengo en ese cajón –apunta al escritorio– un par de ofrecimientos, uno de ellos muy firme. El problema es encontrar a alguien que continúe mi labor. Desde hace algunos años he procurado buscar algún joven investigador que prometiera. Por aquí han pasado algunos muy válidos procedentes de universidades de prestigio europeas y norteamericanas. Pero, antes o después, siempre han acabado por irse.

- Me cuesta creer que en la plantilla de investigadores del Instituto no haya nadie que pueda continuar su labor.

- Una vez descartada la posibilidad de encontrar a alguien formado en el extranjero, puse mi atención en Lima –añade–. Traje al Cusco a los mejores, ofreciéndoles sustanciosos sueldos pagados en dólares. Pero cada vez que creí haber encontrado al más idóneo para continuar mi obra, tras invertir una buena cantidad de recursos e

influencias personales para que ampliara estudios en Europa o en Norteamérica, mis expectativas siempre se vieron frustradas. Conseguidas sus titulaciones en centros de prestigio, se negaban a regresar al Cusco, dando muestras así de su inteligencia, pero también de su ingratitud. – Se inclina, coge el atizador y se entretiene removiendo las brasas. – Con todo, lo que me resulta más desesperante es pensar que será el éxito del Instituto la causa de su propio fracaso.

- Quiere decir que ha llegado demasiado lejos.

- Quiero decir que la existencia del Instituto depende de la capacidad que tenga quien lo dirija de convocar a científicos de altura y también de captar recursos en el extranjero.

- De modo que sin un candidato adecuado no tiene continuidad posible.

- La tiene, pero a costa de permitir que entre en fase de decadencia. Lo cual supone para mí un gran dilema moral. Dudo si debo seguir hacia adelante, intentando que esta maquinaria siga funcionando con doscientos veinte voltios, para lo que no tengo a nadie preparado, o dejo que lo haga a ciento veinte.

- Lo cual podría llegar a ser una forma de éxito suyo. Esa decadencia de la que habla podría suponer un relativo fracaso para una Antropología de vanguardia, pero un triunfo para la sociedad local.

- Sea como sea, el Instituto se encuentra en esa encrucijada y en medio de ella me encuentro yo.

- ¿Y a qué viene tanta prisa?

- El tiempo, amigo mío. El tiempo, mis nietos que crecen y los estatutos que rigen el funcionamiento del Instituto. En ellos se dice que la designación del candidato a ocupar la dirección será ejercida por el Consejo Asesor del patronato a propuesta del director saliente. Si por las razones que fueren éste no presentara un candidato, dicha prerrogativa pasaría a ser detentada por la mayoría simple del Consejo.

- Bueno, aún dispone de algunos años por delante para encontrar a su candidato.

- Mucho me temo que no. Dentro de un año se renueva mi último período de dirección y debo decidir si me postulo de nuevo. De modo que, o tengo candidato para proponer o pierdo esa prerrogativa. En tal caso, el vocal que está en el Consejo en representación de la Municipalidad inmediatamente pondría sobre la mesa su propio candidato, que por cierto coincidirá con el del vocal de la Universidad. Se acercan elecciones municipales, y casi con total seguridad el regidor actual, con quien mantenemos un entente cordial, las va a perder. Prácticamente, se sabe ya quién va a ganar. Y, a tenor de actuaciones tuyas anteriores, no creo que tenga la menor intención de mantener esos tradicionales y delicados

equilibrios. Su campaña está basada en la recuperación de las raíces de la que fue capital del imperio inca.

De repente, el director levanta los brazos y, blandiendo el atizador, exclama:

- ¡Entonces el asedio constante al que Maldonado y Alderete ha venido sometiendo a esta ciudadela de conocimiento habrá culminado con éxito!

- Parece que los vientos de la historia soplan a su favor.

- Los vientos de la historia en forma de estrategias hábilmente trazadas con determinadas fuerzas locales para apropiarse del Instituto – apostilla el director.

- ¿Tan convencido está de que Maldonado y Alderete lo haría mal?

- Lo haría estupendamente –dice con sorna-. Sólo que los resultados nada tendrían que ver con los fines de una institución científica como ésta. Maldonado y Alderete, lejos de ser la vanguardia de esos nuevos tiempos que vaticina, representa la última resistencia de la estirpe que ha dominado el Perú desde la Conquista. Como acabo de decir en la conferencia, su ideología incaica no es sino una coartada, la última estrategia que les queda para mantenerse arriba.

- Pues, sin candidato posible, tiene la partida perdida. Relájese y recupere a su familia.

- ¿Me está sugiriendo que abandone el Instituto a su suerte? – reacciona el director.

- Le estoy sugiriendo que viva sus últimos años tranquilamente con sus nietos.

- En ese caso, todos mis esfuerzos invertidos aquí se perderían si quien me suceda no tiene el perfil adecuado para ocupar el cargo.

- ¿Adecuado? ¡Adecuado para quién!, - estalla Cayetano en un súbito golpe de rabia que coge por sorpresa a ambos. De repente, ha visto al Viejo Tótem tratando de justificar a Yvonne con igual argumento su negativa a apoyarlo para la dirección del departamento.

El director se le queda mirando, sin entender su repentina reacción. Bebe un trago y va a situarse delante de la chimenea. Coloca el vaso sobre la repisa, se agacha, coge un leño y lo coloca sobre el fuego. Se levanta y responde.

- Adecuado para los intereses del Instituto, por supuesto.

- ¡Los intereses del Instituto o de su soberbia!- inquiera Cayetano, quien, de repente, ha visto al Viejo Tótem frente a él.

- ¿Piensa usted que puedo dejar el Instituto en manos de cualquiera?

- No. Supongo que todo es más complejo. Pero en cualquier caso, ellos tienen derecho a equivocarse. Igual que lo hemos hecho nosotros tantas veces en la historia.

-¡Quiénes tienen derecho! – continúa el director- ¿Los demagogos como Maldonado y Alderete? – alza un brazo blandiendo el atizador.

- Si me apura sí. Para que puedan ser desenmascarados de una vez por todas por quienes los rodean y éstos puedan asumir el protagonismo que les corresponde.

- Ojalá fuera así, y le aseguro que ese es uno de los fines por los que he trabajado durante todos estos años. ¿Cree que es tan fácil? – baja el atizador.

- Lo que creo es que, mientras ustedes dos andan enzarzados en su particular guerra, la vida real sigue su propio curso. Dejen de mirarse uno al otro y asómense a la calle y traten de cambiar el curso de los acontecimientos de esta sociedad.

- ¡Es lo que yo llevo haciendo media vida! ¿Me quiere decir ahora qué hace usted por mejorar la sociedad?

- Esta no es mi guerra – dice Cayetano, bajando el tono.

- Debería serla –arremete el director. -Es su responsabilidad como intelectual.

- Le repito que no es éste el campo donde yo tengo que librar mi batalla.

- ¡Señor mío! Puede que no estemos a la altura de su afamada Escuela de Altos Estudios – responde el director ofendido – pero aquí dispone de una excelente biblioteca, del archivo, de un programa de seminarios donde discutir y contrastar sus experiencias, un foro donde exponerlas y

una revista donde publicarlas. Todo lo que se necesita para producir conocimiento.

- No me refería al Instituto en concreto, sino a las instituciones académicas en general.

- Es en ellas donde se hace Antropología ¿no?

- Son meras factorías donde se producen discursos teóricos que nacen con fecha de caducidad incluida.

- ¿Su discurso no tiene fecha de caducidad?

- El mío había caducado antes de salir a la luz.

- Pues quizás a usted no le sirvan nuestros discursos, pero sí al colectivo de antropólogos.

- Les sirve; pero no porque les permitan comprender al ser humano.

- ¿Ah no?

- No – responde Cayetano con rotundidad.

- ¿Por qué entonces?

- Porque les permiten creer que lo comprenden.

- Pues usted podrá pensar lo que quiera, pero la Antropología que aquí se produce, sea en forma de artículo, conferencia, seminario o libro, ¡todo lo que hacemos! –enfatisa- es sometido a un sistemático y meticuloso proceso de contrastación y validación científica – exclama blandiendo de nuevo el atizador.

- Todo, no.

- Qué falta por contrastar, pues.

- La razón de ser del Instituto mismo.

El director se queda asombrado por la respuesta.

- ¡Cómo puede poner en duda un científico como usted la razón de ser de este Instituto! – grita colérico, dando un golpe sobre el borde de la chimenea con el atizador. – Nuestra razón de ser es el conocimiento.

- Conocimiento ¿para qué?

- Conocimiento para el progreso – golpea de nuevo.

- ¿Progreso? ¿Hacia dónde? ¿De quién? ¿No se le ha ocurrido pensar que esa puede ser precisamente la coartada, que quien define qué es y qué no es progreso excluye a quien no participa en esa definición?

- ¡No participan porque todavía no están preparados!

- O porque no disponen del poder necesario para hacerlo.

- ¿Acaso se los va a proporcionar intelectuales como usted, con su pulcra actitud pretendidamente neutra?

- Ya le he dicho que esta no es mi guerra.

- Claro. Usted libra su guerra en el café de una dilitan... - Se interrumpe en seco. Busca con su mirada la de Cayetano y ve dibujado en su rostro el golpe bajo que la cólera no le ha permitido evitar a tiempo.

Cayetano se levanta, deposita el vaso sobre la mesa y se dirige hacia la puerta. Antes de salir, se vuelve y le espeta:

- Hay más verdad en esa mujer que en todos los libros de su jodido Instituto.

Se va dando un sonoro portazo. Segundos después, el director se asoma al hueco de la escalera y le grita:

- ¡Esa verdad no sirve para explicar el mundo!

Cayetano se detiene en el último peldaño y, sin girarse, responde:

- ¡Sirve para lo único que podemos hacer en él: vivirlo!

Sale a la calle. Es noche cerrada. Las campanas de la catedral están dando las doce y media. Cayetano dirige sus pasos hacia el hotel, pero la angustia acumulada le hace reconsiderar. Da media vuelta y toma la dirección contraria. Sale a la plaza de las Nazarenas, tuerce a la derecha, entra en la casa, sube la escalera y abre la puerta del apartamento. La chimenea ya está apagada. Huele a madera quemada y sándalo. Se desnuda en silencio y se desliza bajo el edredón.

- Hola antropólogo – lo saluda Angie con voz somnolienta acogiéndolo entre sus brazos desnudos.

- Hola Chuncha.

- Qué pena que no viniste. La Cochita y yo te estuvimos esperando en el café. Hoy era el bautizo de mi ahijada ¿recuerdas? Si vieras, la de chicha que chupamos y los huainos que bailamos. Tenías que haber venido.

- Más me hubiera valido, Chuncha – se lamenta, cobijándose en su regazo. – Y encima no he cenado.

- ¿Quieres que te prepare algo?

- No, gracias, Chuncha. Buenas noches.

Cayetano contempla incrédulo la frágil avioneta que realizó el primer vuelo Lima-Cusco, expuesta en la terminal del aeropuerto. Da cortos paseos en torno a ella para calmar los nervios de la espera. La noche anterior tenía en la recepción del hotel una nota urgente de Lucho, anunciándole que llegaría hoy en el primer avión de la mañana. Han pasado casi seis meses desde su encuentro en Lima y, a pesar de haberle reiterado cada vez que han hablado por teléfono que vendría con Mariela a pasar un fin de semana, no se han vuelto a ver desde entonces. Y ahora, el hecho de que venga solo y lo repentino del viaje le ha generado cierta inquietud, que se le ha acrecentado viendo el despliegue de vehículos militares en el recorrido hacia el aeropuerto. Un soldado le ha pedido la documentación a la entrada de la terminal, y desde el lugar en que se encuentra ahora puede ver a otros dos más, con el fusil en posición de prevención, recorriendo la instalación. Se ha acercado a un kiosco y ha encontrado la explicación en los titulares de la prensa local: dos estudiantes, detenidos meses atrás con ocasión del asalto

del ejército a la universidad, habían muerto la tarde anterior por disparos de los guardias al intentar fugarse de la prisión. Anuncian la llegada del vuelo.

Veinte minutos después, los dos regresan en un taxi. Cayetano observa los esfuerzos de Lucho para aparentar una calma que el tenso rictus de su rostro y la respiración sofocada traicionan. - Hola hermano- han sido sus escuetas palabras mientras se abrazaban. Va callado, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, los párpados entornados, la mano izquierda sobre su rodilla y los dedos tamborileando nerviosamente en el pantalón. Cayetano se limita a mirarlo de soslayo, respetando así la petición que le ha hecho de concederle un rato para adaptarse a la altura. Al pasar delante del edificio de correos, pide al taxista que se detenga un momento para ver si tiene correspondencia. Instantes después, continúan.

Como el hotel está lleno, ha pedido que instalen una cama supletoria en la habitación. Aprovecha que Lucho quiere tumbarse un rato para ir al cuarto de baño. Saca la carta que acaba de recoger y se sienta en el retrete. La abre. Yvonne le escribe que, al no haber presentado ninguna justificación para la concesión del año sabático, le han abierto un expediente, y que, de no hacer acto de presencia antes de la próxima reunión del Consejo de la Escuela, van a proponer su expulsión.

La señora de la limpieza, que en ese momento está distraída barriendo el pasillo, da un sobresalto al oír la sonora carcajada que sale del interior del cuarto de baño. Entre curiosa y preocupada, acerca el oído a la puerta para indagar si le ocurre algo al señor Cayetano; pero sólo alcanza a escuchar el ruido de la cisterna. Medio minuto después, lo ve salir con la risa contenida en su cara, cruzar el pasillo y cerrar la puerta de su cuarto tras de sí.

- Qué tal te va por aquí - oye la voz apagada de Lucho. Está echado en la cama, boca arriba, con el antebrazo sobre los ojos.

- Bien, Lucho, dime de qué se trata.

- Me han condenado a muerte – dice él sin apartar el brazo de la cara.

- Joder. Ya estamos con tus exageraciones.

Lucho aparta el brazo y lanza su mirada a un punto del techo.

- Van en serio.

- ¿Los anónimos de los que me hablaste?

- Sí.

- Qué piensas hacer.

- No lo sé. Estoy bien jodido.

- Me dijiste que el problema está en tus proyectos en la selva. Quizás si cambias de actividad durante un tiempo se olviden de ti.

- No hay tiempo para eso. El último anónimo de hace dos días es muy explícito.

Lucho incorpora el torso y, desde el borde de la cama, alarga el brazo hasta alcanzar la chaqueta que ha dejado colgada en el respaldo de la silla y saca un papel doblado del bolsillo interior. Se lo da.

ABANDONA EL PERÚ CUANTO ANTES. ÉSTE SERÁ EL ÚLTIMO AVISO QUE RECIBAS. TU EJECUCIÓN HA SIDO DECIDIDA.

- Quien quiera que sea su autor, por el tono parece que te conoce ¿Sospechas de alguien?

- De todos. He repasado mil veces una tras otra las personas de mi entorno. Primero las más alejadas, luego las más próximas. He analizado una y otra vez sus situaciones, sus reacciones, las posibles motivaciones de cada una de ellas para escribir esto. Es para volverse loco. Llega un momento en que empiezas a sospechar de todo el mundo. Siempre encuentras algún motivo oscuro, una razón, un gesto mínimo que pudiera ser indicio de algo. Luego, te niegas a aceptar que éste, aquél o aquel otro, pueda ser el que lo haya escrito. Por eso he acudido a ti. Y lo siento mucho, Cayetano. Por muy patas que fuéramos en París, no tengo derecho a hacerte cargar con mis problemas. Pero es que no me he atrevido a comentarlo con nadie. Únicamente Mariela lo sabe. Ella me ha insistido para que venga a verte. Cree que tú me puedes ayudar a salir a Francia.

- Sabes que cuentas conmigo y también con Yvonne - le dice Cayetano. ¿Por qué no pasas un tiempo en París?

- ¿Y dejar mi familia atrás?- se lamenta Lucho con la voz rota. - ¡Ni hablar! - reacciona sentándose de un impulso. - Este es mi país y si he de morir, antes o después, será aquí. Además, qué pinto yo en París, con la de parisinos que hay - se queja y le sale un mohín que distiende la tensión.

- Qué otro remedio te queda. Salir con tu familia supondría una enorme carga para ti. Vete tú primero y ya iremos viendo qué hacer luego.

- París queda ya demasiado lejos en mi vida. Se me haría menos duro cualquier país latinoamericano. Había pensado en Bolivia, para que Mariela y los chicos puedan venir a visitarme. Pero ella dice que no se fía. Últimamente, parece que Sendero ha ampliado su radio de acción a Puno y la región del lago Titicaca.

- ¿Y México? ¿Quieres que llamemos a José Rubén?

- ¡Que no, carajo! ¡Ni México ni ningún sitio! - se resiste
- Será cosa de poner más atención. Todo esto no es más que un asunto de luchas de poder entre el terrorismo y los narcos.

- Por qué no pides protección oficial.

- Me dirán que me ponga a la cola.

- Pero ¿y si la cosa va en serio?

- Es que va en serio. Pero qué puedo hacer. No hay otra. Te costará entender todo esto. Pero así son las cosas en este país.

- Está bien, ya pensaremos alguna solución – trata Cayetano de tranquilizar a su amigo. - Anda, vamos, te voy a llevar a comer los mejores rocotos rellenos del Cusco. Te vas a enterar de lo que es picante.

Después de almorzar, los dos amigos han regresado al hotel. Cayetano está sentado en el sillón, observando el trajín de la plaza. Escucha a su espalda la respiración a ratos entrecortada de Lucho, que se ha quedado dormido encima de la cama. Le sorprende que Lucho haya acudido a él en nombre de una la relación de compañeros de estudios que mantuvieron hace tanto tiempo; y le reconforta comprobar que aquellos lazos aún perduran, le satisface saber que alguien lo necesita. Vuelve la cabeza y se queda mirándolo.

“Ya ves, Lucho, apenas tres años de relación, un montón de tiempo distanciados y, en un momento tan difícil de tu vida, con la cantidad de amigos que debes tener en Lima, vienes a compartir tu angustia conmigo. Qué extraños son los afectos, viejo gordo. Y con qué estulta convicción los tenemos excluidos de nuestras preocupaciones antropológicas.”

Una hora más tarde salen del hotel. Lucho ha pedido a Cayetano subir hasta la cabecera del valle, cerca de las ruinas de Sacsayhuamán, donde una efigie de Cristo con los brazos abiertos domina la ciudad.

- Ahí arriba, a los pies de ese cristazo – va contando Lucho entre jadeos – me condenó a matrimonio Mariela. Vinimos al Cusco para engendrar aquí a nuestro primer hijo, por cierto, en el mismo cuarto que ahora ocupas tú. Por eso te lo reservé cuando viniste al Perú. Estábamos convencidos de que Alberto sería bendecido por los apus sagrados y nacería marcado con el espíritu andino. Acertamos en lo del embarazo - dice entre ahogos mientras suben por el empinado tramo final del camino - pero no con los vínculos espirituales. Al cojudo de mi hijo no se le ha ocurrido en toda su vida que los Andes tengan que nada que ver con el Perú y mucho menos con él. Vino una vez de viaje de estudios y se lo pasó ligando con las compañeras en una discoteca. Lo que de verdad le ilusiona es ir a Miami y estudiar en Nueva York.

Llegan y se sientan a los pies de la efigie. Permanecen un rato en silencio para recuperar el resuello, mas también conmovidos por la vista que tienen ante ellos. A sus pies, se extiende la ciudad. Al fondo, sobre las cumbres nevadas del Ausangate refulgen los rayos dorados del sol vespertino. Las escasas nubes dispersas por el cielo, oscurecido ya por el este y todavía azulón por el poniente, van adoptando, minuto a minuto, los más variados tonos rojizos, ocre, fucsias. Hasta ellos sube el rumor del tráfico y el ladrido de perros.

- Cómo podría yo abandonar este país –rompe Lucho el silencio con la mirada perdida en el infinito. – Encierra una

extraña conjunción de belleza y violencia que me atrapa. Tanta inmensidad de desierto, de selva, de montañas, me producen cuando los contemplo una mezcla de atracción e intimidación, de grandeza y pequeñez, la sensación de estar fundido en este paisaje, tan duro, salvaje, imponente, tan hermoso. Nada, absolutamente nada de lo que he leído hasta ahora consigue aproximarse ni por lo más remoto al alma andina. Sólo el título de una novela de Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno*, consigue describir la sensación que me produce.

- Ancho, ajeno e inaprensible. Como los mitos. Por eso requieren de sofisticados modelos teóricos para interpretarlos.

- Hermano: los mitos andinos no pueden ser interpretados a base de sofisticados modelos teóricos elaborados en despachos de universidad. Hay que atravesar abras y barrancos y remontar cerros para alcanzar las fuentes de donde manan. Una vez allí, hay que beber de ellas, saciarse, empaparse, sumergirse y bucear hasta quedar sin oxígeno en los pulmones. Sólo entonces se está en condiciones de desentrañar el significado profundo que encierran.

Cayetano no responde, y su silencio le indica que algo ha cambiado en su manera de entender las cosas. Nunca antes habría dejado sin contestar semejante planteamiento; ahora, sin embargo, se encuentra sin argumentos para responder. Los tiene, pero son los mismos que tantas veces

ha esgrimido en los foros académicos y que ya no poseen la misma capacidad de persuasión. Sentado ahí, junto a un amigo que guarda en un bolsillo su propia sentencia de muerte, cualquier argumento que pudiera añadir en estos momentos constituiría un imperdonable acto de frivolidad. Ante semejante situación, tan dramáticamente humana, todo su vasto saber antropológico se le antoja torpe para dar algo de sentido a una situación como la que está viviendo ese hombre. Sólo cabe compasión y afecto.

- ¿Por qué no regresaste al Sahara? – pregunta Lucho de golpe.

Cayetano se ve sorprendido por una pregunta que nadie se atrevió a hacerle en su momento. Durante unos segundos, parece sopesar la respuesta.

- Me vi con un problema que no supe cómo afrontar.

- Se rumoreó que fue por un asunto amoroso.

- ¿Ah sí? – responde pensando que esa versión sólo pudo salir del Viejo Tótem.

- Hubo una preciosa morita que me hizo perder la cabeza.

- Mucha morita tenía que ser para que a ti te hiciera perder la cabeza.

- Pero no creas, no fue un simple lío amoroso. De haberlo sido hubiera bastado con cambiarme a otra región del Sahara. Ocurrió que un día me di cuenta de que llevaba un tiempo sin hacer las actividades propias de la investigación sobre el terreno. Me sentía feliz allí. No hacía

entrevistas, ni registraba información en mi cuaderno de campo, ni rellenaba fichas: simplemente, me dejaba llevar por el curso cotidiano entre aquella gente. Cuando tomé conciencia de ello, quise retomar mi papel; pero cualquier cosa que hacía se me antojaba artificial, impostada. No veía el modo de poner en las páginas de mi cuaderno lo que con tanta naturalidad estaba viviendo. Al final me vi atrapado en un dilema que no sabía cómo resolver: si me mantenía fiel a la Antropología, los traicionaba a ellos; si me mantenía fiel a ellos, traicionaba a la Antropología. Viajé a París con la esperanza de que el Viejo Tótem me ayudara a salir del atolladero. “Dadas las circunstancias – me dijo– debe usted abandonar el trabajo de campo de inmediato. No olvide nunca que el objetivo último de nuestra disciplina es el conocimiento del hombre; las personas concretas que estudiamos no son nuestro fin, sino sólo son un trecho del camino que hemos de recorrer para llegar a él.” - Viendo mis reticencias a cambiar de lugar de trabajo de campo, se ofreció para dirigirme otra tesis sobre aspectos teóricos de sus trabajos sobre mitología.

- Y traicionaste a los habitantes del oasis.

- Y traicioné a los habitantes del oasis. Al menos esa fue la sensación que me quedó y me obsesionó durante un tiempo. Cada vez que intentaba aprovechar el escaso material etnográfico que había recogido sobre los mitos tuaregs para ilustrar aspectos teóricos de mi nueva tesis,

me acuciaba la idea de que estaba usurpando algo que les pertenecía a ellos, algo que no tenía ningún derecho de apropiármelo. Sentía que estaba profanando su cultura, robándoles sus mitos.

- Ladrón de mitos. Bueno, en toda relación siempre hay uno que gana y otro que pierde. No existe el intercambio perfecto.

- En ese caso la Antropología no es posible.

- No es posible la Antropología que tú practicas, porque es rehén de una paradoja imposible de resolver.

- Qué paradoja es esa.

- La que resulta del imperativo epistemológico que ordena la relación entre el antropólogo y sus otros: sed vosotros mismos, pero a condición de que lo seáis como yo os pienso.

- Qué Antropología practicas tú, Lucho.

- La que procura ser consciente de que en todo encuentro hay un fuerte y un débil, y que toda acción de conocimiento comporta pretensión, consciente o no, de dominio sobre lo que se quiere conocer. ¿Y tú?

- ¿Yo? – se queda pensativo. – Me temo que yo no tengo una Antropología propia.

- Según Yvonne has llegado a ser considerado el mayor experto en la obra del Viejo.

- Sí, je, je. ¿Y no te dijo también la cotorra de Yvonne cómo me apodan en la Escuela?

- No, cómo.

- La Sombra.
- ¿Y eso?
- ¿Recuerdas a Maurice, aquel marxista que tanto pontificaba en las asambleas?
- No.
- Escribió una reseña sobre un libro que publiqué con los resultados de mi tesis. La tituló *El mito y su sombra*. Aparentemente, se limitaba a criticar los puntos débiles de mi libro; sin embargo, todo el mundo captó el doble sentido que contenía.
- Ya. El mito era el Viejo Tótem y tú la sombra. Muy bueno. Se me podía haber ocurrido a mí.
- Entonces no me importó. Pensaba que era cosa de estupidez o simples celos. Sin embargo, cuánta razón tenía. Demasiado tarde, he comprendido que ni siquiera soy el autor de mis propios trabajos; sólo son eco de otras voces. Sombras.
- ¿Del Viejo Tótem?
- Da igual que lo sean del Viejo o de cualquier otro. Es cuestión de tiempo que sus libros empiecen a amarillear y pasen de los estantes de teoría antropológica a los estantes de historia de la teoría antropológica. Y de ahí, a los sótanos de la Escuela.
- Qué tal te va por aquí – cambia Lucho de asunto.
- Pues por raro que me parezca a mí mismo, bastante bien.
- ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

- Supongo que no. Parece que las cosas se me complican en la Escuela. Me han abierto un expediente y si no regreso de inmediato me expulsarán.

- ¿No me dijiste que te iban a dar un sabático?

- Ya, pero me piden unos requisitos burocráticos que no estoy dispuesto a hacer nada por tenerlos.

- Te regresas entonces, ¿no?

- No lo sé.

- De qué piensas vivir, si te quedas.

- Tengo un dinero ahorrado. Últimamente, he llevado una vida muy austera y el cambio de moneda me beneficia.

- Parece que te adaptas bien a la soledad.

- Es a la sociedad a la que me tengo que esforzar para adaptarme. Pero no creas, no estoy tan solo. Estoy rodeado de gente que va y viene, gente que pasa. Me gusta este ambiente. Me hace sentir liviano.

- ¿Alguna mujer? – pregunta Lucho mirándolo de reojo.

- Pssé, algo hay – concede Cayetano sin querer concretar más.

- ¡Conque te has liado con una cusqueñita!

- No es cusqueña, sino chuncha, y no estoy liado con ella – se ve impulsado a precisar.

- ¿Entonces?

- Con ella no hay reglas, ni compromisos. Me siento bien a su lado. Dice que la gramática de mi existencia sólo conjuga el pretérito pluscuamperfecto y el futuro

imperfecto. Con ella estoy aprendiendo a conjugar la vida con el tiempo presente. Voy, vengo, estoy. Vivo.

- ¡Te rompió los esquemas, pues, cuñao! – le da un golpe en el hombro. - Espero que no te ate demasiado. Antes o después tendrás que regresar a París.

- Sí. O quizás no.

- ¿Cómo que sí o quizás no? ¿Y tú dices que no estás enganchado a esa mujer?

- No se trata sólo de esa mujer. Estoy cuestionando los parámetros que han regido mi vida profesional hasta ahora. Y si me apuras, mi vida entera.

- ¿Y?

- ¿Y...?

- ¡Que qué piensas, carajo!

- ¿Que qué pienso? Pues que aquí me encuentro bien, tranquilo, con las emociones a flor de piel y el intelecto ligero de lastres académicos, y eso me permite pensar de un modo más lúcido.

- Vaya, desconocía que el Cusco tuviera esas propiedades epistemológicas.

- ¿Recuerdas lo que me dijiste en Lima, que cuantos más conocimientos antropológicos adquirías más alejado te sentías del ser humano? He pensado mucho en ello y he llegado a la conclusión de que de nada me sirven todos los conocimientos antropológicos del mundo si no me ayudan a comprenderme a mí mismo. Hay una frase de Cioran en su *Breviario de Podredumbre* que últimamente me

ronda mucho por la cabeza; más o menos dice: *cómo imaginar la vida de los otros, si hasta la propia parece apenas inconcebible.*

- No he leído a Cioran; pero me parece que ese tipo de pensamiento es propio de quien tiene a su ombligo por horizonte de su existencia. Yo en cambio creo que la vida de uno resulta incomprensible sin la de los otros.

- Sí, ya sé. También decías que había que implicarse en la vida de los demás.

- Implicarse no, complicarse.

- Ese es un privilegio metodológico que tú has logrado, pero que yo ya no me puedo permitir. Tú has conjugado tu familia, tus afectos, tus convicciones y tus expectativas profesionales con las circunstancias que te rodean. Estás comprometido con la vida, a pesar de que ello te ha llevado a la dramática situación en que ahora te encuentras. Yo, apenas empiezo a comprender ahora que mi vida sentimental y mis actividades profesionales han sido vasos comunicados entre sí, excluyentes. Lo cual a mí me ha llevado a la situación en que la estoy, sin duda menos arriesgada que la tuya, aunque puedes estar seguro que más desprovista de sentido y, sobre todo, menos digna. Quizás te resulte una estúpida crueldad lo que voy a decir, pero créeme que en el fondo me das envidia. Estoy pensando muy seriamente dejar la universidad. Pero hay algo que me lo impide que no logro identificar qué es. Yvonne dice que lo mío es verdadera vocación.

- Si lo dice ella... Aunque no me gusta esa palabra. Suena a cura. Y bastantes intrusos tenemos ya en la profesión, convencidos de que no hay diferencias ontológicas entre el prójimo y el otro, que la catequesis es trabajo de campo y la confesión una técnica equivalente a la entrevista en profundidad.

- No sé. Pensar en la Escuela, en regresar a mi vida de antes me produce agobio. Aquí he logrado, por primera vez en mi vida, que el simple hecho de leer, reflexionar o conversar, no me genere la ansiedad que siempre me ha provocado, aunque no me daba cuenta de ello. En París leía, escribía o enseñaba para acumular, demostrar, competir y ganar reconocimiento.

- Qué gran trampa, cuando ese reconocimiento está desprovisto de afecto. Se transforma justamente en lo contrario que buscas con él, pues te obliga a someterte a quién te reconoce.

- En cambio aquí, todos esos actos están indisolublemente unidos al hecho real y simple del vivir cotidiano, adquieren un cariz diferente, menos forzado y más libre de condicionantes ajenos al deseo elemental de estar vivo. Y lo más sorprendente es que todo ello se produce en medio de este clima de violencia. Por extraño que resulte, esta atmósfera enrarecida y dura, tan al límite de algo que no logro identificar, produce en mí una clarividencia que el ambiente académico nunca me había procurado. Allí sólo hay ruido, ruido, ruido de

intelectuales que te impide reflexionar con la calma necesaria. Aquí me he dado cuenta de que el *tempo* de la academia no coincide con el *tempo* de la vida.

- Pues antes o después tendrás que decidir qué haces. No puedes quedarte en el Cusco para siempre. Sería irreal.

- Quizás sea ese carácter de irrealidad lo que me retiene aquí. Aquí me siento en una especie de limbo. Un limbo entre el mundo al que pertenezco y al cual no me apetece volver, y otro exótico, que me atrae poderosamente, pero que me está vetado.

- Podrías hacer trabajo de campo por aquí.

- Amigo mío, para eso ya es tarde. Anda vamos, que empieza a hacer frío.

- Sí, vamos –acuerda Lucho. - No me quiero acostar tarde. Mañana sale el avión temprano. Tengo una reunión a las once con los del Banco Interamericano. Por cierto, no te preocupes por mí, puedes irte a dormir con tu chuncha. No me dará miedo dormir solo, me traerá buenos recuerdos.

- No sé, no sé. Lo mismo te me vas de picos pardos a media noche. Me quedaré a dormir contigo – bromea Cayetano.

Toman el sendero de bajada. Lucho va delante.

- De verdad que no me importa dormir solo –insiste Lucho.

- Que nooo, que me quedo contigo.

- Oye – sugiere Lucho mientras camina- Ya que la chuncha es tan libre ¿qué tal si me voy yo a dormir con ella?

- Me chivaré a Mariela.

- ¡Pucha, cabronazo, que esto no es Europa! – le advierte Lucho- ¡No ves que los del hotel van a pensar que estamos liados!

- Bueno, eso dependerá del estado de ánimo que tengamos llegado el momento.

- ¿Cómo que dependerá de nuestro estado de ánimo? ¡No estarás pensando en violarme a media noche!

- Nunca se sabe.

- A ti las alturas se ve que te perturban. - Oye, hermano - pone ahora voz de complicidad – ¿Y si invitamos a tu chuncha a dormir con los dos? Así no sospecharán. Después de todo, pertenecemos a la generación del amor libre ¿no?

- Oqueei. Y mañana nos vamos los tres a Lima y nos lo hacemos con Mariela.

A Cayetano no le da tiempo de reaccionar y se da de bruces con Lucho, que, al oír las últimas palabras, se ha girado como un tiro.

- ¡Para el carro, tú – le pone la mano en el pecho – Sin pasarse ¿eh? – le dice dándole palmaditas en la cara - Que mi Marielita es mía y sólo mía – le advierte mientras le pellizca suavemente el moflete.

- Pues la Chuncha –balbuca Cayetano con el moflete
pellizado - ni te imaginas lo suya que es.

E stá sentado en un banco en la plaza de Armas. Aún siente el abrazo emocionado de Lucho y la angustia con que ambos han leído en el periódico la noticia del asesinato de dos cooperantes franceses a manos de Sendero.

- Esto se pone muy feo, Cayetano – ha comentado Lucho. – Significa un giro radical en la estrategia terrorista. A partir de ahora, toda la Cooperación está en su punto de mira, y quién sabe si me han elegido a mí para el arranque de su campaña de marketing. Un atentado contra un personaje relacionado con los organismos internacionales sería un buen golpe de propaganda para esos iluminados.

De manera que han acordado hacer los preparativos para salir del país antes de una semana. Los dos. No tiene sentido alargar más su *impasse* en el Cusco. Las amenazas a Lucho, el atentado contra los cooperantes franceses, la muerte de los dos estudiantes en su fuga de la cárcel, las incesantes noticias de acciones de la guerrilla, del ejército, le han hecho tomar conciencia de la explosiva situación que vive el país. Hasta ahora, la violencia ha sido para él un telón de fondo, tema de conversación, titulares de

periódicos, la presencia casi familiar de la tanqueta antidisturbios junto al atrio de la catedral, el pasar inconsciente, una y otra vez cada día, a pocos centímetros de los fusiles de los soldados apostados aquí y allá. De pronto, el peligro se le ha hecho patente, real. Y también el miedo. Un miedo superior al que le produce la sola idea de regresar a París. Le ha llegado el momento de tener que asumir la derrota. Es lo que, antes o después, nos acaba pasando a todos ¿no?

Metido en sus pensamientos, Cayetano no ha reparado en la joven que se ha sentado en el banco, hasta que la oye decir en voz baja.

- Por favor, señor, disimule. Haga como que no hablamos.

Instintivamente, él gira la cabeza hacia el costado del que procede la voz; pero de inmediato reacciona y vuelve la mirada hacia el frente. Apenas ha tenido tiempo de comprobar que la cara de la muchacha le resulta desconocida.

- ¡Por qué tengo yo que disimular! ¿Quién eres tú? - exclama sin comprender de qué va la cosa.

- Quien sea yo importa poco en estos momentos. El que importa es su amigo.

- ¿Qué amigo? – busca ganar tiempo para ponerse en situación.

- El que acaba de dejar en el aeropuerto.

- ¡Qué pasa con él! ¡Qué sabes tú!

- Alguien desea encontrarse con usted.
 - Quién es. Y qué tiene que ver con mi amigo.
 - Por favor, no pregunte. Yo sólo sigo instrucciones.
 - Está bien. Vamos, pues – dice Cayetano, pensando que quizás pueda aclarar el problema de Lucho.
 - No se precipite. Mi vida, y desde ahora también la suya, dependen del cuidado con que actuemos.
 - Esto es una broma ¿verdad? – dice mirándola de nuevo.
 - No lo es. Si quiere, ahora mismo me levanto y me voy.
 - Muy bien, muy bien. Pero aclárame de una vez qué tengo que hacer - exige.
 - Esté listo a las cuatro de la madrugada. Lleve ropa de mucho abrigo. Estará unos días fuera. No se preocupe de lo demás. Nadie debe saber de esta conversación. Ni siquiera la señorita Angie.
 - Pe... pero ¿qué tiene que ver ella con todo esto? - pregunta mosqueado. - ¿De qué me estás hablando? ¿Dónde será la entrevista? – Intenta controlar una situación que se le antoja kafkiana, pero que, dadas las circunstancias, no puede dejar de atender. - ¿Pretendes que siga sin más las indicaciones de una desconocida y salga del Cusco unos días para entrevistarme con otro desconocido?
- La joven hace amago de marcharse. Cayetano entiende que el asunto va en serio.

- Si faltó dos días sospecharán en el hotel – busca una excusa.

- Nadie sospechará porque un antropólogo vaya al Qoyllur Riti.

- ¿Dónde está eso?

- Es una peregrinación a un nevado.

- Comprenderás que, tal y como está la situación, no puedo correr ese riesgo.

- Es su amigo el que está en peligro, no usted.

La joven se levanta y deja a Cayetano en el banco, absolutamente perplejo. Se le ocurre acudir a la policía, pero de inmediato rechaza la idea. ¿Qué le va a contar? ¿Que un amigo de Lima recibe anónimos? Lo menos que le puede pasar es que le cueste una coima. Mejor llama a Lucho. Pero eso supondrá ponerlo en el difícil atolladero de tener que decidir si dejan pasar una posibilidad de resolver su situación, por remota que sea, y que le tenga que pedir que se arriesgue por él. Claro que también podría olvidarse de la entrevista. En cuestión de días se irá de aquí y se llevará a Lucho con él. Aunque, si ha de fiarse de la muchacha, sólo se trata de entrevistarse con alguien que desea salvar su vida.

Un taxi lo recoge puntual en el hotel y quince minutos después lo deja en un descampado de las afueras de la ciudad. Junto con su mochila, el taxista ha sacado del maletero una tienda de campaña y un saco de dormir. Le ha indicado el camión aparcado junto al puesto de comida

y se ha marchado. Cayetano se ha aproximado y ha preguntado al conductor si tiene sitio y éste le ha señalado el cajón. Con grandes dificultades, ha conseguido acomodarse sobre un saco de patatas, entre una señora gruesa y un viejo escuálido que porta en su regazo una hornacina con la imagen de una virgen. Cuando el camión ha echado a andar, al ver que la muchacha no se encontraba entre el pasaje, ha tenido el impulso de gritar que paren; pero la suposición de que la chica lo estará esperando en el lugar de destino lo ha hecho desistir. De todos modos, mientras esté con gente no correrá peligro. Echa un vistazo a su alrededor y constata que es el único forastero que viaja en el camión. Algunos hombres llevan instrumentos musicales: un violín, un saxofón, un arpa, un trombón y un bombo. Por lo demás, nada indica en sus rostros graves que se disponen a participar en una de las fiestas más concurridas del sur andino, según le contó anoche el dueño del hotel, cuando él le avisó de que partía unos días de trabajo de campo; también le dijo que la fiesta tiene lugar en el nevado Ausangate, a casi cinco mil metros de altitud, junto a un glaciar. Allí se encuentra el santuario del Señor de Qoyllur Riti, que en quechua significa *Estrella de la Nieve*, a donde cada año, en las fechas previas al Corpus Christi, asisten numerosos peregrinos provenientes en su mayor parte del sur andino peruano.

Cae la tarde cuando el camión se detiene en una explanada, junto una escuela solitaria situada al costado de

un extenso valle. A partir de ese punto, arranca el sendero que sube hasta el glaciar y ya sólo es posible continuar a pie o a caballo. Una gran masa de gente, llegada en los numerosos camiones aparcados al otro lado del arroyo, acampa en grupos distribuidos según los lugares de procedencia. Cayetano baja del camión y, cargado con sus bultos, se afana en buscar a la muchacha entre el gentío antes de que anochezca. No tarda en desistir de su empeño. De estar allí, no hubiera tenido ninguna dificultad en localizarlo; por lo que ha podido ver, es el único gringo en el lugar. Se acerca a la escuela con la última esperanza de que la muchacha se encuentre allí. Tampoco está. Pero a la vista de la gente que ya hay instalada en su interior, mejor se apresura a ocupar alguno de los escasos huecos que aún quedan si no quiere pasar la noche al paio. Reserva con los bultos un espacio en un rincón, junto a unos pupitres apilados, y vuelve a salir.

El sol ya se ha ocultado tras los cerros y la temperatura desciende súbitamente. El cielo está estrellado y la luna a punto de completar su cuarto creciente. Hay suficiente luz para echar un último vistazo. Pasea entre las diferentes *naciones*, según ha oído denominar a los grupos. Sentados los miembros de cada nación en torno a un fuego, se entretienen con la música de las comparsas y se preparan para dormir, apenas pertrechados con chullos y ponchos y alguna manta para pasar la fría noche. Algunos cumplen

con el ritual de los pagos al apu, pidiéndole permiso para subir al nevado.

Al cabo de un rato de deambular entre el gentío, extenuado y dolorido por el traqueteo del viaje, regresa a la escuela, se quita las botas y se mete en el saco. Antes de enrollar la cazadora para que haga de almohada, saca de uno de los bolsillos las dos chocalatinas con maní que ha comprado en un puesto de Ocongate, el pueblo donde han parado para almorzar, y las come para aplacar el estómago. Se dispone a pasar la noche sobre el duro suelo de cemento. Durante un buen rato escucha la música que procede del exterior. Si fuera un antropólogo de verdad, tomaría notas para escribir un artículo a su vuelta. Si lo fuera...

Aún está oscuro cuando lo despierta el ajetreo del personal que se prepara para el ascenso al santuario. Se calza las botas, recoge sus cosas y sale. El sol despunta por las altas crestas nevadas. Aprovecha un hueco libre para asearse con el agua helada del pilón del patio. Sale del recinto escolar y pasea entre la gente que se dispone a recorrer a pie los ocho kilómetros de sendero que median con el santuario. Aún siguen llegando camiones erizados de peregrinos apretujados en los cajones, en el techo de las cabinas. Seguramente, la muchacha llegará en uno de ellos. De regreso a la escuela, se queda impresionado por la visión de la larguísima fila de caminantes que hormiguea por las escarpadas laderas hasta perderse unos

kilómetros más arriba. En el patio de la escuela ve a unos japoneses descargando un equipo de filmación de un vehículo cuatro por cuatro. Lo saludan. Le cuentan que van a hacer un documental de la fiesta para un museo de Osaka.

Cayetano entra en la escuela, acomoda la mochila a sus espaldas y se incorpora a la fila de peregrinos. Aunque ya está adaptado a los tres mil cuatrocientos metros de Cuzco, respira con dificultad. Están a unos cuatro mil metros y aún han de subir hasta los cuatro mil setecientos, donde se encuentra el santuario. El paisaje es duro, pardo, monótono, grandioso. La única vegetación son los matojos de ichu que crecen entre los pedregales de pizarra. El cielo está perfectamente azul, limpio, luminoso; el sol asoma ya por las crestas de los nevados, intensificando el contraste con la penumbra que inunda los profundos barrancos. Allá lejos, arriba del todo, imponiéndose sobre todo el paisaje, resplandecen las nieves perpetuas sobre las cumbres del Ausangate.

Hombres cargados con descomunales bultos, mujeres con sus bebés colgados a la espalda, niños y viejos, poco abrigados y calzados con las usuales ojotas de neumáticos viejos, le sobrepasan con paso ligero. Cargan vigas de madera, instrumentos musicales, enormes fardos de lona, bancos, hornillos, bidones de queroseno, utensilios de cocina, sacos con comida. Conversan en quechua, en español, sin grandes alardes ni gritos. Los jóvenes se

gastan bromas y coquetean entre sí; los niños corretean por el sendero. Él camina con sumo cuidado para no resbalar sobre las placas de hielo. Ha escuchado decir que todos los años alguien cae al precipicio.

Pronto aparece la primera de las cruces de madera que van señalando las doce estaciones a lo largo del trayecto. Adornadas con una banda de tela azul, al pie de cada una de ellas se alza un montículo de piedras formando una hornacina.

- Apachetas son, señor -, responde una joven a su pregunta. Dentro arden las velas que los peregrinos ponen al pasar. Depositan papeles escritos con sus peticiones al Señor de Qoyllur Riti y se arrodillan para rezar.

Cinco horas después, Cayetano llega exhausto al manantial del Agua del Señor, última parada previa a la culminación del camino que desemboca en la gran hoya donde se encuentra el santuario. Los peregrinos efectúan sus abluciones purificadoras, se visten con las indumentarias ceremoniales que identifican su comunidad de procedencia y se colocan siguiendo un orden ritual. Precedidos por la imagen y el estandarte, seguidos de los músicos, se aproximan al santuario: un edificio de cemento, techado con planchas de latón. Arriba, el gigantesco glaciar Sinakara preside el impresionante escenario coronado de nevados.

Cayetano se deja arrastrar por el flujo del gentío y entra en la iglesia. El humo de las velas llena el ambiente en

penumbra del interior. Se oye un rumor de rezos, el eco de pasos y susurros. Conforme acceden, los peregrinos hacen sus ofrendas al Señor del Qoyllur Riti y depositan las imágenes bajo la roca sagrada, junto al altar mayor. Luego, salen por el pórtico principal, situado en el costado opuesto al altar. En el atrio, las comparsas ejecutan una danza ante el público que se agolpa para verlos; terminada, se colocan en fila y recorren el sendero que asciende en dirección al glaciar. Unos trescientos metros más arriba se encuentra el Yanantín, o Roca de la Virgen, una suerte de doble del Señor de la Capilla, según infiere de las explicaciones que le dan. Llegados a este punto, las comparsas giran a la izquierda y regresan por un camino paralelo al anterior que desemboca en la portada lateral de la iglesia. Vuelven a entrar y de nuevo salen al atrio para repetir una y otra vez el mismo itinerario ritual, que no se verá interrumpido en ningún momento durante los tres siguientes días con sus noches.

Las naciones de peregrinos se van instalando en el pedregal que se alza en la pendiente trasera de la iglesia. Limpian el suelo de piedras y con ellas marcan el territorio de acampada. Durante la estancia, ése será el lugar de referencia de los miembros de la comunidad, donde comerán, dormirán o simplemente se retirarán para descansar del ajetreo de la fiesta. Más abajo, entre la iglesia y el arroyo, se está montando una decena de tenderetes donde sirven comida y puestos de venta de las más

dispares mercancías. Al otro lado del arroyo, los japoneses han plantado su tienda y están bajando el equipo de filmación del caballo. Nadie más ha elegido ese terreno para acampar. Cayetano decide instalarse cerca de ellos. Cruza el curso de agua saltando de piedra en piedra y monta su tienda. Luego, regresa al callejón de los tenderetes con la intención de aplacar el estómago, prácticamente vacío desde el día anterior.

A esas horas hay ya una gran concurrencia de peregrinos paseando o sentados bajo las carpas de plástico azul, bebiendo, comiendo, conversando. Entra en la que le parece más limpia y se sienta en un banco del rincón. Poco a poco, el fuego de los hornillos y los tragos de chicha le hacen entrar en calor. Su olfato se va impregnando del olor a queroseno y sebo quemado, a cilantro; en sus pupilas se imprime el rojo de los ajíes, el verde de los rocotos, las montañas de papas y de cebollas, las cabezas de cordero con los ojos desorbitados, los cuerpos desollados colgando de las vigas del techado. Sus oídos se llenan de la música chicha y huainos que emiten enormes radiocasetes colgados de las vigas, mezclada con el barullo de conversaciones y risas con destellos de dientes dorados enmarcadas en los surcos profundos de las pieles cobrizas.

Cierra los ojos. Se ve delante de una jaima, sentado sobre una alfombra tendida en la arena con cinco hombres más. Sus rostros rudos y oscuros están tintados con el añil de los turbantes. Toman el té siguiendo la ceremonia

tradicional: el primero, amargo como la vida, el segundo, suave como la muerte, el tercero, dulce como el amor. ¿Has escuchado llorar a las dunas? le pregunta ella. No, responde él. Están los dos bajo la inmensa bóveda estrellada, tumbados en la loma de una duna, con la oreja pegada a la capa de arena endurecida por el brusco descenso de la temperatura diurna. Escucha, le susurra ella. Da unos delicados golpecitos sobre la costra de arena y de inmediato se oye un leve lamento que procede de abajo. Golpea otra vez, y de nuevo un lamento surge del interior de la duna. ¿Lo oyes?, dice ella mirándolo con sus grandes ojos negros de par en par. Lo oigo, responde él emocionado.

El gusto amargo de un sorbo de chicha disipa el recuerdo. Abre los ojos. Se ve sentado en el rincón del tenderete, entre gente extraña. Mira a su alrededor. Ve al personal reír, gesticular, comer, beber, conversar. Siente de nuevo la extraña complacencia que le produce verse en medio de toda aquella gente; le emociona la sensación de saberse diferente entre los demás. Los tiene ahí, tan cerca, al alcance de una sola palabra. Un simple y amable “salud”, acompañado de un gesto con el vaso, bastaría para salvar el abismo que se abre entre ellos y empezar a conversar. Conversar, compartir el verbo, hacer de dos versiones una. Durante un rato se resiste, se debate, se recrimina. Se decide. Yergue levemente el torso, echa mano al vaso y dispone su rostro para la comunicación: los

ojos abiertos y distendidos, los labios a punto de la sonrisa amable, un “salud” resonando ya en su cabeza, el aire contenido en los pulmones, la garganta despejada con un ligero carraspeo, las cuerdas vocales prestas a vibrar, los dientes y la posición de la lengua en dispuestos para emitir el sonido de la ‘s’ y... los pulmones se le agarrotan, la garganta se le atenaza, las mandíbulas se le contraen, los labios se aprietan, los ojos se le tensan y, tras unos instantes paralizado, se llenan de lágrimas de impotencia.

Cae la noche. El farol de queroseno que acaban de encender le recuerda que no ha traído la linterna consigo. Se levanta y sólo entonces nota los efectos de las tres horas que lleva bebiendo chicha. Paga y se encamina hacia su tienda con las últimas luces, tratando de controlar el paso firme. En el arroyo pone todo el cuidado para saltar de piedra en piedra.

-Primero ésta, susurra con voz gangosa. Ahora aquella. Bravo. Ahora... ¡Joder! -suelta al verse con una pierna metida en el agua helada. “Bueno puede que se te congele algún dedo, pero al menos se te despejará la borrachera.” Casi sin luz ya, se orienta con el resplandor de la tienda de los japoneses para llegar a la suya. Una vez dentro, se quita la ropa mojada, se pone toda la que tiene seca, también el chaquetón y, con gran trabajo, se embute en el saco de dormir. Durante un rato, no para de tiritar. De vez en cuando, el viento le trae ráfagas de música desde el otro lado del arroyo.

Apenas acaba de dormirse cuando lo despierta un círculo de luz que se mueve nerviosamente sobre la tela de la tienda.

- ¿Quién anda ahí?- pregunta asustado.

- No grite- le pide una voz de mujer.

Él saca los brazos, incorpora el torso y, con la dificultad que le imponen los gruesos guantes de lana, consigue subir la cremallera de la tienda. Un bulto seguido de un cuerpo pequeño entran como una exhalación.

- Soy yo, Gaby – dice susurrando mientras enfoca su cara con la linterna.

Cayetano reconoce en los rasgos deformados por la luz de la linterna a la joven que lo ha embarcado en la aventura. Inmediatamente, lo asalta el impulso de dar rienda suelta a la ira acumulada desde el día anterior, por no saber en ningún momento a qué atenerse, pero la candidez que percibe en su mirada lo retienen.

- Empezaba a creer que se trataba de una broma bastante estúpida - le reprocha.

- Lo siento, profesor –responde ella haciendo patente su condición de estudiante. - No pude acompañarlo durante el viaje. En el camión viajaban conocidos míos y había que evitar cualquier sospecha. Acá arriba, con tanta gente, no hay problema. Pero tenemos que andar con cuidado.

- ¡Empiezo a estar harto de tanto misterio, jovencita! – exclama Cayetano.

- Sssss, no grite. Nos van a oír - responde ella amortiguando su voz.

- Pues dime ahora mismo cuándo me encontraré con la persona que tiene información sobre mi amigo.

- No llegan sino hasta mañana. Ahora, mejor dormimos.

- Está bien. Durmamos, pues -concluye Cayetano, dado que nada más puede hacer hasta el día siguiente. Se da media vuelta y se embute de nuevo en el saco.

A oscuras, Gaby despliega su manta con gran dificultad en el reducido espacio que queda libre, tratando de no molestar a Cayetano. Durante unos minutos, éste escucha la respiración entrecortada de la muchacha mientras se quita las zapatillas deportivas, se enrolla en la manta y le da la espalda.

- Buenas noches - dice ella.

- ¿No te parece que sólo con esa manta te vas a congelar?

- Qué importa.

Al cabo de un rato, a Cayetano le parece escuchar unos gemidos que en un principio confunde con el rumor del viento. Presta atención y comprueba que la joven está emitiendo sollozos entrecortados con palabras difíciles de descifrar. Acerca la cabeza y la oye lamentarse:

- ¡Asesinos..., no... lo maten! - seguido de una serie de sollozos acompañados de ligeras convulsiones del cuerpo y, de nuevo, el lamento:

- ¡No lo maten! – dice ahora con claridad.

A Cayetano se le contrae hasta el último músculo del cuerpo y, a pesar del frío glacial, empieza a sudar. Acaba de darse cuenta de que ha caído en una trampa. Que no es Lucho el objetivo, sino él mismo, y la chica, seguramente llevada por un arrepentimiento inconsciente, pide entre sueños a sus verdugos que no lo hagan. “¡Imbécil de mí! Han utilizado a Lucho de señuelo y yo he picado. ¿Cómo no lo había pensado antes? El asesinato de los dos cooperantes no era sino el principio de su campaña contra los extranjeros ¿Y qué puedo hacer a estas horas?”

Una racha de aire trae hasta sus oídos el sonido de la música. Se le ocurre que en el interior de la iglesia, entre el calor de las velas y la gente... O no, mejor se refugia en uno de los tenderetes de comida. Con la primera luz del día, bajará hasta la escuela y desde allí tomará el primer camión de regreso al Cusco. Coge la linterna y, con el máximo cuidado para no rozarse con la muchacha, se deshace del saco y sale de la tienda. Siente en su rostro una cuchillada de viento gélido. Una descomunal luna llena ilumina el glaciar. Los picos nevados reflejan su luz argentina inundando el valle. Al otro lado del arroyo, las comparsas continúan su incesante danza. Enfoca la linterna directamente sobre el reloj: las once y media aún. Falta una eternidad antes de que amanezca. ¿Cómo va a resistir tantas horas sin dormir? Pero ¿y si sus sospechas son infundadas, qué va a pasar con Lucho? Lo mejor será

aclarar las cosas con la joven. Entra en la tienda y, colocado a horcajadas sobre la muchacha, la zarandea.

- ¡Qué hace! – protesta ella asustada.

- Hablas en sueños - le dice enfocando a su rostro.

- ¿Qué digo? – pregunta parpadeando.

- Por lo visto van a matar a alguien y ahora mismo me dices de quién se trata o te denunció a la policía – la amenaza.

La joven no responde.

- ¡A quién vais matar, carajo! - grita él con insistencia policial.

- Ya lo mataron – responde con un golpe de llanto.

- ¡Me estás diciendo que han asesinado a Lucho!

- No, no. A mi enamorado. Lo mataron hace dos días en la cárcel del Cusco.

Cayetano recuerda el titular de periódico.

- Así que tú... tú eres la novia de uno de los senderistas que mataron cuando intentaba fugarse.

- ¡Mentira! No se fugaron. Es lo que dicen siempre. Los torturaron y los mataron – explica la muchacha entre llantos.

- ¿Me vas a negar que eran senderistas, como tú?

- No éramos senderistas.

- Entonces que haces tú metida en esto.

- ¡Se van a enterar esos asesinos! – dice sollozando.

- Bueno, bueno, ya no tiene remedio – deja de atazarla Cayetano - De todos modos, te pido que me aclares todo este asunto – insiste una vez más.

- No puedo. Sigo órdenes.

- ¿De quién?

- ...

- ¿Con quién voy a encontrarme? ¡Dímelo ya de una puta vez! – se exalta.

- No lo sé. Sólo me dieron instrucciones para traerlo hasta aquí.

Cayetano desiste de su interrogatorio. Se mete en el saco y apaga la linterna. Durante un rato oye el llanto ahogado de la muchacha. Pone el brazo sobre su hombro. Está temblando. Tira levemente y la atrae hacia su cuerpo.

- Esa manta no va a ser suficiente. Te vas a congelar.

- Da igual.

Ella se resiste; pero, ante la insistencia de Cayetano, acaba por ceder. Acopla la espalda contra su regazo. No tardan en quedarse dormidos. Fuera, las ráfagas de viento zarandean la frágil tienda. Da la impresión de que en cualquier momento la van a arrancar de cuajo.

Ya ha amanecido cuando Cayetano sale de la tienda.

- Buenos días, profesor- lo saluda Gaby, que ha improvisado un pequeño fuego entre cuatro piedras. Sobre él hay una olla con agua. - Ya apúrese y desayune, tengo que devolver la olla.

- Gracias. Y mientras tanto me vas a explicar con detalle el programa del día o me voy de aquí ahora mismo - exige decidido a aclarar la situación.

- Tiene que esperar hasta las once. A esa hora deberá estar en la puerta principal de la iglesia. Póngase en primera fila del público. Alguien le dirá qué tiene que hacer.

- ¿Es que no había otro lugar menos estrafalario que ese para un encuentro?

- No será ahí, sino allá arriba, en la cruz del nevado.

Gaby señala en dirección al glaciar.

- Pretendéis que suba hasta allí ¡Queréis que me despeñe!

- Sube harta gente. Mujeres y niños también. Hay que hacerlo tres años seguidos para que el Señor cumpla los deseos que se le piden. Yo ya subí las tres veces - dice orgullosa.

- ¿Y te ha concedido tu deseo?

- Sí - se le demuda la cara en un gesto de tristeza - Le pedía una casita para irme a vivir con mi enamorado.

- Vaya, lo siento. Dime: ¿por qué queréis matar a Lucho?

Gaby permanece callada. Pone un puñado de hojas de coca en el cazo.

- Bueno, no respondas. Pero que te conste que he dejado dicho que si no vuelvo en dos días acudan a la policía - trata de protegerse.

Uno de los japoneses se acerca hasta ellos y les pregunta si tienen algo apropiado para el soroche; su compañero ha pasado la noche vomitando. Gaby le ofrece un mate de coca. El japonés le da las gracias y se marcha con paso ligero hacia su tienda con el jarro entre las manos.

- Estaré a las once donde dices. Pero más vale que alguien aparezca.

Viendo que nada va a sacar de la muchacha, decide hacer tiempo hasta la hora de la cita observando el transcurso de la fiesta. Cruza el arroyo y pasea entre la gente. Llega al Yanantín. No sale de su asombro. Numerosos concurrentes, arrodillados, se afanan en levantar pequeñas construcciones con piedras. Un joven está a punto de terminar un cercado de un metro cuadrado aproximadamente.

- Es una granja, señor – explica a Cayetano.

En su interior, en una esquina, ha colocado cuatro lascas de unos veinte centímetros de altura y las ha cubierto con una más grande, a modo de techado. En la esquina opuesta, hay una vaquita y un chanchito de plástico. Poco más allá, una muchacha está sentada junto a una edificación de dos plantas, de unos treinta centímetros de altura. En la fachada principal hay un letrero: *Peluquería Asunta*. Enfrente, una señora está sentada dentro de su cercado.

- Espero a los albañiles para que me hagan mi casa – comenta con toda seriedad a una vecina.

Calle arriba, encuentra un edificio de medio metro de altura dividido en tres plantas, culminado por una lata de conservas vacía, puesta de canto, con un palito encajado en ella. Hay algo escrito en el interior de la lata. Se agacha y lee: *Radio Pucyura. 100 Mhz.* Al lado, una madre y su hija están sentadas en el suelo, dentro de un cercado apenas más grande que el lugar que ocupan sus cuerpos. Le dicen que están guardando la propiedad. Hay muchos robos últimamente.

La gente conversa entre sí, como si de un vecindario real se tratara.

Un hombre supervisa una obra.

- Es para una tienda de abarrotes – le contesta.

- Piii, piii, piii – oye Cayetano a sus espaldas.

Un joven empuja agachado un pequeño camión de juguete calle arriba. Pide paso.

- Otro chofer – comenta el albañil.

- ¡Al ladrón, al ladrón! - grita una mujer unos cincuenta metros más arriba, desde el interior de su pequeño recinto. Más allá, un muchacho corre y es seguido por otro que hace sonar un silbato y le grita:

-¡Alto! ¡Guardia! ¡Alto!

En la calle de al lado, un hombre efectúa el pago por la compra de una vivienda a su propietario. Le da varios papeles que corta de un cuaderno escolar partido por la mitad.

- Son cheques, señor. Se consiguen allá abajo, en el banco. – Señala con la mano una cola de gente ante lo que parece un aprisco de llamas.

Cayetano se acerca. El personal conversa tranquilamente en la cola mientras espera su turno. Tras el muro de piedra que hace de mostrador, dos individuos rellenan los cuadernos escolares que, convenientemente recortados, harán de chequeras. Les está filmando Soichiro. Uno de los bancarios muestra a la cámara varios talones. *Banco del Perú. Mil intis; Banco del Perú. Dos mil intis; Banco del Perú. Diez mil intis.*

Soichiro retira el visor de su ojo, mira a Cayetano y le dice que ha terminado por ahora. Ha de ir a ver cómo se encuentra su compañero.

Los dos hombres echan a andar por la orilla del arroyo, tratando de salvar los charcos que el sol empieza a deshelar rápidamente.

- Bonito ¿verdad? – comenta Soichiro.

- Sí - responde Cayetano. – ¿Conoces el significado de todo esto?

- No. Sólo veo lo que ve mi cámara.

- Pero tu cámara sólo capta la apariencia externa.

- Igual que tus ojos.

- Bueno, yo puedo conversar con la gente y buscar explicaciones. ¿No crees?

Al no oír respuesta de Soichiro, Cayetano vuelve la cabeza. Lo ve de espaldas, acudillado, filmando algo en el

suelo. Se acerca y mira por encima de su hombro. Sobre la superficie helada de un charco, alguien ha edificado una casita con placas de hielo traídas del charco contiguo. Las delgadas lamas transparentes aún conservan la marca de las briznas de hierba que el intenso frío de la noche ha apesado en el agua congelada. Los rayos del sol inciden sobre las paredes cristalinas y se refractan en el interior produciendo un delicado crisol de suaves colores. De los aleros del tejado caen gotitas de agua. Cayetano nota un estremecimiento que le recorre la espina dorsal. Un par de minutos después, la casita de hielo ha desaparecido. Se ha fundido en el charco. El corte del zumbido de la cámara rompe el hechizo del momento.

- Discúlpame. ¿Qué me decías? –prosigue Soichiro.

- No importa.

Los dos hombres caminan en silencio hasta sus tiendas de campaña.

El compañero de Soichiro recuerda a Cayetano, de parte de la joven, la cita de las once. Faltan cinco minutos.

El gentío se apiña en torno al atrio de la iglesia. A duras penas consigue hacerse paso hasta colocarse en primera fila, tal y como le ha indicado Gaby.

Actúa una comparsa de seis hombres vestidos con sombreros tejanos, chalecos de cuero sobre las camisas, pañuelos anudados al cuello, pantalones de montar remetidos por las botas de caña alta, espuelas, una pistola enfundada en el cinturón. Llevan la cara oculta tras una

careta de cartón que caricaturiza los rasgos del hombre blanco. Con una botella de cañazo en la mano, ejecutan ostentosos ademanes de borrachos, provocando al público que, divertido, trata de esquivar los chorros de licor. Terminan y se encaminan hacia el Yanantín. Entra en escena una comparsa de chunchos venidos desde la selva, ataviados con faldas hasta las rodillas y coronas de plumas. Le sigue una agrupación de muchachas vestidas con bombines bolivianos, amplias y cortas polleras a la mitad del muslo y botas hasta las rodillas, bailando como *majorettes*. La siguiente comparsa está integrada por individuos que llevan altos sombreros de copa negros, casacas rojas, calzón corto por las pantorrillas, medias blancas, calzas, zapatos abotinados y pañuelos de seda sobre los hombros; el rostro lo tienen oculto tras una careta de rasgos prominentes.

Cayetano empieza a impacientarse. Mira el reloj: las once y veinte. Nadie se le ha acercado y no se le ocurre quién pueda ser su contacto entre toda aquella gente. Se da media vuelta, decidido a volverse de una vez al Cusco. Pero una súbita elevación del clamor del público lo detiene.

—Llegan los ucucos - oye decir a alguien a sus espaldas. Un grupo de ocho. Llevan la cabeza enfundada en pasamontañas de lana blanca que les cubre toda la cabeza. A la altura de los ojos, la nariz y la boca, se abren pequeños orificios en torno a los cuales están toscamente

representados dichos órganos. El cuerpo lo tienen cubierto con una pesada levita hasta los pies, de la que cuelgan infinidad de hilachos de color marrón oscuro. Cada uno porta un muñeco de lana, de unos veinte centímetros, colgando en el costado, que reproduce la propia figura del ucuco.

-Es el *wawque*, señor - le informa el hombre de al lado. Se sirven de él para dirigirse a la gente. Hablan con voz de falsete, en un tono muy agudo, al tiempo que hacen crujir unos largos zurriagos y realizan movimientos y gestos bufonescos.

Llevado por la curiosidad, Cayetano se detiene a observar la escena. Entre brincos y zurriagazos, los ucucos se encaran con los espectadores, les piden comida, les sustraen pertenencias y las cambian de manos. La gente ríe divertida. Uno de ellos, notablemente más alto y espigado que el resto, se mantiene al margen. Cayetano se le queda mirando y, a pesar de los siete u ocho metros que median, tiene la impresión de que el tipo también lo observa desde las dos rajadas abiertas en la capucha. Casi diría que le sonrío. De un salto, uno de los ucucos se pone delante de él y, valiéndose de su *wawque* mediador, le grita palabras ininteligibles con su aguda voz de falsete. Cayetano se ha convertido en el centro de atención del público. Azorado, trata de sonreír a la espera de que el ucuco termine con sus bufonadas y se olvide de él. Pero el ucuco insiste elevando el tono crispado de su voz y

chascando el látigo. Aproxima su cabeza a la oreja de Cayetano y le indica que en una hora deberá estar en la cruz del glaciar. Instintivamente, Cayetano orienta su mirada hacia el ucucu alto; éste le hace un gesto afirmativo con la cabeza. Furioso por lo disparatado de la situación, decide obedecer para terminar de una vez por todas. Sale del cerco de espectadores y se encamina hacia el glaciar. De todos modos, mientras haya gente alrededor no correrá peligro.

Comienza a subir por las rocas. Respira con dificultad. Sus movimientos se vuelven lentos, pesados. El trayecto se hace cada vez más escarpado y abrupto. Se detiene a descansar un rato. Calcula que deben quedar unos doscientos metros hasta el borde del glaciar. Hace un esfuerzo para continuar; pero sus pulmones parecen resistirse a aspirar las mínimas dosis de oxígeno necesarias. Le pesan las botas. Se siente ligeramente mareado. Sube hasta una cresta de rocas y avanza por su estrecho filo tratando de mantener el equilibrio con los brazos abiertos; una rápida mirada hacia abajo le provoca un súbito golpe de vértigo. Se agacha y continúa a cuatro patas. Mira hacia arriba. La nieve está ya a unos cincuenta metros y el trecho que queda es menos pendiente. Realiza un último esfuerzo. Toma todo el aire que puede y avanza hasta que, por fin, pone el pie sobre el manto de nieve, pisoteada y sucia. La cruz de madera queda a unos treinta metros de donde él se encuentra. Dos peregrinos rezan

arrodillados ante unas velas encendidas en una oquedad de la nieve; unos jóvenes, se divierten arrojándose bolas.

Extenuado, se sienta sobre una piedra para recuperar el pulso y la respiración. El sol en su cenit ilumina todo el valle. Allá abajo, la inmensa masa de gente se agolpa en los alrededores de la iglesia. La cifra de setenta mil peregrinos, apuntada por el conserje del hotel, ya no le parece exagerada. Todos están acampados en la ladera, a la izquierda del santuario. Al otro lado del arroyo, sobre el manto verde de hierba, resaltan el amarillo de su tienda de campaña y el azul de la de los japoneses.

De pronto, su atención recae en una fila de ucucos. Suben por un sendero distinto al practicado por el resto de la gente. Mantienen un trote ligero y constante, como si estuvieran entrenados en las dificultades de aquellos terrenos. Los sigue con la mirada, hasta que llegan al borde del glaciar, en el punto opuesto donde él se encuentra. Bordean la masa de nieve y suben medio centenar de metros más arriba. Sacan unos picos de debajo de las levitas y comienzan a extraer bloques de algo más de medio metro de alto por veinte centímetros de ancho y otros tantos de fondo. Cayetano espera a que se le acerquen. Hace frío, pero el sol del mediodía lo atempera. Cuando terminan su tarea de desprender los bloques de hielo, uno de ellos se acerca hasta él y le indica con voz de falsete y gestos con el brazo que suba hasta donde está el grupo. Cayetano se asegura de que no va a alejarse mucho

de la gente que circunda la cruz. Llega hasta ellos y éstos lo rodean sin dejar de proferir sus agudos sonidos. Uno de los ucucos despliega su zurriago y lo hace crujir a pocos centímetros del rostro de Cayetano, que, lleno de cólera, hace amago de querer salir del cerco; pero de inmediato le cierran el paso. Le señalan con el dedo el traje de ucuco y la capucha de lana que uno de ellos sostiene. Cayetano entiende que también él ha de disfrazarse para no despertar sospechas. Se coloca la pesada levita, que despide un fuerte hedor a llama, y se enfunda el pasamontañas.

Los ucucos se ayudan unos a otros a cargar a sus espaldas los bloques de hielo y los sujetan con las sogas. Terminada la tarea, miran hacia el ucuco alto y éste, con un gesto de la mano, les ordena que vayan bajando.

- Supongo que es con usted con quien he de entrevistarme – pregunta Cayetano con visible impaciencia.

- *Oui* – responde el ucuco.

Cayetano se queda estupefacto al oír la respuesta en francés.

- Está bien –continúa él en francés, dispuesto como sea a aclarar de una situación que va tomando visos delirantes. - Pero le advierto que empiezo a estar harto de todo este tinglado absurdo. Dígame de una vez qué tengo que hacer para resolver la situación de mi amigo.

- ¿Considera un tinglado absurdo el ejercicio de observación participante de una fiesta andina?— contesta el ucucu con tono relajado y un deje de ironía en la voz.

Cayetano no sale de su asombro. Se encuentra en un nevado a cinco mil metros de altura, en medio de un glaciar, con los pies hundidos en la nieve, conversando con un tipo tan ridículamente disfrazado como él, que, en lugar de darle una explicación sobre los motivos que lo han traído hasta aquí, se dedica a cuestionar su profesionalidad, dándole a entender, además, que está familiarizado con el argot de la Antropología. Intrigado, busca en los pequeños orificios abiertos en la capucha de lana blanca algún indicio que le permita identificar a su misterioso interlocutor; pero sólo detecta una inquietante mirada azul distorsionada por el dibujo ingenuo y a la vez grotesco de las falsas pestañas.

Sin mediar palabra, el ucucu le da la espalda y da unos pasos par ir a sentarse sobre una roca al borde del glaciar, de cara al vacío. Cayetano ve cómo saca de debajo de la levita una bolsa de tela y extrae de su interior una botella de pisco y dos vasos de plástico.

- ¡Esto es un completo desvarío! – grita sin saber ya a qué atenerse.

El ucucu no responde. Con parsimonia, se inclina, recoge un puñado de hielo del suelo y lo reparte en los vasos; acto seguido, destapa la botella, los llena y, sin dejar de mirar al frente, alza uno de ellos a la altura del hombro

y se mantiene en esa pose a la espera de que Cayetano se acerque a cogerlo. Ante semejante situación, éste no puede menos que concluir que, en efecto, está siendo objeto de una broma. Además, hay algo en aquel tipo que le transmite cierta familiaridad.

Se dirige hasta el borde del glaciar, coge el vaso y se sienta en una roca algo más retrasada que la de su interlocutor. Los dos hombres se encuentran ahora al filo de la descomunal lengua de hielo, que parece amenazar con desprenderse en cualquier momento sobre el profundo valle donde se desarrolla la fiesta.

- Salud.

- Salud – se oye decir Cayetano en un tono que le sorprende por su falta de animosidad.

Se llevan los vasos a la abertura de la capucha y beben un trago.

- Muy bien. Ahora dígame de qué va esta broma – exige Cayetano.

- Si lo dice por el pisco, no se engañe: combate el frío. En cuanto a la amenaza de muerte de Lucho, va completamente en serio.

- Quién lo ha condenado – inquiera Cayetano volviendo al estado de tensión anterior.

- La Historia.

- Déjese de cuentos baratos. Ese hombre no hace otra cosa que contribuir al desarrollo de este país. ¿Es ese su delito?

- Entorpece nuestra misión de edificar una nueva sociedad. Colabora con las fuerzas reaccionarias.

- ¿Quién le ha enviado los anónimos?

- Yo mismo.

- Y qué interés tiene usted en salvarle la vida.

Cayetano queda a la espera de respuesta. El ucucu permanece callado, inmóvil, de espaldas a él, mirando al vacío. Segundos después, levanta la mano derecha y la lleva hasta la base de la capucha. La coge por el borde y, por un momento, parece dudar si sigue adelante. Tira de ella, dejando al descubierto una cabeza de cabellos rubios muy cortos. De repente, se ha producido un silencio denso, raro. Cayetano se levanta y se acerca expectante hacia el ucucu. Justo antes de llegar a él, éste gira la cabeza.

Cayetano se queda de piedra, con los ojos de par en par y la boca abierta.

- ¡Frank!

- El mismo – responde Frank-. El Holandés Errante. Ya ves qué acertado estuvo Lucho con ese sobrenombre.

Cayetano no sabe cómo reaccionar ante la increíble reaparición de su compañero de doctorado. Por su cabeza se le pasan mil pensamientos encontrados y confusos a la velocidad de la luz. Quiere dar rienda suelta a las manifestaciones de asombro, de alegría por volver a encontrarse con el viejo compañero de universidad. Hace amago de quitarse la capucha.

- No, por favor, no te quites la capucha – se apresura a pedirle Frank mientras se pone la suya. – No conviene que nos identifiquen.

El tono en que Frank ha dicho las palabras hace recapacitar a Cayetano. De súbito, la brecha de desconfianza vuelve a abrirse entre ellos. Ese hombre que está ahí delante mirándolo entre divertido y cínico, como si nada hubiera sucedido en todos estos años, como si las circunstancias del reencuentro no estuvieran mucho más allá de lo verosímil, nada tiene ya que ver con el brillante colega por quien sintió tantos celos porque era el preferido del maestro.

- Supongo que tendríamos muchas cosas de qué hablar; pero se me ocurre que, dadas las circunstancias, carecería de toda lógica – determina Cayetano.

- Sí, supongo que sí – acuerda Frank en un tono de pesadumbre.

- Sólo una pregunta. ¿Por qué nunca regresaste?

- Hay pasos en la vida que, una vez dados, no tienen vuelta atrás – responde con un hilo melancolía en la voz.

- Y tú los diste.

- Si. Yo los di – dice recuperando la firmeza.

- A costa de renunciar a la Antropología.

- A una Antropología que primero fue alcahueta del colonialismo para convertirse después en mamporrera del imperialismo; a una Antropología que hoy no es más que el *modus vivendi* de un colectivo de pequeño-burgueses

que danza alrededor del fuego fatuo de un otro que sólo existe en sus cabezas. Si te refieres a esa Antropología, sí, he renunciado.

- Para caer en la enajenación.

- Es el riesgo que hay que correr para no quedar aprisionado en la jaula del ensimismamiento.

- Debiste tener razones muy poderosas para dar el paso.

- Las tuve.

- ¿Ideológicas? ¿Morales?... – Cayetano retoma el tono sarcástico.

- En medio del infierno provocado por uno de los interminables bombardeos que los norteamericanos efectuaron sobre las aldeas donde hacía trabajo de campo, me encontré de frente con la mirada de una madre que sostenía en sus brazos el cadáver de su bebé. Tenía una parte del intestino fuera del cuerpo reventado. La madre me miraba fijamente, sin lágrimas, sin lamentos, en silencio, sólo me miraba y me mostraba el pequeño cadáver desfigurado. Entendí que me estaba demandando, a mí, alguien a quien ella identificaba con los autores de aquel espanto, una respuesta para entender tanto horror.

- ¿Y la encontraste?

- No. Sólo el consuelo de la compasión.

- ¿La compasión? ¿Con unos solamente?

- Sólo cabe compadecerse de quien padece.

- Ya. Y desde entonces te has dedicado a compadecerte de los que sufren – le sale de nuevo el sarcasmo.

Cayetano no consigue conjugar la expresión de amabilidad que hay en la mirada de Frank, en sus palabras, tan distinta al gesto tenso y contenido que tenía de joven, con su pertenencia a una organización sanguinaria que está diezmando el Perú y tiene amenazado de muerte a un viejo compañero.

- No seas tan mordaz, Cayetano. He hecho otras cosas.

- Claro. Sembrar el terror.

- Para terminar con otro terror aún más horroroso, que Occidente no quiere ver.

- ¿Matando gente inocente?

- No deberías hacer tanto caso de los medios de comunicación. Construyen la verdad que conviene a sus dueños y a quienes los financian. Además, yo me ocupo de otros asuntos. Sigo siendo antropólogo, no lo olvides.

- Y se puede saber qué hace un antropólogo colaborando con un movimiento terrorista.

- Contribuir al nacimiento del hombre nuevo.

- ¡Eso es puro mito! – exclama Cayetano, incrédulo por que un antropólogo como él hubiera caído en semejante patraña.

- Claro que es puro mito. Como cualquier otra forma de conocimiento. Todas hunden sus raíces en el mismo magma del que emanan los mitos.

- ¿También la Ciencia?

- El último de los grandes mitos de la civilización occidental. Es cuestión de tiempo que acabe mostrando su verdadera naturaleza. ¿Qué mito es cuestionado por quienes creen en él mientras está vigente?

- Y de todos los mitos existentes ¿cual representa mejor a tu nuevo hombre? – pregunta con mordacidad.

- Ninguno en concreto. Cada uno responde a una visión particular del mundo.

- Entonces no es posible tu mito del hombre nuevo universal.

- Te equivocas.

- ¿Cómo?

- Identificando los elementos comunes que hay en todos ellos.

- Esa labor ya está hecha por el Viejo Tótem. Lo sabes, puesto que conoces su obra.

- Es una obra inconclusa.

- Eso es algo que el Viejo siempre reconoció. Decía que la ciencia de los mitos era todavía una disciplina balbuceante. Pero en ningún momento creo que estuviera pensando que su continuidad pasara por la patraña de crear ese mito universal del que hablas.

- Él no se atrevió a dar el paso siguiente.

- O pensó que otros debían darlo. Y, de todos nosotros, tú eras el llamado a hacerlo.

- Lo intenté, pero él trató de impedírmelo.

- ¿Cómo?

- No aceptando las conclusiones de mi tesis doctoral a las que había llegado en mi investigación. En ellas exponía mi teoría sobre el nuevo mito universal.

- ¿De verdad crees que la Antropología puede servir para concebir un hombre nuevo?

- ¿Para qué sirve entonces?

- Para comprender al hombre real.

- ¿Cómo puede ser real algo a lo que se le niega una parte sustancial de sí mismo?

- ¿Y qué es eso que se le niega?

- La esperanza. La Antropología que tu practicas ha concebido un objeto de estudio dotado de pasado y de presente, pero carente de futuro. Un ser mutilado de sueños e ilusiones, cuando estos atributos son los que mejor lo definen frente al resto de seres vivos. Un animal caza o copula impulsado por dispositivos que, en forma de reacciones bioquímicas, de jugos gástricos o feromonas, lo incitan a actuar de un modo u otro en cada momento.

- Igual que el ser humano.

- Sí. Pero hay algo que diferencia a éste de aquél, y que lo dota de humanidad: en sus acciones anida la ilusión de futuro.

- La idea de que el mito encierra una propuesta futura también la planteó el Viejo Tótem.

- Cierto; pero la utopía no sólo hay que mentarla: hay que darle forma y llevarla a la práctica.

- Ya, claro. Y tú te encargas de darle forma.

- Nuestra labor consiste en detectar los elementos de futuro que contiene cada mito particular para integrarlos en el gran mito universal. Su ejecución le corresponde a otros.

- ¿Nuestra? ¿Me estás diciendo que existe una especie de Internacional de la Antropología al servicio de los movimientos subversivos del Tercer Mundo?

- ¿No hay acaso una Internacional de la Antropología académica al servicio del *statu quo* impuesto por Occidente?

- O sea, que te has convertido en una especie de asesor antropológico de movimientos subversivos. ¿O sería más apropiado decir consultor?

- Me gusta más la idea de escritor de libretos. Recuerda que el Viejo Tótem nos inculcó a los dos su pasión por la ópera, sobre todo las de Wagner.

- Libretos que tu escribes y luego ejecutan sanguinarios como Pol Pot o ese tal Abimael Guzmán. ¿Cómo has caído en semejante locura?

Frank da un sorbo de pisco. Baja el vaso y se queda pensativo, con la mirada proyectada al suelo.

- Cuando se alcanza un determinado grado de clarividencia, la locura es lo único decente que queda para seguir viviendo.

- Y ahora estás confeccionando el libreto para la ópera de Sendero.

- Sí.

- Dime, y además del factor utópico, ¿de qué otros materiales está hecho el guión de tu libreto?

- Tragedia, pasión, belleza, drama, fantasía, terror, poesía, humor... Exactamente los mismos elementos que componen cualquier mito, los mismos que incitan a toda esa gente de allí abajo a interrumpir sus vidas monótonas y míseras a subir hasta más de cuatro mil metros para celebrar un ritual durante tres días y tres noches.

- No veo el futuro por ninguna parte allí abajo.

- No puedes verlo. Tus prejuicios teóricos te lo impiden. Sin embargo, está.

- ¿Dónde?

- Allá abajo. – Frank eleva el brazo derecho y señala con el dedo índice.

- ¿Dónde construyen casitas, corrales con ganado, emisoras de radio o peluquerías a base de juntar piedras?

- Exacto. Expresan sus anhelos para que el diablo se los conceda.

- ¿El diablo?

- Son sus dominios, y los indígenas lo saben, por mucho que la Iglesia católica se haya empeñado en poner sobre la roca una ridícula virgen de Fátima.

- También depositan papeles con deseos en la roca del Señor, la que está junto al altar mayor.

- Cómo no. Con los conquistadores españoles tuvieron que aprender a sobrevivir poniendo una vela a dios y otra al diablo. Y ya ves que no lo han olvidado.

- De todos modos, puede que yo no esté preparado para captar la utopía en una peluquería de piedras, un camión de juguete o una oveja de plástico. ¿La captan ellos?

- Son los símbolos de los que se valen para expresarla. Y como tales símbolos sus significados funcionan en el nivel inconsciente. En nuestras manos está instaurar las condiciones para que puedan hacerlos conscientes.

- Y crees que vestido de esta guisa lo vas a conseguir.

- Cumplo con el papel de ucuco. Son los encargados de preservar el orden ritual de las fiestas.

- ¿A base de dar latigazos al personal?

- ¡Si sólo son simulados! Tienen una intención pedagógica: les quitamos cosas para que comprendan que no puede haber propiedad privada, las cambiamos de manos para que aprendan que hay que redistribuirlas, les lanzamos zurriagazos para que asuman el orden y la disciplina, y procuramos que se diviertan para que se convenzan de que esa es la vía hacia la felicidad.

- ¿Y todo ello lo vais a conseguir hablándoles por mediación de un muñequito?

- ¿Te refieres a los *wawques*?

- Sí.

Frank busca el suyo que cuelga a un lado de su levita, lo coge y, poniéndolo frente a los ojos de Cayetano, con voz de falsete, dice:

- Hola, hola, colega *wawque*. - Lo deja colgando de nuevo y, recuperando su tono de voz normal, continúa. - ¿Es que el poder establecido no se ha servido de los mandarines de la Antropología para les hagan de ucucos y éstos se han valido a su vez de sus propios *wawques* para amplificar sus pensamientos? Tú deberías saberlo muy bien, *wawque* Cayetano.

- Yo no soy *wawque* de nadie - dice Cayetano, tratando de dar a sus palabras un tono de convicción que su conciencia le está negando.

- ¿Ah no?

- ¡No! – responde Cayetano con contundencia.

- ¿No fue ese el papel que te encomendó el Viejo Tótem cuando yo me negué a hacerlo?

Un vendaval de indignación recorre el ánimo de Cayetano al oír esas palabras. Nunca se le había ocurrido relacionar la ruptura del Viejo y Frank con la insistencia de aquél para que hiciera una tesis teórica sobre sus trabajos. Sin embargo, ahora todo encaja a la perfección. Hace un rápido rebobinado en su cabeza y cae en la cuenta de que apenas habían pasado un par de semanas entre el desencuentro de Frank con el Viejo Tótem y su regreso del Sahara, cuando éste le propuso cambiar de tema de tesis.

- Al menos, yo no me oculto debajo de una ridícula máscara de lana – trata de buscar una salida en medio de la ira contenida.

- No. Tú y los tuyos os ocultáis tras la máscara de la institución académica misma. Pero si los profesionales que os dedicáis a estudiar las instituciones no os preocupáis de saber el papel que cumplen ¿para qué estáis ahí?

En la cabeza de Cayetano resuena: "Para hacer currículum, para ganar un sueldo, para sobrevivir".

- Te lo digo yo – se adelanta Frank - Para elaborar las retóricas que el poder necesita para justificarse y reproducirse.

- Bueno, dejémonos de discusiones que no llevan a ningún sitio. Dime qué hay que hacer para que dejéis de amenazar a Lucho.

- ¡Pero si ya no sé cómo voy a decírselo! Por lo visto, sigue igual de tozudo que entonces – exclama Frank con sincero enojo, en un tono afectuoso que a Cayetano le remueve viejos sentimientos. - Dile a ese viejo gordo que salga de una vez del país. – Adopta un tono grave- Y que lo haga pronto, porque la sentencia está dictada desde hace tres días. Falta que encuentren el momento apropiado. Más vale que te des prisa.

- Por qué no revocáis la orden.

- No se puede revocar la Historia.

- ¡Estáis completamente locos!

Frank no responde. Cayetano se incorpora y echa a andar sobre la nieve. Antes de salir del manto de nieve, le pregunta.

- ¿Cómo has sabido que yo estaba en Cusco?

- Nuestro servicio de información funciona muy bien. Estamos perfectamente al tanto de tus andanzas. Y, por cierto, también de tus amistades. ¿Cómo se llama? – dice con sonsonete burlón - ¿Angie?

- Qué tiene que ver Angie con vosotros – pregunta Cayetano con ansiedad contenida.

- Afortunadamente, nada. Esa mujer sería un peligro en nuestras filas. Ella solita sería capaz de darse con todo el movimiento guerrillero.

- ¿Entonces? – insiste Cayetano entre curioso y fastidiado.

- Tuve que pasar una semana en Cusco por problemas con las muelas del juicio.

- Vaya, qué cosas tiene la vida.

Frank suelta una carcajada.

- Pasé una vez por su café y me fijé en ella. Me pareció muy atractiva. No pude dejar de mirarla mientras me tomaba el café; pero no me atreví a interrumpirla, porque estaba muy concentrada dibujando. Volví al café de nuevo y esta vez estaba conversando con alguien. Al día siguiente, volví al café con la firme intención de entablar conversación con ella y seducirla. Y

- ¿Lo conseguiste? – lo interrumpe Cayetano, afectado por un inesperado golpe de celos.

- ¿Lo has conseguido tú?

- Yo he preguntado primero – le sale un tono infantil.

- ¡Cómo iba a hacerlo si no había manera de conversar con ella. ¡No paraba de dibujar la tía! Claro que tampoco hubiera servido de nada, porque luego me informaron que estaba liada con una tía! - exclama Frank - ¿Es que en todo este tiempo no te has dado cuenta de que es lesbiana?

Bajo la capucha, Cayetano hace un gesto de satisfacción y alivio.

Pasaba el mediodía cuando bajó del camión que lo trajo del nevado. La ciudad se encontraba inmersa en las fiestas del Corpus Christi. Subió entre el gentío por la avenida del Sol hasta que consiguió llegar a la plaza de Armas. No recordaba haberla visto tan llena desde la Semana Santa, durante el encierro del Cristo de los Temblores en la catedral. Sólo que ahora, aquella impresionante masa de gente arrodillada en absoluto silencio mientras recibía la bendición del Cristo, se había tornado en una algarabía de sonidos, olores, de abigarrado colorido. Doce procesiones de vírgenes y santos, procedentes de sus correspondientes iglesias desde los distintos barrios de la ciudad, daban vueltas alrededor del jardín central, cada una de ellas precedida de su propia banda de música y su comparsa, seguida de sus fieles devotos. La gente se agolpaba en las aceras, bajo los soportales, en el atrio y las escalinatas de la catedral, en los jardines del centro. Los balcones estaban a reventar. El barullo de músicas diferentes se fundía con el estallido de cohetes y el clamor del gentío. El olor a pólvora y el aroma intenso de las flores de los tronos se

mezclaba con los humos procedentes de las hornillas de queroseno de los puestos de *uriuchu*, cuy con verduras y algas traídas de la costa, la comida típica de ese día.

Se fue abriendo casi a empujones, hasta que, por fin, consiguió llegar a la calle Suecia. Subió hasta el hotel, marcó el teléfono del trabajo de Lucho. El corazón se le salía por la boca.

El tañido de las campanas de la catedral lo sacan del recuerdo. Abre los ojos. Siente frío. Mira el reloj: las tres y media. Está oscuro. Faltan treinta minutos para que vengan a recogerlo. Posa la mirada en su regazo. El cuaderno violeta, abierto por la última página escrita, con la foto de *La última tribu* pegada debajo de la línea de puntos suspensivos que suceden a las preguntas que un día puso y siguen sin responder. Posa la yema del dedo índice sobre la imagen de Frank; luego, sobre la de Lucho. Los ojos se le humedecen. ¡Qué tenebrosa puede llegar a ser la condición humana!

Apaga la luz. Y de nuevo la angustia, la impotencia, el nudo en el estómago que le acompaña desde el momento en que la secretaria de Lucho se puso al teléfono y le dijo llorando que esa misma mañana, cuando iba camino de la oficina, había sido tiroteado en un semáforo. Luego, el viaje precipitado a Lima, el entierro, la amargura de la familia, la presencia masiva de representantes institucionales, de amigos afligidos. Y ya está. Porque así

es la muerte. Y nada, absolutamente nada de que lo se haga o diga después, tiene que ver con ella. Por eso es tan dura de asumir.

Enciende. Echa un vistazo al equipaje que tiene listo junto a la puerta y revisa los objetos que hay sobre la mesa: pasaporte, dinero, un magnetófono, paquetes de pilas, cintas grabadas con música y vírgenes, la cámara de fotos, carretes, un diccionario de quechua y español, cuadernos nuevos, bolígrafos, un botiquín de primeros auxilios y dos linternas. Vuelve a apagar, y de nuevo le asaltan los aciagos pensamientos, hasta que se adormila.

El sonido de un claxon lo despierta. Las cuatro y veinte. Cierra el cuaderno y se queda mirando un instante su portada violeta.

Cuaderno de campo del Sahara
Cayetano Aljamia

Coge un bolígrafo y añade:

Cuaderno de campo del Sahara (1968)-los Andes (1988)
Cayetano Aljamia

Lo mete en la mochila, junto con todo lo demás. Carga con el equipaje y baja a la recepción.

- Buenos días, doctor- lo saluda Hugo. Lleva colgada en el hombro su inseparable zampoña. - Para animar a los apus, pues, - dice.

Cayetano se pregunta si habrá acertado contratando a Hugo como asistente. Claro que gracias a él ha conseguido que unos familiares le alquilen una casa en la comunidad donde pasarán una temporada de trabajo de campo.

Diez minutos después, llegan a un solar en el que hay estacionado un destartado camión. Bajo un cobertizo de calamina, una triste bombilla ilumina la mesa, en torno a la que se amontona un enjambre de viajeros. El conductor del camión, un cholo bajo y recio, de ancho cuello y nariz aguileña, da la voz de aviso desde lo alto de la cabina.

- ¡Vamos, vamos, vaaamoss! ¡Hay campo, ya apúrense! - grita casi regañando a los viajeros que, sumisos y apelotonados, se aúpan al camión con sus bultos. -¡Hay campo, vamos, vamos!- repite, indicando con la mano los huecos imposibles que van quedando en el cajón, atestado ya de sacos, fardos y personas, hasta que no queda un centímetro desocupado. Luego se dirige a Cayetano en tono más amable.

- Ya suba, señor. Nos vamos.

Se instalan los dos en la cabina. Al verse con las piernas abiertas, una a cada lado del conducto de la transmisión, Cayetano entiende la amabilidad con la que Hugo le ha insistido para que suba primero. El camión se detiene en el control militar de la salida, momento que el conductor

aprovecha para comer una pieza de seco de cordero que le ha ofrecido una mujer por la ventanilla, regado con un gran vaso de chicha. Media hora después, se desvían y comienzan a ascender por un carril sin asfaltar que serpentea por los cerros. El camión renquea pesadamente por la empinada cuesta. Cayetano intenta en varias ocasiones entablar conversación con el conductor, pero desiste al cabo de una sucesión de escuetos "Si señor", "No, señor", emitidos como una monótona letanía tras cada pregunta suya. Sin duda, va más interesado en las encendidas proclamas del exaltado pastor adventista que salen de la radio que lleva atada con un alambre al salpicadero, junto a una estampa del Señor de los Milagros, mientras saca el jugo a la bola de hojas de coca que *chaccha* con empeño ovejuno.

Dos horas más tarde, la altura empieza a ser considerable. Cada vez que entran en una de las estrechas y cerradas curvas, Cayetano escucha con un pellizco en el estómago el chirrido de los viejos palieres del camión, un Ford del 73. Teme que en cualquier momento van a caer a los profundos barrancos que se abren ya a un costado, ya al otro. Y por más que suben, siempre se alzan frente a ellos las mayores alturas de otros cerros.

Hacia media mañana, el camión se detiene junto a una pequeña casa de adobe y techo de calamina coronado por dos figuritas de toros de barro. Sobre la puerta sobresale un palo en cuya punta cuelga un trozo de plástico rojo. -

Hay chicha - es la escueta respuesta que da el conductor a la pregunta de Cayetano sobre el significado del plástico. Hugo despierta con el chirrido de los frenos, alza el sombrero y se congratula frotándose las manos porque van a almorzar. El local es lúgubre, oscuro. Su único ventanuco no da para aliviar el humo del fuego que arde en un rincón. Una vieja atiende a los comensales. Éstos, sentados en el suelo de tierra compacta, entre cuyes que corretean de un lado a otro, se concentran en sorber la sopa caliente. El conductor sumerge un gran vaso en una tina y lo saca rebosante de chicha. Se sienta en una banqueta cercana al fuego y empieza a dar cuenta de ella. En la única mesa que hay, Hugo se aplica con el chicharrón acompañado con un refresco de Inkacola; Cayetano, por su parte, trata de entonar el cuerpo con la sopa. Termina y sale afuera. Aspira una reconfortante bocanada de aire helado. Pasa junto al resto de los viajeros que, acurrucados bajo sus ponchos, apenas cruzan palabra entre ellos, y se aleja un poco para orinar al borde de un precipicio. El alivio que siente mientras descarga la vejiga se mezcla con la impresión de misterio y belleza que le producen la impresionante sucesión de moles nevadas que se alzan frente a él. Sin haberlo percibido, Hugo se ha colocado a su vera y, con total falta de pudor, se entretiene en hacer oscilar la trayectoria de su meada sobre el vacío.

- Lindo paisaje, ¿eh doctor?

- Cierto – le responde Cayetano, atónito por el desproporcionado alcance del chorro de Hugo comparado con el suyo. - ¿A que altura estaremos?

- Pues calcule que como a cuatro mil. Nunca meó tan alto, ¿no doctor?

- Bueno, estarás satisfecho, – despeja Cayetano los comentarios escatológicos de Hugo.

- ¿Por qué?

- ¡Hombre! Vas a hacer trabajo de campo antropológico. ¿Es que no te hace ilusión?

- Pssé. Preferiría irme a Europa.

- Te vendrá muy bien tener experiencia investigadora.

- Sí, pero no aquí.

- ¿Por qué? Esta es tu tierra. Estás entre tu gente. Los vas a conocer mejor.

- Ya los conozco yo a estos – dice dejando traslucir el desdén en su voz.

- Son tu gente.

- No son mi gente – aclara enseguida. - Yo no soy como ellos. Ellos son campesinos y yo soy de la ciudad. Esta gente es ignorante. Se conforman con pasarse la vida cultivando unas míseras chacras de papas y pastoreando sus llamas. No les interesa progresar.

- Dime, Hugo ¿por qué has estudiado Antropología?

- Porque me interesa la cultura inca. Mis antepasados.

- También lo fueron de esta gente.

- Estos son una degeneración. Ya no son incas. Los incas eran inteligentes y cultos. Tenían una organización social igualitaria y conocimientos de astronomía. En cambio éstos ya ve. Huelen que apestan – concluye subiéndose la cremallera.

La voz pastosa del conductor llama a los viajeros.

-¡Vamos, vamos, vaaamos!

Esta vez, Cayetano se adelanta a Hugo, se detiene junto a la puerta de la cabina y, efectuando una versallesca inclinación del tronco, le ordena: "Tú primero". En mitad del gesto, Cayetano se queda de piedra al ver el estado en que se encuentra el neumático. No es que presente un mayor desgaste del mínimo de seguridad, es que le cuelgan melenas de hilachos y le salen algunos tomates de la cámara por los agujeros de la cubierta.

- ¡Hostias!- suelta.

-¿Mande, doctor? - pregunta Hugo que trata de acomodarse en el centro del sillín.

-¿Has visto esta rueda, Hugo?

- No, doctor – dice tranquilamente. ¿Se ponchó?

- No, pero le falta poco - contesta él subiendo a su vez.

El conductor arranca el motor, eructa y dice algo en quechua. Cayetano se acerca al oído de Hugo.

- ¿No crees que este tipo está algo borracho? - le susurra.

- Bastante, doctor - le responde sin parecer darle la mayor importancia.

- ¡Esto es una imprudencia, seguro que nos despeñamos en la primera curva!

- Tranquilo, doctor. Están acostumbrados. Si no pasa nada, llegaremos bien a nuestro destino –sentencia. -Y vea, ahí tiene una buena prueba de que los apus nos protegen. Además, no hay otra, - concluye tirando de la visera del sombrero para taparse los ojos dispuesto a seguir durmiendo -¿Cómo no echa una cabezadita? Quedan ocho horas de camino.

-¡Ocho horas! - protesta Cayetano contrariado porque se había hecho a la idea de que llegarían antes del anochecer, pero también cabreado al ver que Hugo ha colocado las dos piernas al costado derecho del conducto de la transmisión, dejándolo casi sin sitio para las suyas. – Según el mapa sólo hay ciento setenta kilómetros, y estamos viajando desde las seis de la mañana ¡Llegaremos de noche!

- Sí, pues - responde Hugo. – Pero acá mejor se olvida de su mapa. En los Andes el tiempo no se cuenta en horas, sino en “tantitos”, y las distancias no se miden en kilómetros, sino en “aquisitos no más.”

Es noche cerrada cuando el único foco del vehículo que alumbra deja adivinar la sombra de una casa al borde del carril. Hay gente en la puerta, esperando la llegada del camión. Los viajeros descargan los bultos. Hugo se apresura a bajar las mochilas de lo alto de la cabina.

- ¿Queda lejos la casa de tus familiares, Hugo?

- Esstoo... verá, doctor, se me olvidó decirle. Recién viajaron ayer al Cusco. Cosa de médicos.

- ¡Y dónde carajo te parece a ti que vamos a dormir a estas horas! Esto no tiene aspecto de tener ni una mísera pensión - le reprende Cayetano.

- Tranquilo, doctor, no se sulfure. Ahorita mismo lo arreglo. De todos modos, sólo podemos dormir unas cuantas horas. El camión sale a las cinco de la mañana para...

- ¿Me estás diciendo que todavía no hemos llegado? -le interrumpe.

- Si, digo, no. Es decir, este camión no llega hasta arriba del todo. ¡Hay que cambiar, pueess!

- Hugo - dice Cayetano tratando de contenerse - empiezo a pensar que no eres más que un mentiroso embaucador; que esta mañana hemos perdido el autobús porque el camión es más barato y te has embolsado el sobrante, si es que alguna vez hubo autobús; que nunca tuviste familia aquí; y que conoces esta región más o menos como yo. Dime, ¿hablas quechua?

- Usted me ofende, doctor -responde Hugo todo digno.

- ¡Pues claro que te ofendo! -profiere Cayetano- Me cuestan un montón de plata, de la que, por cierto, ya te he dado la mayor parte de lo convenido para hacer la reserva de un billete de avión para Europa, porque era más barato. Mientes más que hablas. Ya puedes apurarte en buscar dos camas dónde dormir.

Hugo desaparece dejando a Cayetano sentado sobre los bultos. El resto de los viajeros se ha esfumado en la oscuridad de la noche. La temperatura ha descendido drásticamente y se ha levantado un viento helado que atraviesa el chubasquero. Da saltos para mantener algo de calor en el cuerpo. Al cabo de veinte minutos aparece Hugo.

- Todo oquei.

Atraviesan el poblado y llegan a una casa situada en las afueras. Hugo llama a la puerta. Una mujer se asoma al ventanuco del piso de arriba, intercambia unas palabras en quechua con Hugo y deja caer una llave. Dan vuelta a la casa y entran por un portón trasero.

- Verá, doctor. La señora nos ha alquilado un cuarto acá atrás- dice mientras abre. Pero no hay camas.

- ¡Que no hay camas! - grita reprimiéndose los deseos de echarle las manos al cuello.

- O sea, sí hay camas, pero mejor no las usamos. Siempre tienen sus pulguitas y sus chinchitas. Mejor nos metemos en los sacos y dormimos tan calentitos a salvo de intrusos. ¡Es más seguro, pueesss!

- Cómo no, Hugo. Lo que tú digas – se da Cayetano por vencido- Pero vamos a dormir. Estoy roto.

Entran. Hay un extraño olor acre. Con ayuda de la linterna extienden los sacos sobre un montón de maíz. Se meten dentro y apagan.

- ¿Sabes, Hugo?- dice dando un bostezo. - En mi vida me he encontrado a nadie más tramposo que tú. ¿Es que no tienes principios?

- Cómo no, doctor. Igualito que usted – afirma dándole la espalda – Sólo que yo tengo que principiar distinto.

Cayetano se queda sin respuesta. Se da media vuelta y se duerme.

A eso de la media noche los despierta un estruendo.

-¡No se muevan, caracho, o los cosemos a tiros!- oyen alarmados que alguien les grita desaforadamente, abriendo de una patada la puerta del corral. Antes de que puedan reaccionar, sus rostros somnolientos y aterrados están siendo enfocados por las linternas de dos soldados.

-¡No disparen! - grita Hugo - ¡Somos investigadores en misión científica!

-¡Identifíquense al toque! – inquiera el soldado que los tiene encañonados con el fusil.

Ambos se apresuran a rebuscar los documentos en las mochilas. Cayetano enseña el suyo y se percata del temblor de la mano.

- Soy profesor de la Universidad de París y voy a hacer trabajo de campo. Él es mi ayudante.

- ¿Tienen conocidos por acá?

- Yo tengo mis tíos en el pueblo de al lado.

- ¿Y cómo es que no duermen allá?

- Mi tía está muy enferma. Tuberculosis. Y aquí el doctor no quiere que lo contagie – excusa Hugo.

- ¿Y cómo es que un doctor tiene miedo a un enfermo?
- Es que no soy doctor en medicina, sino doctor en Antropología.
- Ah ya – dice el soldado con tono convencido. - Estooo... y qué dijo que es.
- Antropólogo.
- Es un señor muy importante –se apresura a intervenir Hugo.
- Está bien. Pero vayan con cuidado. Hace dos días que pasó por acá una columna de *terrucos* hijos de puta. Se jodieron a dos campesinos.
- No se preocupe usted –le asegura Cayetano- nosotros vamos a lo nuestro. Procuraremos evitarlos por la cuenta que nos trae.
- Salen los soldados y el corral vuelve a la oscuridad.
- Nos libramos por los pelos- dice Hugo tras un rato de silencio, el tiempo que les ha tomado recuperar el aliento para hablar. -¿Qué hora es, doctor?
- Las dos y veinte – responde Cayetano enfocando su muñeca con la linterna.
- Mejor dormimos.
- No sé si podré. ¿Crees que estamos seguros aquí?
- Claro. Ya nos libramos de los *sinchis*, y los *terrucos* nunca llegan tan rápido después de que éstos se vayan.
- Está bien. Pero dejaré la linterna a mano, por si acaso. Empiezo a temer que vamos a tener dificultades para hacer trabajo de campo.

- Ya duérmase. Así es el Perú.

El despertador suena a las cinco menos diez. Se levantan apresurados y atraviesan el pueblo corriendo hasta llegar sin aliento a la plaza. Una hora y media después, viajan en el cajón del camión, amontonados entre personas y bultos. Cayetano tiene atorado un pie entre dos sacos de papas, pero no dispone del espacio necesario para liberarlo; tan sólo consigue acomodarlo un poco mejor con el traqueteo del vehículo. La temperatura debe andar bajo cero todavía y a alguien se le ha ocurrido extender un plástico sobre el pasaje para protegerse del frío. A Cayetano le parece que va a desmayarse a causa del penetrante olor a orines resecos.

Así andan unas dos horas, hasta que recorren el plástico. Todos quedan deslumbrados por la intensa luminosidad de la mañana. Las caras se llenan de sonrisas y comienzan a hacer alegres comentarios en quechua, de los que Cayetano consigue distinguir varias veces la palabra *Wiracocha*. Ha reparado que la dicen mirándolo a él. Va a preguntarle el significado a Hugo y comprueba que no se encuentra en el cajón. Por un momento se teme que lo haya abandonado por la discusión de la noche anterior y lo invade el desamparo. Busca el equipaje y ve con alivio que no falta ninguna mochila. Como se encuentra cerca del costado derecho de la cabina, se agarra

como puede a los travesaños y con medio cuerpo fuera, se inclina hasta la ventanilla para preguntar al conductor.

- ¡Será cabrón el tío! – gruñe al ver a Hugo durmiendo en el asiento contiguo del conductor, con el sombrero inclinado sobre los ojos.

El camión renquea en la inmensidad del paisaje, bordeando cerros, atravesando cañadas, salvando cursos de agua y evitando por milímetros despeñarse por barrancos de vértigo. Tres horas más tarde se detiene en un rellano donde culmina el último tramo del carril. Hay una pequeña iglesia de adobe y, enfrente, un edificio con aspecto de haber sido una escuela. Parecen abandonados. En un radio de unos tres kilómetros, Cayetano calcula que debe haber una treintena de cabañas de muros de pizarra y techados de ichu desperdigadas por los cerros. Bajan los viajeros y, cargados con sus grandes fardos, se dispersan por los senderos divergentes. Ellos dos cogen su equipaje y se dirigen hacia donde les acaban de indicar que se encuentra la casa alquilada. Ascienden por un repecho de fuerte pendiente y, cinco minutos después, completamente exhaustos, dejan caer las mochilas en el rellano junto a la puerta de la cabaña, desplomándose sobre ellas. Cuando recuperan el aliento, se levantan y entran en la casa.

- ¡Caracho! ¡Joder! – exclaman al unísono cuando abren la puerta.

Ante ellos hay una pieza rectangular de unos quince metros cuadrados, un único ventanuco de apenas medio metro cuadrado y un fogón en un rincón. Ningún mobiliario, ningún cacharro de cocina, nada, salvo una lata de conservas vacía tirada en medio de las cenizas apagadas del fogón y un banquillo de madera al que le falta una pata.

- ¿Cuánto me dijiste que habías pagado por este cuchitril inmundo?

- No se lo dije, doctor. Doscientos cincuenta dólares para el tiempo que quiera. La inflación no perdona. Usted sabe.

- Sí, yo sé. Pero ¿no crees que es algo caro, Hugo?

- Sí, pues. Pero no hay otra.

- Habrá que buscar una familia que nos dé de comer y otro sitio para dormir algo más confortable que éste. Aquí podemos morir congelados. Y te advierto que tendrás que arreglártelas con lo que te he adelantado. No te daré un inti más hasta que hayamos vuelto al Cusco. Así que, ahora mismo te vas y no regreses mientras no hayas encontrado una solución. Yo voy ahí atrás un momento, ya no aguanto más.

Cuando Cayetano regresa de la parte trasera, repara en que el camión se ha ido. No ve a nadie. Seguramente, Hugo debe andar en alguna cabaña solucionando el hospedaje. Media hora después de dar paseos por los alrededores de la cabaña, decide bajar al rellano para ver si

lo encuentra. Se sienta a esperar bajo el quicio de la puerta de la iglesia. Apoya la espalda en ella y ésta cede. Entra. Debe hacer siglos que no se dice misa allí. Los bancos han desaparecido y no hay ninguna imagen. Las vigas del artesonado están desvencijadas. Cruza hasta la escuela. Aunque su construcción es relativamente reciente, se encuentra igualmente en un estado ruinoso. Las ventanas no tienen cristales ni marcos, parte de la techumbre se ha venido abajo y la tizne de los muros indica que en algún momento debió de haber un incendio. Los restos de un viejo mapa del Perú y algunos maderos quemados en el suelo lo corroboran. Ningún pupitre, ninguna silla. En la pared, donde un día debió de estar la pizarra, hay una pintada que alguien ha tachado posteriormente: *Viva el partido comunista del Perú. Debajo: Terrucos de mierda, entramos esta noche a sus casitas, comeremos sus tripitas, beberemos su sangrecita, cortaremos sus cabecitas, picaremos sus ojicos, aplastaremos sus tobillos. Más allá: Sinchis asesinos. ¡Muera el imperialismo! ¡Viva la revolución del campesinado! ¡Viva Sendero Luminoso!* Debajo hay una gran mancha de lo que parece ser sangre seca.

Cansado de esperar, Cayetano piensa que quizás Hugo ha vuelto a la cabaña por otro camino. Echa a andar de nuevo sendero arriba, pensando en cómo se las van a arreglar para instalarse con un mínimo de comodidad cuando, de súbito, se le ocurre la posibilidad de que Hugo

se haya marchado en el camión. Acelera el paso y llega a la casa ahogándose.

-¡Hijo de la gran putaaaa! - chillaba con desesperación al comprobar que falta la bolsa de Hugo entre los bultos amontonados junto a la puerta.

El eco resuena por los pelados cerros y, de inmediato, vuelve a reinar el silencio más absoluto. Sólo se escucha el silbido de la brisa helada que recorre los terruños pelados, doblgando los recios matojos de ichu. Mira a su alrededor. El paisaje es desolador. Una tras otra, escudriña con ansiedad las cabañas que se avistan desde la suya, sin atisbar indicio alguno de presencia humana. Otea cada centímetro cuadrado del barranco y las laderas de los cerros tratando de identificar cualquier cosa que se mueva, que tenga vida, algo que le mitigue la impresión de espacio muerto que aquel paraje le está sugiriendo. Nada. Los lugareños deben de andar pastoreando sus llamas. No le queda más remedio que esperar a que regresen. Se siente profundamente cansado por la falta de sueño acumulada en los dos últimos días y lo duro del viaje. Decide echarse a dormir un rato.

Toc, y segundos después, Toc. Hace rato que le parece estar oyendo unos golpes secos en la puerta. Toc, otra vez. Como si alguien estuviera tirando piedras. Toc, toc, toc, suena de nuevo. Presta atención. Percibe los susurros de voces infantiles. Hablan en quechua. Retira los bultos y se

incorpora. Tiene los huesos doloridos y los músculos entumecidos. Le faltan las fuerzas, pero ante la insistencia de los golpes se levanta.

- ¡Quién anda ahí! - grita.

Nadie contesta. Sale afuera.

Apenas le da tiempo de ver la cara de susto que ponen los tres chiquillos ante la aparición de un hombre alto, delgado, de piel pálida, desgredado y la barba sucia. Se queda mirándolos correr despavoridos sendero abajo seguidos de una pequeña alpaca. Van gritando algo así como: ¡ñakak!, ¡ñakak!, ¡ñakak! No paran hasta que llegan a la loma vecina. Allí se unen a un hombre y una mujer que conducen un rebaño de llamas. Debería bajar hasta el cruce y preguntar cuándo vuelve el camión. Está sediento. Se acerca al arroyo que pasa junto a la cabaña. Se quita los guantes, rompe la placa de hielo, se enjuaga las manos y la cara y bebe con avidez hasta que ya no puede resistir el dolor de dientes por el agua helada. Cuando se incorpora, ve a un grupo de hombres que viene hacia su cabaña. A unos quince metros de distancia, se detienen. Van armados con palos; uno de ellos lleva un fusil de madera. Le dicen algo en quechua. Trata de acercárseles, pero al primer paso le gritan con gestos amenazadores para que se detenga. Uno de ellos se aproxima con cautela.

- Si eres *terruco* o *sinchi*, vete.

- No soy *terruco* ni *sinchi*. ¿Cuándo viene otra vez el camión?

- A lo mejor mañana.
- Cuánto se tarda en bajar hasta el pueblo más próximo.
- Un día.
- Entonces mañana bajaré caminando si no viene el camión – dice completamente decidido a salir de allí.

Se produce una discusión entre ellos. Por fin, parece que deponen su actitud agresiva y se marchan en silencio. El más joven de ellos se le acerca y le dice que puede quedarse hasta el día siguiente.

- ¿Hay más gente por aquí que hable español?
- Los hombres entienden y algunos saben leer.
- ¿Cómo lo aprendiste tú?
- Un maestro vino a enseñarnos.
- ¿Ya no viene?
- Ya no.
- ¿Alguien me vendería algo para comer?
- En mi cabaña hay sopa de quigüicha y papas.
- ¿Cómo te llamas?
- Toribio.
- ¿Vives solo, Toribio?
- Sí, ahisito. - Apunta con el dedo a la cabaña más próxima, unos cincuenta metros más abajo, junto al sendero que conduce al rellano de la iglesia y la escuela.

Bajan, bordean el aprisco y entran. El interior está oscuro. El único ventanuco está cubierto con un plástico. Hay mucho humo y un fuerte olor a estiércol. En un rincón, un montón de brasas está a punto de extinguirse.

Sobre ellas, tres piedras sostienen una olla abollada, renegrida de tizne. Cuando las pupilas se le adaptan a la penumbra, Cayetano ve varios cuyes correteando de un lado para el otro. En uno de los rincones hay una tinaja y unas cajas de cartón. Una mesa destartalada y dos banquetas componen el único mobiliario de la estancia. Supone que el montón de paja de ichu, sobre el que hay varias pieles de llama, sirve de cama al muchacho.

Toribio saca de un cubo un puñado de excrementos secos. Los coloca sobre las ascuas y sopla hasta que se encienden. Luego, abre la olla y remueve con una cuchara de madera.

- ¿Cuántos vecinos quedan aquí?
- Harta gente había antes. Ahora setenta y siete somos.
- ¿Todos os dedicáis al pastoreo de llamas?
- Sí.
- ¿Por qué no te has ido tú también?
- Estoy enfermo.
- Qué enfermedad tienes.
- Me dan temblores.
- No tienes familia aquí.
- Mi tía. Ella me cuida. Vive aquisito no más, en la cabaña de enfrente.
- ¿Y no hay más gente de tu edad?
- Muchos murieron.
- ¿Es que hubo alguna epidemia?
- Los mataron.

- ¿Quiénes?

- Los *terrucos* vinieron y a unos mataron. Los enterraron a toditos juntos. Luego, los *sinchis* vinieron. Mataron a más. Los otros se fueron al Cusco.

- ¿No hay muchachas?

- Los soldados abusaron de ellas. Se fueron. A mi hermano también mataron.

Cayetano coge el plato de hojalata y la cuchara que le ofrece el joven. Se sienta en el suelo, junto al fogón y se deja servir la sopa. Casi no sabe a nada, pero al menos está caliente. Poco a poco va entrando en calor y se siente algo más reconfortado. Comen en silencio, entrecortado por los sorbidos de Toribio cada vez que se lleva la cuchara a la boca. Fuera, el viento ha empezado a soplar con fuerza y silba a su paso por las rajadas de la puerta. El plástico del ventanuco se abomba hacia afuera y hacia adentro, plof, plof. Parece que se va a romper en cualquier momento.

Cuando termina de tomar la sopa, Cayetano se levanta y sale. Una espesa niebla asciende desde el fondo del barranco y está a punto de alcanzar la cabaña. Debe darse prisa si quiere llegar hasta la suya antes de que oscurezca por completo. Siente frío y se resiste a pensar que tendrá que pasar otra mala noche como la anterior. Quizás a Toribio no le importe acogerlo. Le pagará por ello. Se lo dice, pero el joven se niega a cobrarle. Éste se levanta, coge dos jarros de latón, destapa la tinaja y los llena.

- Chicha es – dice, ofreciéndole un jarro.

-Qué bien, Toribio, gracias. Así nos mantendremos a tono.

El viento sopla cada vez con más violencia sobre el techado de ichu. Cuando apuran los jarros, vuelven a llenarlos en la tinaja. Toribio le dice que también él se irá algún día en el camión a trabajar de cargador en el mercado del Cusco, como su hermano. Le cuenta que su madre murió de tuberculosis. A medida que habla, su conversación se va intercalando cada vez más de palabras quechua y la voz se le vuelve gangosa por los efectos de la chicha.

- ¿Qué significa la palabra *ñakak*, Toribio?- pregunta Cayetano mientras se desata el cordón de una bota.

Silencio. Busca los ojos del muchacho. Lo están mirando fijamente con una expresión entre suspicaz y asustada.

- ¿No lo sabes? – insiste.

- Es un hombre malo – dice Toribio receloso.

- ¿Y por qué es malo ese hombre?

- Anda por los caminos matando a la gente para sacarle la grasa.

Cayetano cae en la cuenta de que los niños lo han confundido con algún personaje del imaginario popular, seguramente emparentado con el tío del saco o el sacamantecas de sus años infantiles. Recuerda que su abuela se lo mentaba para amedrentarlo cada vez que salía

con la pandilla a robar habas o fruta y regresaba tarde, casi sin luz del día.

- Y cómo son los *ñakaks*, Toribio.

- Tienen la piel blanca y barba.

- Y tú, Toribio ¿crees que existen los *ñakaks*? – bromea Cayetano.

Sin dejar de mirarlo, el chico se limita a esbozar una mueca y a encogerse de hombros por respuesta. Pero de su expresión cabe inferir no sólo que cree en los *ñakaks*, sino que en ese momento no las tiene todas consigo de que el barbudo sucio y greñudo que está sentado frente a él no sea uno de ellos. Cayetano decide que mejor cambia de conversación. Es evidente que la simple alusión a los *ñakaks* lo ha alterado. Su respiración se ha vuelto excitada, entrecortada. La expresión del rostro adquiere formas grotescas por el reflejo de la lumbre. Le tiembla la mano con la que sostiene el jarro, empieza a derramar la chicha sobre el suelo. Cayetano se le acerca con la intención de quitárselo. El muchacho reacciona y le golpea en la cara. Él intenta sujetarle el brazo; pero el chico se zafa y alcanza un cuchillo que hay sobre la mesa. Cayetano se levanta y, de un salto, consigue salir de la cabaña.

La noche es cerrada. Su bolsa con la linterna está dentro. Durante un rato permanece expectante junto al ventanuco, a la espera de ver cómo reacciona el joven. No ocurre nada. Sólo alcanza a oír unos extraños resoplidos procedentes del interior. El frío es insoportable. Se asoma

con cuidado y ve en la penumbra al muchacho tumbado boca arriba, sobre el montón de paja, dando violentas convulsiones. Tiene el cuchillo entre los dientes. Él no se atreve a entrar. Minutos más tarde, cuando deja de oír los gemidos, pasa confiado en que el estado de embriaguez del muchacho le impida reaccionar. Parece que se ha desmayado. Se aproxima y le quita el cuchillo de la boca. Sus ojos abiertos mantienen la expresión de miedo. Por la comisura de sus labios entreabiertos, sale un colgajo de saliva. Sin duda, el joven padece de epilepsia y ha sufrido un ataque. Cayetano le echa encima una de las pieles de llama y carga con la otra al hombro, saca la linterna de la bolsa y sale de la cabaña. La niebla es espesa y la luz del foco no alcanza más allá de dos metros. Camina ladera arriba poniendo cuidado de no resbalar sobre el ichu húmedo. Cuando llega a la cabaña, apalanca la puerta por dentro con la mochila, extiende la piel en el suelo y, una vez dentro del saco, se echa sobre ella. Luego se cubre con toda la ropa que encuentra a su alcance y se mantiene alerta a cualquier ruido procedente del exterior. Sólo oye el ulular del viento.

A la mañana siguiente sale de la cabaña y ve con alivio el camión aparcado en el rellano. No puede permitir que se le escape. A saber cuándo volverá a subir hasta este lugar siniestro. Corre pendiente abajo y no para hasta que llega al rellano. Saluda jadeando al conductor y le pregunta cuánto tardará en salir. El tiempo que le lleve en

cargar los fardos, le contesta señalando un montón de pieles apiladas junto a la escuela. Cayetano le pide, por favor, que lo espere. Vuelve corriendo a recoger sus cosas.

¡Qué sentido tiene que me quede aquí, en el culo del mundo, entre cuatro pastores de llamas! – va farfullando– Y, para colmo, el primero con el que me topo me sale epiléptico y casi me mata anoche el tío. Ni hablar. Si al menos no me hubiera traicionado ese *brichero* hijo de puta. Te vas a enterar en cuanto llegue al Cusco. Bueno, en cuanto llegue, lo primero será darme una ducha, debo de estar asqueroso. Y además, qué coño voy yo a comer aquí. ¿Las ratas esas? Y el frío, ¡Quién soporta este frío!. Aquí me gustaría a mí ver al Viejo Tótem. Tanto cuento por cuatro semanas de trabajo de campo que hizo en su puta vida: que si el barro y los bueyes que se les morían. Y el tío llevaba toda una caterva de ayudantes con él. No solo, como yo. ¿Y los otros? ¡Ja! Tanto rollo con los mosquitos y con el calor de África, que si dos días en piragua río arriba para llegar a la aldea, que si la soledad, que si hambre y peligros. Sííí, claaaro. ¡Los grandes padres fundadores de la disciplina! Y luego te enteras, porque todo se acaba sabiendo, que uno se pasaba el tiempo bebiendo cerveza con la gente de la Embajada y otra cotorreando en la misión con las niñas de la catequesis; y no digamos la otra, pretendiendo estudiar a los japoneses a base de entrevistar prisioneros en la Segunda Guerra Mundial. No me extraña que el judío polaco pusiera a parir a los indígenas

en su diario de campo. ¡Profesión de cuentistas ésta! Aquí os quería yo ver, burócratas de poltrona. Por lo pronto, yo me voy de aquí y lo mando todo a la mierda. ¡A la mierda la Antropología!

Termina de recoger, da un portazo, se va. Cuando pasa a junto a la cabaña de Toribio, éste se dispone a salir con sus llamas. El muchacho lo saluda con cordialidad, haciendo patente que no recuerda nada de lo acontecido la noche anterior. Le dice que ha hablado con su tía y que también hará comida para él.

- Ya no hace falta. Me voy.

- ¿Por qué viniste, pues?

- Venía a recoger mitos – dice lo primero que se le ocurre.

- ¿Qué son mitos?

- Son historias de vuestros antepasados.

- Hartas saben los viejos – exclama orgulloso Toribio.

- Ya. Pero yo no hablo quechua y ellos no hablan español.

- Yo hablo los dos.

- La casa que me han alquilado no reúne las condiciones para habitarla.

- Puedes vivir en la mía.

- Gracias Toribio, pero ya he tomado la decisión de irme. Me espera el camión. Adiós.

Echa a andar sendero abajo.

- No te vayas, amigo – le pide Toribio, con voz suplicante.

Cayetano se queda desconcertado. Mira hacia el rellano y ve el mismo camión en el que hace veinte años abandonó el oasis del Sahara. Vuelve la mirada hacia atrás, y ve al joven que un día dejó sentado en el mirador de Tánger, a la espera de regresar de París con una respuesta que resolviera su dilema.

Sentado a la puerta de la cabaña, la espalda contra el muro, los párpados entornados, la cara expuesta a los tibios rayos del sol del atardecer, el cuaderno de campo violeta abierto sobre el regazo y el bolígrafo en la oreja, se deja acariciar por la brisa que roza su piel curtida por el frío y trae hasta sus oídos el rumor lejano de las voces de los niños que juegan abajo, junto a la iglesia. Qué rápido ha pasado el tiempo, desde que le dijo a Anselmo, el conductor del camión, que se quedaba y, tras hacerle una lista de enseres para que los trajera en el siguiente viaje, se instaló provisionalmente en la cabaña de Toribio. Y qué duras fueron las primeras semanas, a expensas por completo del muchacho para comunicarse con los vecinos, soportando los vientos helados de la puna, tratando inútilmente de mitigar las temperaturas bajo cero de la noche entre las pieles de llamas, aprendiendo a asear su cuerpo en el agua helada del arroyo, comiendo mañana, mediodía y tarde, día tras día, la insulsa sopa de quigüicha de Exaltación, la tía de Toribio. Hasta que le llegaron la mesa y las dos banquetas, la estufa y el farol de queroseno, la cafetera y los paquetes

de café, chocolate, leche condensada y galletas y pudo establecerse en su cabaña.

A partir de entonces, empezó a instaurar la serie de actividades cotidianas que cumple con la regularidad a la que le obliga la necesidad de llenar el tiempo lento de las alturas. Se levanta temprano, hace sus necesidades en la hondonada de la parte trasera de la casa, se lava en el arroyo, tras romper la placa de hielo de la superficie, enciende el fuego y se prepara el más reconfortante de los desayunos: café caliente con leche condensada y galletas. Después, llega el momento de *inventarse el día*, como así ha descrito en alguno de sus cuadernos de campo al acto de decidir las actividades de cada jornada: si acompaña a los pastores a la puna, si registra los relatos de Pedro, cuya avanzada edad, cincuenta y tres años, ya no le permite el esfuerzo de subir a diario, o si se queda en la cabaña para transcribir las conversaciones grabadas la noche anterior, ordena las notas tomadas de sus observaciones o, como ha venido haciendo con cierta periodicidad, se desplaza hasta las comunidades más cercanas de pastores o baja a las poblaciones campesinas para registrar relatos y ya, de paso, se queda un par de días con ellos.

Al atardecer, cuando oye desde su cabaña las voces familiares de los pastores arreando las llamas y las alpacas hasta sus apriscos y los gritos de los niños le avisan de su llegada, sale a su encuentro para comentar los pormenores de la jornada. Dos o tres tardes por semana va a la cabaña

de Wilfredo y Herminia para ayudar a sus cuatro nietos a estudiar los libros que él mismo encargó a Anselmo y se queda a cenar con ellos; los otros días los reparte entre los hijos de Asunta, dos niños y tres niñas, y los tres nietos de Alejandra y Manuel. Viendo sus progresos, experimenta una satisfacción que no ha conocido en su larga trayectoria docente en la universidad: tiene la plena conciencia de que su esfuerzo los ayudará a salir de una marginación cierta, como así se lo hace sentir el gesto de orgullo y agradecimiento reflejado en los rostros de los mayores, mientras aguardan con reverencial silencio a que terminen la lección.

Al principio de la estancia se le pasó por la cabeza la idea de adecuar la escuela; pero enseguida la descartó, cuando tuvo noticia de los trágicos acontecimientos que habían tenido lugar en ella a raíz de la visita de los terroristas y los militares. Además, los niños habrían tenido que andar de noche por los caminos, algo inconcebible para ellos, habida cuenta del pánico que sienten ante la fatal desventura de encontrarse con alguno de los *ñakaks* que a esas horas acechan los caminos para asaltar a sus víctimas y sacarles la grasa. Un temor que los mayores hacen explícito cuando se trata de los niños, mas no en referencia a sí mismos. Sin embargo, es palmario el cuidado que ponen unos y otros para no arriesgarse fuera de las cabañas en la oscuridad. De hecho, en más de una ocasión le han expresado sus temores porque regrese tan

tarde a su morada, aunque se guardan de sacar a colación la figura del *ñakak*. Simplemente, la noche entraña sus propios peligros.

Tanta presencia tácita o explícita del mito del *ñakak* en la vida cotidiana de los lugareños, unida al hecho de que éste personaje estuviera vinculado a su propia mitología infantil, despertó en él un especial interés por estudiarlo a fondo. Envió una nota a Angie, vía Anselmo, para que le procurase alguna bibliografía sobre el tema. Dos viajes después, junto con una botella de pisco, una bolsita con marihuana, papel de liar y una hoja en blanco con unos gruesos labios de carmín impresos, Anselmo le trajo un montón de artículos fotocopiados. Uno de ellos aludía a una noticia aparecida en un periódico reciente; señalaba que el personaje del *ñakak*, también conocido como *pistako* en los Andes centrales, había hecho su aparición por primera vez en las barriadas de Lima. La hipótesis mantenida por su autor vino a corroborar sus propias intuiciones, al concluir que tal circunstancia es coincidente con la creciente actividad terrorista en los alrededores de la capital. Y la sustentaba en el hecho de que el mito tenga mayor vigencia en zonas como Ayacucho y Huancavelica, donde Sendero Luminoso y el ejército están más presentes. Se trata, pues, de un fenómeno de revitalización de un mito ancestral que concuerda con la tesis, mantenida por otro autor, de que ello tiene lugar en los momentos de la historia peruana en que la violencia social

ha adquirido su expresión más extrema. Así, durante la cruel campaña de extirpación de las idolatrías lanzada por el virrey Toledo en el siglo dieciséis, cuando, según rezan las crónicas, los andinos personificaban a los sacramantecas en la figura de los españoles, quienes les extraían el sebo para, según aquéllos, engrasar las campanas de sus iglesias. En la actualidad, han surgido otras variantes populares del mito: una, sostiene que su destino es engrasar, no ya las campanas de las iglesias, como antaño, sino las modernas computadoras; otra versión más reciente afirma que la grasa obtenida sirve al Estado peruano para pagar su ingente deuda al Fondo Monetario Internacional.

De ese y otros muchos temas, casi siempre relacionados con la mitología local, conversan después de cenar al calor del fuego, los niños dormidos en el camastro al fondo de la estancia, hasta que los bostezos de cansancio de los anfitriones le indican que es tarde. Entonces él, de paso hacia su cabaña, suele acercarse a la de Toribio, echan unos cigarrillos y beben unos cuantos jarros de chicha, o de cañazo, los días que lo trae el camión, a veces sin intercambiar palabra, otras charlando sobre asuntos intrascendentes, las más tratando el joven de responder las complicadas y extrañas preguntas del antropólogo, hasta que, en un estado de leve melopea que lo protege del frío helado de la noche, linterna en mano, toma el sendero de regreso a su morada, echa una meada humeante antes de

entrar y, no sin antes golpear en la puerta para avisar de su llegada a la rata con la que comparte la cabaña, atiza el fuego y se embute entre pieles de llama que le proporcionó Wilfredo.

Cuando la monotonía se le ha hecho insoportable, ha metido en la mochila el cuaderno de campo, el termo con café con leche, un paquete de galletas y chocolate y se ha dedicado a recorrer los parajes más desolados y hermosos del mundo, de cerros marrones tapizados de ichu, sin un solo árbol en muchos kilómetros a la redonda y sin otro indicio visible de vida animada que no sean las vizcachas que acuden a beber a la laguna, cercana al punto donde comienzan las nieves perpetuas, o la pareja de cóndores que tiene localizada en uno de los valles bajos (Margaret y Bronislaw, los ha bautizado en honor a los dos famosos antropólogos). Allí se pasa las horas, observándolos dejarse llevar por las ascendentes corrientes de aire caliente, tumbado boca arriba en un saliente suspendido en el vacío, a casi cuatrocientos metros de altura sobre el caudal de agua que recorre el lecho del valle, o bien contemplando desde su atalaya privilegiada la enormidad casi infinita del paisaje, sólo interrumpido en la lejanía por las interminables cadenas de nevados de más de cinco mil metros.

Lo que son las cosas: ahora que lo piensa, se le había olvidado ya el miedo con que andaba durante sus primeras excursiones porque pudiera tropezarse con

alguna columna senderista o con una patrulla militar, lo mismo daba, pues tanto unos como otros habían dejado ya su reguero de sangre en la comunidad. Pero, quizás porque ya nada más les quede por hacer en estos lares perdidos de la mano de Dios y del Estado, el caso es que ni los iluminados empeñados en hacerse con el Estado para emular a Dios, ni los que se juegan la vida empujados por la miseria para proteger al mismo Estado que se la procura, han vuelto a aparecer por allí. De modo que los pastores empezaron a descuidar las rondas de vigilancia que desplegaron tras las matanzas de los jóvenes y él fue perdiendo el temor a alejarse del *ayllu*.

Ha sido en esos momentos de soledad apacible cuando se ha preguntado de dónde mana la indefinible emoción que siente sabiéndose tan lejos de todo cuando constituye el mundo al que pertenece, y que tan íntimamente ligada ha intuido que debe estar con su elección de la Antropología como profesión. Y a fuerza de escudriñar en los recovecos de su vida, ha querido identificar en un personaje de su adolescencia las fuentes donde pudo emanar el mito fundador de esa vocación: Robinsón Crusoe. Tantas veces ha vuelto su imaginación a visitar ese tiempo pasado, que incluso ha llegado a recordar cuándo sucedió su primer encuentro: fue durante unas vacaciones estivales en la casa de sus abuelos, en Andalucía, un caluroso día en que se refugió a leer debajo de la higuera que había junto a la alberca, al fondo del huerto, harto de

que los muchachos del pueblo le hicieran la vida imposible llamándole *franchute* maricón porque no le gustaba participar en sus juegos violentos. Se ha preguntado por qué se identificó tan íntimamente con el personaje creado por Defoe, y ha resuelto que, quizás, porque le permitía perderse de todo cuanto le rodeaba, o acaso porque viera en la lucha del náufrago por sobrevivir en una isla desierta su propia lucha por adaptarse a un mundo que no acababa de entender bien, y la isla representara para él un refugio donde recrear un mundo menos constreñido por los condicionantes sociales, más acorde con el que él necesitaba imaginar.

Con que extraña precisión ha conseguido su memoria reconstruir aquellos días felices del estío adolescente en la sola compañía de Robinsón: sus denodados esfuerzos por no rendirse al embate de las olas tras el naufragio, los trabajos por recuperar restos del barco, la complicada construcción de la cabaña, los recorridos por los parajes de la isla tratando de capturar las cabras silvestres, los largos paseos por las doradas playas bordeadas por cocoteros mecidos por la brisa marina. Por eso le ha costado comprender que tanta identificación con Robinsón se tornara de repente en dolorosa decepción el día que se toparon con la huella de un pie desnudo marcada en la arena. Se ha vuelto a configurar en su memoria, con desagradable nitidez, la cara de estupefacción que puso Robinsón ante el hallazgo, completamente excitado,

mirando y escuchando a su alrededor y luego, fuera de sí, recorriendo la playa a lo largo y a lo ancho en busca de algún otro vestigio, para regresar de nuevo y asegurarse de que no había sido producto de su fantasía. Pero no, allí estaba muy precisa la huella de un pie, los dedos, el talón, todas sus partes. No podía imaginarse cómo había llegado hasta allí. Después de infinitas ideas confusas, como sólo se le pueden ocurrir a un hombre absolutamente perplejo, volvió a su fortificación, aterrado hasta lo indecible, mirando para atrás a cada dos o tres pasos, confundiendo cada arbusto, cada árbol o tronco lejano con un hombre. Aquella hendidura en la arena alteró por completo el ánimo del naufrago porque suponía el final de su confinamiento en la isla. Supo él, así, que Robinsón no era el héroe que tanto admiraba. Aquel hombre nervioso, lleno de ansiedad por dar fin a su soledad, se había vuelto a sus ojos un tipo vulgar cuyo triste destino lo había abandonado a su suerte en una isla desierta; un hombre común y corriente, desesperado por volver a ser uno más entre sus iguales. Cómo lo odiaba mientras hacía oídos sordos a sus requerimientos para que abandonara su pretensión de liberar al caníbal cautivo y lo dejara ir. Lo despreció viéndolo hacer señas al nativo asustado. Con cuánta impotencia derramaba lágrimas mientras el indígena avanzaba hacia Robinsón y, arrodillado, besaba la tierra, apoyaba la cabeza en ella, cogía el pie de su salvador y lo ponía sobre su cabeza. Aquel gesto de

agradecimiento y sumisión daba fin a los días felices de soledad compartida en la isla. Nada volvería ya a ser igual entre Robinsón y él.

Algunas tardes más volvió a perderse en las páginas de su amado libro; pero, invariablemente, acaso sin ser consciente de ello, dejaba la lectura cuando se acercaba el infausto momento del descubrimiento de la huella del pie en la arena. Y así, empezaba el libro una y otra vez, día tras día, hasta que los primeros atardeceres de septiembre fueron apagando la cálida luz de agosto anunciándole que tenía que volver a París, al reencuentro con los compañeros del colegio, con los profesores, con los demás, con la pesada realidad. No le apetecía; pero, qué remedio, acabó por aceptar que los otros eran un destino ineludible que, con el tiempo, aprendió a asumir.

Se olvidaría de Robinsón; mas en alguna escondida ensenada de su subconsciente quedó abarloado el deseo de regresar un día a la isla desierta de su adolescencia. Años más tarde, debió intuir que, de entre todas posibilidades que se abrían ante él, la Antropología podía conducirlo de nuevo hasta ella. Y a una isla lo llevó, en efecto, sólo que ésta no estaba rodeada de agua, sino de un inmenso desierto de arena. Allí, en el oasis de su primer trabajo de campo, volvió a experimentar las sensaciones felices vividas en su isla, aunque esta vez, para su sorpresa, disfrutó también de la estrecha relación con los tuareg. Una situación en la que se combinaba el placer de

la soledad y el gusto por la convivencia, cuyo significado profundo entonces no tuvo el tiempo necesario para llegar a comprender porque se lo impidió el código de conducta disciplinar. Ha tenido que esperar veinte años para poder desentrañarlo: el oasis del Sahara, como también lo es ahora el *ayllu* andino, son metáforas de su isla. Sólo que, a diferencia de la isla de sus sueños adolescentes, éstas no están habitadas por un personaje imaginario; un personaje que podía recrear a su antojo en cada lectura, y, al hacerlo, se recreaba a sí mismo y recreaba el mundo para encontrar acomodo en él. Ha comprendido que las islas de su edad madura significan la posibilidad de alejarse de sí mismo para encontrarse con el otro real. De modo que no era el aislamiento de los demás lo que él buscaba en el trabajo de campo antropológico, como llegara a inferir de su mitología adolescente, por mucho que tiene en los frecuentes momentos de soledad que esta actividad comporta, duros hasta rozar el desvarío, casi siempre inevitables, a veces procurados, algunas de las experiencias espirituales más intensas de su vida. En su isla andina ha aprendido que los otros son horizonte del territorio de sentido del yo, y que el camino hacia ellos pasa ineludiblemente por uno mismo. Mas también que, una vez alcanzado ese horizonte, éste se transforma en frontera y, antes o después, en prisión.

Por eso sabe que ha llegado el momento de alejarse de aquí. Porque al temor inicial de no ser aceptado por los

lugareños, paulatinamente convertido en respeto, incluso en aprecio a algunos y en afecto profundo y sincero por Toribio, al excitante descubrimiento de nuevas sensaciones, olores, colores, sonidos, gustos y texturas del principio de su estancia, a veces agradables, otras desagradables y hasta repulsivas (¡esos cuyes!), tan difíciles de describir a falta de palabras adecuadas; a la extrañeza producida por comportamientos sin un sentido aparente, a todo ese cúmulo de emociones y vivencias nuevas, le ha seguido la cotidianidad repetitiva y previsible y, finalmente, los cada vez más frecuentes ratos de aburrimiento y tedio. Casi nada le despierta ya el mismo interés que al principio. Y lo que es peor aún, le empieza a pesar tener que representar el personaje que los pastores esperan que interprete de sí mismo, y sus excursiones solitarias ya no le proporcionan igual efecto liberador. Así que tendrá que afrontar la tristeza que le produce irse de allí, que procura combatir imaginando la cantidad de pequeños actos cotidianos que tanto ha echado de menos en este exilio necesario, presintiendo ya el placer divino de sentarse en un retrete, meterse lenta, voluptuosamente, en una bañera llena de agua caliente, dormir en sábanas limpias, tener luz con sólo apretar un interruptor, andar por una calle concurrida inmerso en el anonimato, tomar un vasito de pisco en el Café del Viajero, con música de fondo, el ambiente cargado de humo y gente con la que charlar sin tener que registrar ni analizar

constantemente qué dicen y qué quieren decir con lo que dicen, cómo, por qué o para qué lo dicen; pasear la mágica noche cusqueña, regresar a la plaza de las Nazarenas, sentarse en su banco un rato y subir luego las escaleras, un *blues* suave y... Ay Chuncha, Chuncha, qué reconfortante sorpresa me diste la mañana que, estando yo aseándome en el arroyo, te vi bajar del camión. Anselmo te señaló con el dedo hacía mi cabaña. Me viste saludándote con la toalla y te pusiste en jarras, esa pose tan tuya, casi pudiendo yo adivinar desde allí arriba la inmensa sonrisa blanca enmarcada en las carnosidades rojas de tus labios gritando:

-¡Hoooola antropóologo!

Me quedé mirándote cómo subías por el empinado sendero, con tu mochila al hombro, tratando de no enredarte en tu falda de *hippie* trasnochada.

- Qué hijo de puta eres- me soltaste casi sin respiración cuando llegaste. -Ya podías haber bajado a ayudarme con la mochila – me reprendiste dejándote caer a plomo en el suelo, momento en que se escuchó un estrépito de cristales.

- ¡Carajo, las botellas! – exclamaste cerrando los ojos.

De las cinco botellas de pisco que traías, sólo se salvó una. Y todavía hoy, cuando recuerdo aquellos días sublimes, me viene el olor a pisco de tu ropa mezclado con el de la ingente cantidad de yerba que traías, según tú, para dejarme abastecido varios meses y casi ni nos llega al

final de tu estancia. Al verte allí tendida no pude reprimir el deseo de abrazarte y me eché sobre tu cuerpo, hermoso, acogedor, ancho y ajeno, como el paisaje andino, dispuesto a todo (-Ehhh... – dijiste tú cuando notaste el bulto bajo mi pantalón- ¿Qué te dan estos pastores, leche de llama?) hasta que el primer roce de tu piel desnuda con el suelo húmedo de escarcha helada nos hizo desistir, (-Que ya sabes que soy selvática, antropólogo, y no soporto el frío.) Sin embargo, no te quejaste esa misma tarde cuando te llevé hasta los valles bajos para que vieras la pareja de cóndores. Es verdad que hacía menos frío que arriba y que el pisco debió de hacer su efecto calórico, pero podíamos haber pillado una pulmonía por ponernos primero a cachar, luego a follar y después a joder, en el saliente suspendido sobre el vacío, mientras Magaret y Bronislaw planeaban sobre nuestros cuerpos casi desnudos, en medio de los alaridos que los apus sagrados nos devolvían complacientes con el eco. Cada vez que lo recuerdo, Chuncha, no puedo menos que dar por buena cualquier cosa mala que me hubiera podido acarrear y justificó cuantas penurias y soledades he pasado por estos andurriales. Aquel acto místico de pasión desatada nos resarcía de cuantos intentos fallidos habíamos sufrido los dos y supimos afrontar a base de caricias y silencios comprensivos.

Qué gloriosos días y frenéticas noches pasamos juntos, tan sólo rotos por la agria discusión que mantuvimos, yo

maldiciendo al cabrón de Hugo por haberme engañado y abandonado y tú tratando de hacerme comprender el hecho inexplicable de que un cholo como él no pueda convivir una temporada con campesinos malolientes e ignorantes, como así te había dicho él para justificar su regreso y su inmediato viaje a Europa, donde ahora debe andar tocando la zampoña por los pasillos de algún metro. Hasta que me dejaste callado y pensativo cuando me dijiste que, de todos modos, a Hugo le pasaba igualito que a mí: que no soportamos vernos reflejados en nuestros semejantes y por eso los dos somos antropólogos. En fin, el otro incidente entre nosotros tuvo lugar cuando los pastores mataron dos cuyes para festejar tu venida y tú, tras sorber la cabecilla que nos ofrecieron, en señal de cortesía a los forasteros, viendo que yo me hacía el remolón, me obligaste delante de todos a comer la del otro para no hacerles el feo. Me perdiste a mí con ese mal trago, Chuncha, pero, carajo, cómo te los ganaste a ellos. En los cinco días de tu estancia, estableciste con los pastores toda la corriente de empatía que yo, tras seis meses de estrecha convivencia y con todo mi arsenal de metodología punta, no sé si he llegado a lograr. Claro que tú no te dejas embrollar con melindres epistemológicas ni te atienes a ningún guión teórico prescrito en tu encuentro con los demás. Eres tú misma, sin ambages ni artificios; y ese modo abierto y directo con que te das me ha llevado a sospechar que, tal vez, el método no sea un proceder

regulado y formal ni la teoría un cuaderno de ruta que nos permiten comprender al ser humano, sino vanos artilugios con los que nos pertrechamos para conjurar nuestro miedo a encontrarnos de verdad con él.

Una sospecha que empezó a barruntar una noche, recién llegado *ayllu*. Estaba cenando en la cabaña de Exaltación, la tía de Toribio. Éste se había ido a su cabaña porque no se encontraba bien. Como aún no sabía quechua, no tenía modo de entablar conversación con la mujer. Entre cucharada y cucharada de sopa, se limitaba a observarla mientras ella hilaba junto al fuego. Y por más que se esforzaba, era incapaz de ver en ella algo más que la viva imagen de la aflicción.

Aquella tarde, mientras bajaban de la puna, Toribio le había venido contando los acontecimientos que tuvieron lugar en la comunidad, hacía casi un año, cuando recibieron una visita de los *terrucos*. Aparecieron al alba y se establecieron en la iglesia. Comenzaron a adoctrinar a los niños en el Pensamiento del Presidente Gonzalo y a impartir instrucción militar a los mayores para defenderse de los perros capitalistas. Alteraron por completo la vida de la comunidad. Una tarde, casi anochecido ya, divisaron un columna de soldados a poca distancia de allí. Los terroristas reunieron a toda la comunidad en el edificio de la escuela con la intención de evitar que alguien se fugara y los denunciara. Estaban a oscuras, en silencio. De pronto,

el bebé de Carmen, la hija mayor de Exaltación, enfermo de varicela, empezó a llorar. Ordenaron a la madre que le hicieran callar como fuera. Ella se descubrió un pecho y le puso el pezón en la boca. El niño seguía llorando. Nerviosa, se levantó y comenzó a dar paseos meciendo al bebé. El llanto se hacía más y más fuerte y la tensión iba en aumento. Una senderista, visiblemente alterada, se levantó y, con la linterna orientada al suelo, se fue hacia la madre. Encañonó al bebé con su fusil, susurrando entre dientes que lo mataría si no se callaba. Un compañero suyo se acercó y apartó el fusil. Un disparo alertaría a los soldados, advirtió. Con total parsimonia, tomó al niño de los brazos de su madre, lo agarró por las piernas, lo levantó en el aire y, como si de un saco de maíz se tratara, lo estrelló contra el muro. A la madre sólo le dio tiempo de emitir un asomo de chillido, antes de que el mismo senderista le seccionara el cuello con su machete, dejando a los demás mudos, con el estupor ahogado en sus gargantas.

Al amanecer, los terroristas seleccionaron a cinco comuneros varones – entre los que estaban dos hijos de Exaltación- y se sirvieron de ellos para mostrar a los demás lo que les ocurriría si decían algo a los soldados: les cortaron la lengua y los ultimaron a cuchillo; luego, los enterraron en una fosa común y se fueron campo a través. Una hora después llegaban los militares. Durante todo el día intentaron obtener información sobre los senderistas, sin conseguir nada. Fusilaron a los jóvenes que quedaban,

acusados de colaborar con Sendero. Por la noche, los soldados se emborracharon y violaron a las mujeres. Salieron a la mañana siguiente en la misma dirección que habían tomado los terroristas. Al día siguiente, las dos hijas de Exaltación se fueron de allí. La pequeña se quedó en el Cusco, trabajando en el servicio doméstico. Una vez la dejaron sus señores venir a ver a su madre, coincidiendo con la fiesta del patrón de su comunidad, más por costumbre que porque se celebrase nada, pues ya no había santo que pasear, desde que lo quemaron los *terrucos*, ni cura que quisiera subir hasta allí a decir misa, ni feligreses que asistieran a ella, ni orden social que requiriese de orden ritual alguno. De la hija mayor, Exaltación supo, por la única carta que había recibido, que estaba en Lima y había tenido un niño, fruto de la violación. Y nada más, pues se resiste a creer los rumores que un día escuchó en la posta médica del valle, a donde bajó con su sobrino para que lo viese el médico y éste volviera a recetarle la misma medicina de siempre, que nunca han comprado porque la plata no les alcanza.

La observa hilar y, por más que intenta conjugarla con el código antropológico, ella se le resiste a desdibujarse en una mera abstracción. Se empeña en ser Exaltación, la mujer que hila en silencio junto al fuego; ser ella misma, con la inmensa carga de pena y horror que le confiere el único sentido que desde los trágicos acontecimientos tiene ya su existencia. La observa y se argumenta que, de todos

modos, Exaltación también es quechua, pastora, andina, hija, hermana, esposa, madre, vecina, mujer, indígena y un montón de categorías más que comparte o la distinguen de otros seres humanos, que la hacen susceptible de ser articulada en estructuras, en sistemas, en modelos; descrita, analizada, comparada, teorizada. Pero una y otra vez, los conceptos se le vuelven huecos ante la presencia concreta, incommensurable, irreductible, de la aflicción personificada en esa mujer que hila, ahí y ahora, junto al fuego, en un rincón de una cabaña perdida en la inmensidad de la cordillera andina.

Fue un desafío en toda regla. Un desafío que incluso podía obligarlo a romper la disciplina académica, el que aquella noche le hizo tomar la firme decisión de quedarse para afrontarlo. Un reto que iba más allá del hecho de terminar un trabajo de campo frustrado hacía veinte años, más allá de enmendar una trayectoria profesional incompleta, más allá de tener que demostrar nada al Viejo Tótem, a sus colegas, a nadie. Más allá de justificar su fracaso con Justine. Fue ese ahora o nunca, definitivo, sin retorno, asumiendo todas las consecuencias que le pudiera acarrear, con el que toda trayectoria vital se tropieza alguna vez y sólo los más incautos se aventuran a plantarle cara. Se dio seis meses.

Y ahora, a punto de cumplirse el plazo, se siente henchido de satisfacción porque, aunque tarde, ha encontrado respuestas a sus preguntas. Unas preguntas

que empezó a hacerse un día lejano, en un oasis del Sahara, que entonces no supo formular ni, por consiguiente, responder. Unas respuestas con las que saldrá el compromiso que contrajo con el joven ilusionado que un día lejano dejó sentado en el mirador de Tánger. Nada más llegue a París, se pondrá a elaborar los materiales etnográficos recogidos en los cuadernos de campo y en las cintas. Y escribirá un libro completamente nuevo, siguiendo las claves que ha ido anotando en su cuaderno violeta. Un libro hecho con la cabeza y también con las tripas, en el que las palabras de los pastores y las suyas estarán engarzadas con el mismo primor con que un orfebre engasta las piedras preciosas en los metales nobles para producir una obra de arte: bella, armónica, reveladora de verdad, de la verdad que encierra todo encuentro con el otro cuando es sincero, como lo ha sido el suyo con los pastores. Un encuentro en el que los sentimientos han ocupado su lugar, como corresponde a toda relación que no renuncia a ser humana, aún a riesgo de dejar de ser antropológica, en el que ningún yo ha pretendido imponerse sobre el otro, ni cambiarlo, ni inventarlo, ni mucho menos aniquilarlo para crear uno nuevo o modelarlo para que responda a intereses ideológicos, académicos o profesionales. No. Ha sido un diálogo libre, no forzado, en el que los pastores han hablado con voz propia. Será un libro que también servirá para romper con el círculo paradójico al que aludió su

amigo Lucho, cuando cuestionó una forma de entender la Antropología: sed vosotros mismos, pero a condición de que lo seáis como nosotros os pensamos.

Esta mañana ha subido a la puna para encontrarse con los pastores y acompañarlos un rato. Cuando se acercaba, oyó que andaban enzarzados en una acalorada discusión. Al percibirse de su presencia, apagaron la conversación. No le extraña. Últimamente, venía notando un cambio de actitud en su relación con él. Anoche le preguntó a Toribio y, tras insistirle, le dijo que era porque se iba. Por eso, ante el espeso silencio que se ha creado con su presencia, ha pensado que mejor no forzaba la situación y se ha dedicado a hacer un último recorrido por sus parajes más queridos.

Durante horas, ha andado por los senderos tantas veces recorridos, subido a las lomas de los cerros y descendido hasta el fondo de los barrancos, donde, con la llegada de la temporada de lluvias, los cursos han aumentado considerablemente su caudal y pronto se habrán transformado en violentos torrentes de aguas marrones que arrastrarán cuanto encuentren a su paso hasta los remansos del río Madre de Dios, allá abajo en los llanos de

la selva. Ha bajado hasta el valle de los cóndores y se ha tumbado en su roca para contemplarlos por última vez.

Esta tarde le tocaba cenar con la familia de Wilfredo, pero no ha tenido ánimos para ir. La desagradable situación vivida por la mañana le ha supuesto un mal trago. Seguramente, lo único que pretenden con su actitud es presionarle para que retrase su partida, como así se lo han pedido con insistencia desde que empezó a anunciarles que llegaba el momento de dar por terminada su estancia. Le han preguntado una y otra vez, con ese modo oblicuo que emplean cuando se trata de asuntos importantes, qué será de los niños, quién va a continuar enseñándoles, y se han lamentado porque tendrán que optar entre dejarlos en la ignorancia o permitir que se vayan al Cusco, a riesgo de acabar viviendo en la marginalidad. Como parece que ha sucedido con el nieto de Pedro, huérfano de madre desde su mismo nacimiento y de padre desde que lo mataron los *milicos*. El abuelo, viudo, lo envió al Cusco con otra hija suya, madre a su vez de cinco hijos, separada y vuelta a juntar con otro hombre, al parecer un borracho. Se dice que el chaval merodea por el mercado de abastos para ver lo que pillá y duerme en la calle en cajas de cartón.

Tal y como están las cosas, prefiere la compañía de Toribio. Toma el sendero y se acerca a la cabaña del muchacho. Lo encuentra sentado en su banqueta, junto al fogón, contemplando el vaivén de la candela.

- ¿Qué, Toribio, cenamos?- le propone, tratando de mostrarse con la misma actitud de cada día.

- Come tú, yo no tengo hambre –responde el joven compungido.

- Se puede saber qué está pasando, Toribio. No creo que sólo sea porque me voy – le pide una explicación.

- No es justo – dice el joven tras un corto silencio.

- Que no es justo el qué: ¿que me vaya? ¿que vuelva al lugar al que pertenezco?

- Que después estar con nosotros tanto tiempo te marches. Nosotros te respetamos. Si te vas es porque tú no sientes igual.

- Cómo puedes creer semejante cosa. Yo no siento sino agradecimiento hacia todos ustedes por el modo en que me han acogido y ayudado en mi trabajo. He pasado aquí uno de los períodos más enriquecedores de mi vida, y eso no lo olvidaré nunca.

- ¿Por qué te marchas, pues?

- Porque, porque... no sé. Yo sólo he venido de paso, a hacer mi trabajo. Y como ya lo he terminado, me voy. Que me haya adaptado bien a vivir aquí no quiere decir que pueda quedarme para siempre. Mi mundo es otro y por mucho que me pese volver a él, no me queda más remedio que irme. Yo no pertenezco a este lugar.

- Tampoco a tu país. Allí no tienes esposa ni hijos y no te gusta. Tú me lo has contado muchas veces.

- Y es cierto. Pero, mal que me pese, allí tengo amigos y además...

- Acá también – se apresura a asegurarme Toribio.

- Claro que sí. Pero aquí no sabría qué hacer para sobrevivir – trato yo de aportar un argumento de peso.

- ¡Como hasta ahora, pues! Nosotros te ayudamos y tú nos ayudas a nosotros. Tú enseñas a los niños y nosotros te damos comida y contestamos a tus preguntas para que puedas escribir tu libro – dice el joven convencido de su planteamiento.

- Pero hombre, Toribio, tú no ves que esas respuestas que me habéis proporcionado no servirían para nada si no me las llevo a mi país.

El muchacho se queda callado.

- ¿No lo entiendes?

- No.

Se ve impotente para explicarle al joven algo que escapa a su entendimiento. Así que decide no insistir más. Coge el plato y se sirve sopa. Señala con la cuchara a Toribio, preguntándole con el gesto si le sirve también a él, pero éste le dice que no con la cabeza. Se lleva la cuchara a la boca y, mirando de soslayo al muchacho, da un sorbo exageradamente ruidoso a la espera de que capte el gesto que tantas veces le ha tratado de corregir y ha terminado por convertirse en un motivo de broma entre los dos. Sin modificar el ceño, Toribio se levanta y se retira cabizbajo al rincón para dormir. Él no puede seguir tragando las

cucharadas de sopa. Deja el plato en el suelo, le da las buenas noches al joven y sale de la cabaña.

Decididamente, ha de aclarar la situación. No va a irse de allí así, sin más, después de seis meses de estrecha convivencia con ellos. Linterna en mano, se encamina hasta la casa de Wilfredo, por quien siente un profundo respeto y de quien espera que haga uso de la sensatez y la sabiduría que le caracterizan. Cuando llega, ve preparado su plato y el cubierto en el sitio de siempre; el resto de la mesa está vacío. Ellos, cansados de esperar, ya han cenado. Lo saludan, aunque nota cierta sequedad en el modo en que lo hacen, tan distinta al calor y el respeto con que siempre ha sido recibido en esa casa. Ver ese comportamiento en Wilfredo le supone una gran pesadumbre. Incapaz de afrontar una situación tan tensa, y a pesar de que Herminia le está sirviendo la sopa, les dice que hoy no va a quedarse. Se disculpa, pero antes de salir, intenta una última aclaración.

- Usted comprenderá, Wilfredo, que yo tengo que regresar a mi país.

- Si se va, no sabremos que hacer. Los niños tienen que seguir aprendiendo. La mayoría no tienen padres, y nosotros ya estamos viejos para irnos a vivir a otro sitio.

- Pero no está en mi mano resolver ese problema. Antes o después, conmigo o sin mí, tendrán que dejar este sitio. No hay otra salida. Ya lo hemos hablado muchas veces y

usted así lo veía también. Comprendo que se resistan; pero así van las cosas en el mundo.

- Si usted se queda un tiempito más, cuando los niños estén más crecidos sabrán valerse en el Cusco. No queremos que acaben durmiendo en la calle. Y los mayores podremos morir acá, con nuestros muertos. Eso es lo que queremos.

- Pues eso es algo que yo no puedo solucionar. Lo siento.

Qué injustos están siendo con él, va pensando de regreso a su cabaña. Con lo reconocido que les está por lo que le han dado, consciente de que sin ellos, sin su apoyo, sin la preciosa información que le han proporcionado, nunca llegaría a escribir el libro que tiene en su cabeza. Ellos serán los verdaderos protagonistas, como así lo hará constar en la introducción y a ellos se lo piensa dedicar, junto con el recordatorio de Lucho. Además, no es por nada, pero ¿no les ha dado dinero cuantas veces lo han necesitado para bajar a la posta médica del pueblo? ¿No les ha regalado un montón de cosas?: la olla nueva a Herminia, la navaja a Pedro, libros, lápices gomas y cuadernos a los niños, las tijeras nuevas de esquilar a Gregorio, las estufas de queroseno con las que ha provisto cada una de las familias, las linternas... ¿No ha pagado con creces los servicios de intérprete de Toribio y la comida y el cuidado de ropa a su tía? ¿No aportó la bebida cuando Wilfredo asumió su turno para detentar el bastón de

varayoc? Y ahora ellos le pagan así. Después de todo, él podía haber hecho trabajo de campo en cualquier otra comunidad con los mismos resultados, y ellos no hubieran recibido las compensaciones que su estancia les ha proporcionado. Pero bueno, todavía alberga la esperanza de que cuando vean que no hay otra solución, depondrán su actitud y se despedirán como él deseo. No le gustaría abandonar el lugar con tan mal sabor de boca.

Hacía mucho tiempo que no había vuelto a oír un sonido tan desagradable como el del despertador. Ni siquiera recordaba ya en qué momento dejó de hacer uso de él. Y ahora, ese timbre estridente y excéntrico le está indicando que vuelve a su civilización. Se levanta rápido y sale. El camión estará a punto de llegar y los vecinos tienen casi listos sus rebaños para subir a la puna. Tendrá que darse prisa en preparar el equipaje. Organiza con sumo cuidado los materiales y deja todo listo en dos pesados petates de lona. Cuando termina, va de cabaña en cabaña, de aprisco en aprisco, despidiéndose de cada uno y, para su alivio, encuentra una actitud ciertamente de pesar, pero más afectuosa de lo esperado. Les promete que regresará al *ayllu* y pasará con ellos unas semanas. Claro que sí, por supuesto, traerá a la señorita Angie, como le piden algunos. Bien simpática que es la señorita. Y seguro que les va a escribir, aunque tarden mucho las cartas. Le pedirá a Anselmo que esté pendiente del correo. Una

mano amiga, por aquí; besos a los niños, abrazos a los más próximos, una mirada de profundo agradecimiento a Wilfredo... Y el adiós.

De regreso a su cabaña, toca la puerta de Toribio. No está. Tampoco en el aprisco. Seguramente, ha preferido no despedirse. Se le saltan las lágrimas. La verdad es que le he llegado a coger un profundo afecto. Tantas horas que han pasado juntos, en su cabaña o en la de su tía Exaltación mientras comían, conversando, haciendo las transcripciones de las cintas, devanándose los sesos para interpretar el sentido de una frase, el significado de un término quechua, o compartiendo tantos y tantos silencios mientras bebían. Bueno, tal vez sea mejor así. Le appena saber lo solo que se va a quedar en el *ayllu* sin su compañía, sin otros jóvenes con los que departir de sus asuntos y de sus sueños de futuro. Los mayores tampoco es que le presten mucha atención. Debido a sus ataques de epilepsia, la comunidad le tiene una consideración especial, entre respetuosa y distante, que lo mantiene en una cierta marginación. Claro que por eso pudo jugar al principio el papel de intermediación que cumplió con él.

Ya se oye el rugido del viejo camión subiendo el último tramo del carril. Tiene que darse prisa y avisar a Anselmo para que lo espere. Hoy no hay más mercancía que unos fardos de lana que los pastores han dejado amontonados junto a la iglesia y a él como único pasajero. Si llega a perder el viaje, tendrá que esperar una semana. Y se ha

hecho tanto a la idea de llegar al Cusco, que ya no soportaría un día más sin un buen baño, ni volver a comer la sopa, ni dormir en... ¿Cómo ha podido dormir seis meses entre esas pieles apestosas de llama? Entra en la cabaña, tira la toalla raída al fuego, como hizo el día anterior con casi toda la ropa usada durante la estancia, sucia y rota, a pesar de los cuidados de Asunta, y se dispongo a coger el equipaje.

-¡Joder!- Se queda paralizado.

Falta una de las bolsas. En concreto, la que contiene los cuadernos y las cintas con el material etnográfico. ¡El trabajo de los seis meses! Echa un vistazo por la pequeña estancia, pero no la ve. Recuerda muy bien haberla dejado junto a la otra. ¡Precisamente esa bolsa!, empieza a inquietarse. Se puedo permitir dejar atrás cualquier cosa menos la bolsa con los cuadernos escritos y las cintas grabadas.

Nervioso porque se le vaya a escapar el camión, va de un lado para otro, escudriñando cada rincón mientras se pregunta con ansiedad dónde mierda puede estar la bolsa. Desesperado, sale fuera y echa un vistazo en los alrededores de la cabaña, pero no la encuentra. No tiene más remedio que alguien haya entrado en su ausencia y la haya robado. Pero, ¿quién va a subir hasta estos andurriales a robar, si esta pobre gente no tiene ni dónde caerse muerta? ¿Y por qué no se han llevado la bolsa que tiene las grabadoras, la cámara de fotos y los cuadernos sin

usar? ¿Por qué precisamente la de los cuadernos y las cintas usados? ¿Para qué coño querrá nadie unos cuadernos con...? ¡Ya está!, se interrumpe chascando los dedos, Toribio. No puede ser otro. Pero... qué pretende Toribio robándole los materiales. ¿Una broma? Le extraña. Su sentido del humor se agota con los dos sorbidos de sopa.

Carga con el bulto y se lanza sendero abajo hacia la cabaña del joven. En ese momento oye arrancar el camión. Grita a Anselmo que se detenga, pero con el ruido del motor no oye sus voces. Llega a la cabaña de Toribio y abre la puerta de un empujón, convencido de que dentro está la bolsa con los cuadernos y las cintas. Nadie sino él puede haberla sustraído. Conoce a la perfección esos materiales, de tantas veces que lo ha ayudado durante las transcripciones del quechua. Entra y rebusca entre los pocos enseres que hay. No encuentra nada. Vuelve a salir y sólo alcanza a ver el camión perderse tras la curva.

- ¡Cabróoon! ¡Me la vas a pagar! – grita a voz en cuello, dando rienda suelta a su ira contra Toribio.

Sube sofocado a su cabaña, preguntándose qué sentido tiene todo aquello. No consigue entender nada. Si se trata de una broma de Toribio, desde luego se ha pasado. Este tonto, con la cosa de que no quiere que se vaya, creará que porque se me ha escapado el camión ya lo ha resuelto. Se va a enterar cuando vuelva por la tarde, masculla. A ver cómo se las arregla para salir de allí, porque no está

dispuesto a esperar una semana más. Mañana mismo bajará andando hasta el pueblo, aunque le tome todo el día. Se llevará los materiales de trabajo y dejará lo demás. No pueden impedir su marcha con semejante estratagema. ¿Es que no entienden la importancia que tienen esos materiales para él?

Por la tarde, después de pasarse la jornada dando vueltas de un lado para otro, completamente alterado, Toribio le jura una y otra vez entre sollozos que no tiene la bolsa. Cayetano no sabe qué hacer para sonsacar al muchacho. Con el ánimo perturbado, sale a la puerta, llena los pulmones de aire frío y, algo más calmado, vuelve a entrar.

- Mira Toribio, no puedo perder más tiempo en contemplaciones. Por favor, dime de una vez dónde está mi bolsa. ¡Yo no puedo volver a París sin esa bolsa! - grita dando una patada a la banqueta. Lo coge de un puñado de la camisa y lleva su rostro pasmado a la altura de sus ojos inyectados de cólera. - ¡Suelta de una vez dónde está mi bolsa!

- Ellos tienen tu bolsa- confiesa el muchacho atemorizado. - Me dijeron que aprovechara un descuido tuyo para cogerla.

- ¡Y para qué quieren mis cuadernos y mis cintas! ¡Pero si casi nadie sabe leer! - grita al borde de la histeria.

- Dicen que lo que hay en ellos es suyo.

- ¿Qué es suyo? ¿Cómo que es suyo? ¡Es mío! ¡Mío! – se exalta- Es producto de mis conocimientos y de mi esfuerzo de seis meses.

- Dicen que no puedes marcharte y llevarte lo que te hemos contado, que tú nos sacas lo que sabemos y ahora te lo quieres llevar a tu país.

- Servirá para escribir un libro que contribuirá a mejorar el conocimiento. Y también me servirá a mí para algo que no te puedo explicar ahora.

- Vienes y haces tantas preguntas y nosotros te contamos tantas historias de nuestros antepasados. De nosotros son, pues.

- ¿De ustedes? ¡Pe...pero cómo de ustedes! – grita fuera de sí- Ustedes sólo se han limitado a responder a mis preguntas. Y que sepas que no hay respuestas posibles sin preguntas previas, y se da la circunstancia de que las preguntas son mías. ¡Me pertenecen a mí! Son una creación mía. A ustedes no se les podrían ocurrir ni por lo más remoto. Sin mí es como si ustedes fueran mudos. No tienen voz. ¡Yo! – enfatiza, dándose golpes en el pecho - haciendo el esfuerzo de venir hasta aquí y soportando las calamidades que supone vivir en semejantes condiciones, les estoy proporcionando a ustedes la oportunidad de hablar y de que puedan llegar a comprenderse mejor.

- Nosotros ya hablábamos antes de que tú vinieras – dice el joven, que no ha entendido la metáfora que ha empleado Cayetano.

- ¡Pues claro que hablabais, joder! – se desespera- Pero vuestra voz no alcanza más allá de la primera curva del carril. Alguien tiene que hacerla oír. Y da la casualidad de que ese alguien en este momento soy yo. ¡Yo! Nadie, absolutamente nadie, sabría nada de este nido de cóndores si yo no vengo, si yo no hago mi trabajo y si yo no publico los resultados. Nadie os conocería ni sabría de la tragedia que aquí ocurrió.

- Nosotros tampoco conocemos a esa gente que dices que no nos conoce.

- ¡Hostias, Toribio! ¡No entiendes nada de nada! – grita empezando a perder el control.

Hace ademán de irse, pero, de repente, sin poder controlarse, ve que sus manos se han agarrado al cuello del joven y aprietan con rabia. Es consciente de que está reaccionando de un modo irracional. Siente pena del muchacho y quiere soltarlo; pero la sola idea de regresar a París sin los materiales hace que sus dedos atenacen con más fuerza aún el cuello de Toribio, como las garras de un cóndor sobre su débil presa. Cuando ve que el rostro del muchacho empieza a congestionarse, sus manos ceden. El joven lo mira despavorido. Él, consciente de que se ha dejado llevar por un golpe de ira descontrolada, decide que mejor se va antes de perder los nervios por completo.

Regresa a su cabaña, convencido de que la desaparición de la bolsa con los materiales ha sido cosa de Toribio y que éste trata de desviar su atención echando la culpa a los

demás. De todos modos, esta noche ya no puede hacer nada para recuperarla. Tendrá que esperar a mañana. Llegado el caso, le ofreceré todo mi dinero a cambio de los materiales. Le prometeré que le voy a buscar trabajo en el Cusco, que le mandaré regalos y, ¡qué buena idea!, haré todo lo que esté en mi mano para convencer al maestro de los pueblos del valle para que suba un día por semana. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Yo le enviaré plata desde Francia. Lo que sea, con tal de que me devuelvan mi bolsa.

Por la noche, está sentado frente al fuego, los codos sobre los muslos, la cabeza gacha entre las manos. Pobre Toribio, se lamenta, qué injusto he sido con él. Tanto tiempo que me ha dedicado y la infinita paciencia y el empeño con que lo ha hecho. Y no ha sido por dinero. La última vez que quise darle una cantidad la rechazó argumentando que me ayudaba porque ya éramos amigos y que, tal y como le había prometido en numerosas ocasiones, lo iba a ayudar a salir de allí y encontrar un trabajo en el Cusco. Insistí en que lo tomara, convencido de que me movía un prurito de deuda. Ahora me doy cuenta de que en mi insistencia había más pecado de soberbia que virtud de justicia. Pagar es un modo de compensar; pero también de evitar el compromiso, la obligación contraída con el otro. ¿No es eso lo que yo he buscado pagando a esta gente: compensarlos por lo que

me han dado, cierto, mas también asegurar mi libertad, mi independencia, mi no compromiso con ellos? Los cuadernos y las cintas grabadas no merecen el desaire que le he hecho a Wilfredo ni mucho menos la violencia física con Toribio.

Mete la mano en el bolsillo y saca el paquete de tabaco. Enciende un cigarrillo con una brasa, se pone el chaquetón y sale afuera. Hace frío, pero puede soportarlo. Se sienta en la piedra en la que tantas horas se ha pasado contemplando el *ayllu*, pensando, escribiendo en su cuadernos de campo al calorcito del sol del mediodía o simplemente echando unos cuantos pitillos antes de irse a dormir. La noche está limpia y la bóveda celeste se muestra plagada de estrellas como sólo recuerda haberla visto en las noches del Sahara. La luna, en fase creciente, inunda desde la cima de los nevados con su luz plateada el *ayllu* dormido. Un escalofrío le sacude el cuerpo. Entra, se mete entre las pieles de llama.

Se levanta al amanecer con la intención de pedir disculpas a Toribio y hablar con Wilfredo antes de que se suban a la puna. Tratará de arreglar el asunto de la mejor manera posible. Prácticamente no ha dormido en toda la noche, pero la vigilia le ha servido para reflexionar. Se lo va a tomar con calma: si tiene que permanecer unos días más para resolverlo, y hasta unas semanas, lo hará. No va a eludir su deuda con ellos. Aunque ello suponga no publicar su libro. Es verdad que, si así fuera, le supondría

una gran frustración; pero también sería la mejor prueba de su coherencia con una de las más importantes conclusiones a las que ha llegado: no es posible el acto de la comprensión si quienes digo comprender no se sienten también comprendidos por mí.

Mientras baja, ve que los vecinos están ya preparando los rebaños. Cuando llega a la cabaña de Toribio, se asoma al aprisco. No está. Rodea la vivienda y encuentra la puerta abierta.

- ¡Toribio! – lo llama, asomándose al interior.

No responde. Entra. Durante unos segundos, la oscuridad no le permite distinguir nada. Cuando la vista se ha adaptado, echa un vistazo por la pequeña estancia y, para su sorpresa, ve que el muchacho sigue durmiendo. Junto al camastro, está la bolsa con los cuadernos y las cintas.

- Pero hombre, Toribio, ¿todavía no te has levantado? – pregunta con tono amable, aunque preocupado porque pueda estar enfermo. El joven nunca ha sido perezoso para levantarse a su hora.

Se acerca y su inquietud por la falta de respuesta se va transformando en preocupación y finalmente en brutal impacto al ver el rostro del muchacho congestionado, los ojos de par en par y un hilo de saliva saliendo por la comisura de la boca entreabierta. Se inclina y lo zarandea con delicadeza, luego con desesperación, hasta que se convence: Toribio está muerto. Cae de rodillas y se abraza

a él. No se percata de que Exaltación ha llegado y se ha quedado paralizada desde la puerta, con el desayuno en la mano, viéndolo inclinado sobre el cuerpo inerte de su sobrino. Cuando reacciona, de su boca sale un desgarrado alarido que inunda todo el *ayllu* y reverbera en los cerros.

Los pastores, alarmados, detienen en seco sus actividades. Acuden corriendo a la cabaña. Uno tras otro, van asomándose a la cabaña, sin comprender muy bien la escena que está teniendo lugar en su interior.

- ¡Él lo ha matado! – lo acusa Exaltación señalándolo. - Anoché lo oí gritarle desde mi cabaña y luego lo vi salir corriendo - explica entre sollozos.

- ¡Que yo...! Pero ¿qué está diciendo? Yo no he matado a Toribio – se defiende él, haciendo ademán de acercarse a ella.

- ¡Nooo! – grita Exaltación, rechazándolo con un gesto de las manos. Con el rostro desencajado, le increpa- ¡Tú eres un *ñakak!* Quieres sacarle la grasa para escribir libros con ella. -¡Vete! – Se vuelve hacia los demás gritando - ¡Es un *ñakak!* ¡Yo lo vi cuando iba a sacarle la grasa!

Cayetano hace un nuevo intento de acercarse con la intención de tranquilizarla, pero ella da media vuelta, sale y se lanza pendiente abajo, completamente fuera de sí, gritando: ¡Es un *ñakak!* ¡Es un *ñakak!*

Cayetano torna la mirada hacia el resto de los concurrentes, que permanecen en silencio en la puerta, estupefactos.

- Ha sufrido uno de sus ataques de epilepsia y ha muerto asfixiado por su propia lengua- intenta convencerlos.

Llegan Gregorio y Asunta y se suman al estupor general.

Les pide que le crean y les explica que ha sido un accidente, que habían tenido una pequeña discusión, pero que el muchacho se quedó sollozando cuando él salió. Cruza la mirada con cada uno de los presentes, pero ellos permanecen mudos. Intenta acercarse a Pedro y éste da un paso atrás. Finalmente, se dirige a Wilfredo y cree percibir en sus ojos una expresión de pena y comprensión.

- ¿No creerá lo que dice, verdad? Usted mismo me ha dicho que Exaltación tiene trastornado el entendimiento desde que ocurrió lo de sus hijos.

Silencio. Esos rostros que lo están mirando, habitualmente serios e hieráticos, en los que tanto le ha costado aprender a leer sus emociones, de pronto se han vuelto herméticos, duros, desconfiados. Ve dibujada en ellos una mueca de recelo y temor que aumenta su congoja. Un rictus que refleja la sospecha de que él no es quien ellos creían, sino alguien que se resisten a reconocer, porque hacerlo los coloca ante la misma personificación del mal.

Desesperado, echa a correr hacia su cabaña, soltando entrecortados jadeos que dificultan su respiración. Abre la puerta de una patada, coge de un empujón la bolsa con

los magnetofones, las cintas vírgenes, los bolígrafos, los cuadernos sin usar, los carretes y la cámara de fotos, agarra el cuchillo que hay sobre la mesa, sale y rodea la casa. Suelta la bolsa, se arrodilla y empieza a cavar con la desesperación de un poseso, primero con el cuchillo, luego con las manos, con las uñas. Cuando ha abierto un agujero suficientemente grande, arroja en él las herramientas de trabajo, como el criminal que hace desaparecer el cuerpo de su delito. Vuelve a rellenar el agujero y apisona la tierra con furor desatado. Cuando termina, echa a correr sendero arriba y se pierde detrás de la loma.

Hacia el atardecer regresa. Entra en su cabaña y ve la bolsa con los cuadernos y las cintas. Se queda mirándola desde la puerta. Da media vuelta y dirige sus pasos hacia la cabaña del difunto para acompañar a los vecinos que, reunidos en la puerta, se disponen a enterrar al joven antes de que caiga la noche.

Cuando está a unos treinta metros, oye una piedra caer junto a él. Luego otra, y otra. Se detiene y se cubre con los brazos para protegerse la cabeza.

- ¡Ñakak, vete de aquí! – oye gritar a los niños.

De nuevo una piedra que choca contra el suelo, muy cerca. La siguiente le da en la cabeza. Aturdido por el golpe, nota como un hilo de sangre caliente surca su frente, bordea la ceja derecha, se derrama por los pómulos y, ya fría, se coagula entre los pelos enmarañados de la barba. Se lleva las yemas de los dedos a la herida: palpa el

mullido del pelo ensangrentado. Luego, pasa la mano por la frente y deja un trazo rojo que el viento gélido seca al instante; sólo dura los escasos segundos que tardan en caer unas diminutas gotas de lluvia que, tintas de sangre, se derraman por su rostro. Da media vuelta y se va.

En el trayecto al cementerio, los vecinos van apercibiéndose de su presencia intermitente en la distancia. Durante el entierro, permanece de pie, sobre una loma, hasta que terminan de dar sepultura al cadáver de Toribio. La noche cae rápidamente. Los pastores se apresuran a regresar al *ayllu*. Van pegados unos a otros, asustados, en silencio, tratando de identificar cada ruido, cada sombra en el siguiente recodo del camino. Una vez en sus cabañas, se aseguran de atrancar bien las puertas. Esa noche, nadie duerme. Sólo se oye el rumor de la lluvia golpeando las techumbres de ichu. La sombra de un *ñakak* merodea por el *ayllu*.

Por la mañana, Gregorio sale de su cabaña y ve el terreno sembrado de papeles que remolinean a merced del viento. Coge el más cercano. Es un jirón de hoja de cuaderno arrancada. Más allá coge otro, otro más. Se encuentra con Wilfredo, también él ha recogido varios trozos de papel, como el resto de los vecinos que ya han salido de sus cabañas. Poco a poco se van juntando y, sin comentario alguno, se dirigen con cautela hacia la cabaña e Cayetano. Se detienen frente a ella. Nadie se atreve a dar

un paso más. Permanecen quietos, en silencio. Wilfredo tira una piedra contra la puerta. Nada. Finalmente, se decide. Se asoma con sigilo. No hay nadie. Entra. El suelo está cubierto de una maraña de cintas de magnetofón sacadas de sus carcasas. Sobre las cenizas apagadas ve un cuaderno de pastas violeta a medio quemar. En su portada lee:

Cuaderno de campo del Sahara (1968)-los Andes (1988)
Cayetano Aljamia

Lo abre. Queda una página sin arrancar. Tiene una foto pegada en la que aparece un grupo de jóvenes. En margen inferior pone:

La última tribu.

Sin darme tiempo a destilar el cúmulo de emociones empantanadas en mi ánimo durante la lectura del manuscrito, me puse el abrigo y bajé a la recepción del hotel. Nada sabía el joven conserje de un establecimiento llamado Café del Viajero; sí cómo se iba hasta la plaza de las Nazarenas. Llegué a ella y localicé la casita del rincón. Hostal Cusco Plaza, leí junto a la puerta. Nadie conocía a la tal Angie que vivía en un apartamento del primer piso. Cuando se abrió el hotel, la casa llevaba tiempo deshabitada. Y no, lo sentían mucho, pero tampoco sabían de un café llamado Café del Viajero.

Regresé a la plaza de Armas, ansiosa y con la cabeza aturullada, tratando de recordar alguna pista en el manuscrito que pudiera conducirme hasta la misteriosa persona que me había traído hasta allí. Pasé delante del Instituto de Antropología y comprobé que estaba cerrado. Miré el reloj: las ocho y media de la noche. Entonces caí en la cuenta de que había pasado todo el día en el cuarto, absorta en la lectura del manuscrito. Salí a la plaza de Armas y en un acto reflejo busqué la tanqueta militar: no estaba. Las fachadas de la catedral y la iglesia de la Compañía relucían iluminadas. Las tiendas estaban abiertas. Los restaurantes se veían llenos de turistas. Había ambiente en la calle. Sin duda, el manuscrito hablaba de una ciudad muy distinta, más antigua, más violenta, más triste y melancólica.

El camarero que me atendió en el restaurante donde cené tampoco sabía del café por el que le preguntaba. Las cosas habían cambiado mucho desde que se acabó el terrorismo. Mientras

comía, continué escudriñando mentalmente las páginas del manuscrito; pero no conseguía encontrar nuevas pistas. Cuando terminé y salí a la calle, se me hizo patente de golpe el cansancio provocado por el largo viaje, por el trastoque horario, por la altitud; por la conmoción que me había supuesto la lectura del manuscrito. Me fui a dormir.

Me despertaron los tañidos de las campanas de la catedral. Aún era noche cerrada y no me explicaba la sensación que tenía de haber agotado el sueño, hasta que hice un rápido cálculo y concluí que, con las campanadas, también mi reloj biológico había dado la hora. Me levanté, me reboqué con la manta y me senté en el sillón, junto al ventanal. Y ahora sí. Mi mente más despejada empezó a procesar emociones: sorpresa por la increíble reaparición de Frank al cabo de tantos años y porque Cayetano no hubiera aludido a ella cuando me comunicó la muerte de Lucho; inesperados celos de la tal Angie; rabia y decepción porque Cayetano no hubiera dado señales de vida, al menos durante todo el tiempo que empleó para escribir el manuscrito, sin pensar que, a muchos kilómetros de distancia, alguien se moría de angustia por él; y desilusión, porque si en ese preciso instante él llegara a entrar por la puerta, fundidos en el emocionado abrazo del reencuentro, yo no podría evitar pensar que él volvía fracasado y que su fracaso comportaba también el mío en recuperar al joven apasionado que tanto me atrajo y nunca tuve.

Hacia un rato que había salido del Instituto de Antropología y estaba tomando un mate de coca en el Café del Ayllu, junto a la catedral. Pensaba en el encuentro que acababa de tener con su

director, el mismo Maldonado y Alderete que aparece en el manuscrito. Había sido un encuentro breve, algo tenso, a pesar de la corrección mantenida. De todos modos, no me había aportado información sobre el destino de Cayetano. Más bien había mostrado una actitud un tanto displicente al preguntarle por nuestro común colega.

- Ah ya, - dijo él con una sonrisa en los labios, - aquel antropólogo gringo... - No terminó la frase. No hacía falta.

- Por cierto, - le pregunté antes de salir del despacho - ¿Qué fue del anterior director?

- Falleció hace un par de años. Nos lo comunicó la directora de una residencia de ancianos de Viena. Al parecer nadie acudió al sepelio, ningún amigo, ningún familiar que se hiciera cargo del cadáver. Me dijo que el doctor le había expresado en alguna ocasión el deseo de que sus cenizas fueran enterradas en el patio del Instituto de Antropología y quería saber si había algún impedimento para cumplir con su última voluntad

- ¿Lo hubo?

- Sí.

- ¿Dónde están entonces?

- En un lugar más apropiado que este Instituto.

- ¿Más apropiado? ¿No cree que el lugar más apropiado para un muerto es aquel donde deseaba ser enterrado?

- No, si ese lugar no le pertenece.

- Creía que los sitios sólo pertenecían a los vivos.

- Se equivocó, señora. Son los muertos los verdaderos dueños de los sitios. Ellos les dan sentido.

Se acabó, pensé al salir del Instituto. Quienes tradicionalmente han venido constituyendo el objeto de estudio de la Antropología se niegan a seguir interpretando el rol que les fue asignado por quienes establecieron las reglas del juego antropológico.

Más tarde, paseando por el centro histórico, de repente mi vista cayó sobre un rótulo: Café del Antropólogo. Un pálpito. Entré. Pregunté a una de las chicas de la barra. Como no entendía inglés, me serví de un cliente para hacer de intérprete.

- Dice que sí, que antes se llamaba Café del Viajero. (...). No, no le suena el nombre de Cayetano. (...) La dueña no está. (...) Dice que sí, que se llama Angie; pero no vive en el Cusco. (...) En el Valle Sagrado. (...) Dice que no tendrá problema para encontrar su casa, que cuando llegue a Ollantaytambo cualquiera podrá informarla. ¿Qué cómo ir? (...) Dice que puede tomar el bus de turistas que sale de la plaza del Cabildo.

- Dile que muchas gracias, pero que no me gustan los turistas. Y que, por favor, me ponga un mate de coca.

Eché un rápido vistazo por el local y, en efecto, no tardé en encontrar lo que buscaba. Ahí estaba, colgado justamente detrás de la mesa del rincón donde Angie lo dibujó el día en que Cayetano se refugió huyendo de los disturbios de la plaza de Armas. Me puse las gafas y apenas me dio tiempo a ver con nitidez su retrato antes de que una nube de lágrimas empañara mis ojos.

El viejo autocar de línea me dejó junto a las ruinas incas de Ollantaytambo. Por indicación de un vecino, recorrí el camino

que lleva hasta el río. Había una niña lavando ropa en la orilla. Le pregunté y me señaló la única casa que había por allí. Golpeé con los nudillos en la puerta. Un perro empezó a ladrar tras los muros. Una voz con acento extranjero trataba de tranquilizarlo. Abrió. Era una mujer de mediana edad.

- Angie ha salido a dar un paseo – me informó. - No debe andar lejos. Si quieres, puedes ir a buscarla. Por ahí, en esa dirección. Hace días que te está esperando – me dijo con una sonrisa.

Recorrí el sendero que bordea el río entre los juncos y encontré a Angie un poco más arriba. Estaba sola, sentada sobre una piedra, con su falda de hippie trasnochada subida hasta las rodillas y los pies desnudos dentro del agua. Nuestras miradas se encontraron.

- Hola Yvonne – me saludó.

- ¿Vive? – le pregunté yo, mientras hacía un esfuerzo para identificar a la Angie del manuscrito con aquella mujer de rostro flácido y pechos caídos, a pesar de que sus labios algo ajados seguían pintados de vivo carmín.

- No lo sé.

- Tuvo que escribir el manuscrito.

- Se pasó tres meses encerrado en el cuarto que ahora ocupas tú.

- ¿Y después?

- Se regresó al ayllu.

- ¿Y ya no volvió?

- No. Ya no volvió.

- Supongo que sería descabellado pensar que pudiera seguir allí – soplé sobre las últimas brasas de esperanza.

- Cuando pasó un tiempo sin dar señales de vida, busqué a Anselmo, el conductor del camión. Me dijo que había viajado con él y que no lo había vuelto a ver. Yo misma subí hasta el ayllu. Los pastores me recibieron con mucho recelo. No conseguí que me dijeran nada más que había estado y se había marchado.

Sentí un escalofrío al escucharme decir de viva voz:

- ¿Crees que pudieron matarlo ellos?

Angie demoró un momento su respuesta.

- Quién sabe.

- Cómo puedo viajar al ayllu – pregunté, decidida a comprobar por mí misma el verdadero final.

- Será un viaje inútil. Hace un par de años me encontré con Anselmo en el mercado de Pisac. Me contó que ya no quedaba nadie viviendo allá arriba.

- Lo que no entiendo es que, tal y como se desarrollaron los acontecimientos al final de su estancia, fuera tan insensato de regresar al ayllu.

- Te equivocas. Era perfectamente consciente del riesgo que corría. Intenté disuadirlo; pero fue imposible. Le pregunté qué lo obligaba a hacerlo, y me dijo que le debía una respuesta a un joven ilusionado que un día dejó sentado en un mirador de Tángier. También me dijo que, una vez hubiera cumplido con él, lo dejaría todo para embarcarse de nuevo en busca de otra isla donde naufragar. Algo que sólo pude entender cuando leí el manuscrito.

- Supongo que querrás conservarlo.
- Me gustaría. Pero Cayetano lo escribió para ti. Cuando me lo entregó antes de partir, me dijo: "Este es el relato de un naufragio. Si no regreso, quiero que se lo envíes a Yvonne. Y hazle saber que fue la mejor compañera de viaje en mi anterior travesía."
- Aquellas palabras me cogieron desprevenida.
- Por qué has tardado tanto en hacerme saber de su existencia – conseguí preguntar con la voz rota por el golpe de llanto atorado en mi garganta.
- Porque suponía asumir que ya no iba a regresar. Vamos, te invito a un mate de coca – me propuso con una amplia sonrisa que ahora sí se parecía a la de la Angie que yo había imaginado.
- Si no te importa, me gustaría probar el pisco ese.
- Oquei. Un pisco, pues. A la salud de Cayetano.
- Donde quiera que se encuentre en su nueva isla de náufrago.

Queridos colegas:

Poco más cabe añadir a lo que habéis leído hasta aquí para justificar las razones de mi decisión de quedarme por tiempo indefinido en Cuzco y, por consiguiente, mi renuncia a ser la próxima directora del departamento de Antropología. Las razones, entreveradas, aludidas, insinuadas, sugeridas o explicitadas, están ahí. Y todas pueden resumirse en una sola: el tiempo de la Antropología que yo he profesado durante más de treinta años se ha detenido. Ahora veo que esa Antropología va a desaparecer porque se encuentra en un mundo que no es el suyo. Tampoco el mío. Qué sea de la Antropología en el futuro es algo que no sé. Sé acaso lo que ha sido y no puede seguir siendo: una disciplina inspirada en el mito que el dios Hércules creó al separar los continentes europeo y africano, protagonizado por dos personajes: Europa, en el papel del yo conocedor, y África, en el papel del otro por conocer, ambos siguiendo el guión escrito por el primero a su imagen y conveniencia. Un mito que si en su momento inspiró una nueva disciplina para pensar lo humano, al mismo tiempo la condenaba a acabar enredada, como ahora lo está, en una red de paradojas: la paradoja que comporta el imperativo sé tú mismo a condición de que lo seas como yo te pienso; la paradoja que implica concebir a la persona como mero recurso metodológico para explicar lo humano; la paradoja que resulta de creer que comprendemos a quien no se siente comprendido; la paradoja que se genera cuando se confía el veredicto último de verdad a alguien que tiene la capacidad –

acaso la necesidad- de engañarse a sí mismo; en fin, la paradoja que supone el hecho de que un conjunto de subjetividades se conciten en el seno de una disciplina con el fin último de negarse a sí mismas.

Es preciso, pues, encontrar otra mitología que inspire un nuevo guión antropológico. Un guión que no sea ideado por un autor que niega su condición de actor, sino por múltiples actores vayan escribiéndolo conforme actúan, interpretando sus correspondientes papeles de modo libre y no condicionado. Se verá así la Antropología liberada de las paradojas del mito de Hércules; pero inevitablemente estará amenazada por otras nuevas: tal es su condición, tal la condición humana. Paradojas que deberán intentar resolver los actores que se encarguen de escribir el nuevo guión de la disciplina, haciendo lo que han venido haciendo todas y cada una de las generaciones de antropólogos precedentes: pensarse en su mundo y ayudar a que otros también puedan hacerlo, con el fin último que debe tener toda forma de conocimiento: dar un sentido a la existencia.

Me voy a quedar. Y lo voy a hacer porque nunca dejaría de pensar en la posibilidad de que Cayetano pueda ser un naufrago perdido en alguna isla perdida de los Andes, buscando una respuesta que ofrecer al joven ilusionado que un día dejó sentado en un mirador de Tánger, enredado en las redes del mito de Hércules. Y porque noto su presencia en cada rincón de esta parte del mundo y ello me reconforta. Como él, en los dos meses que llevo aquí también yo he comprobado que el acto de reflexionar,

lejos de responder a deseo alguno de competir, demostrar o ganar, tan propio de la vida académica, forma parte indisoluble del simple vivir cotidiano. Y ese sosegado discurrir reflexivo me ha llevado a ver con una inesperada claridad las sospechas que venía barruntando desde hacía tiempo y mis prejuicios académicos me impedían reconocer: que la disciplina antropológica, con todos sus protocolos teóricos y metodológicos, de poco me sirve para lo que ahora siento que necesito hacer: buscar un sentido a mi existencia. A ello voy a dedicar el resto de vida que me quede.

*Yvonne.
Hotel Corihuasi. Cuarto n^o 1
Cusco. Perú*